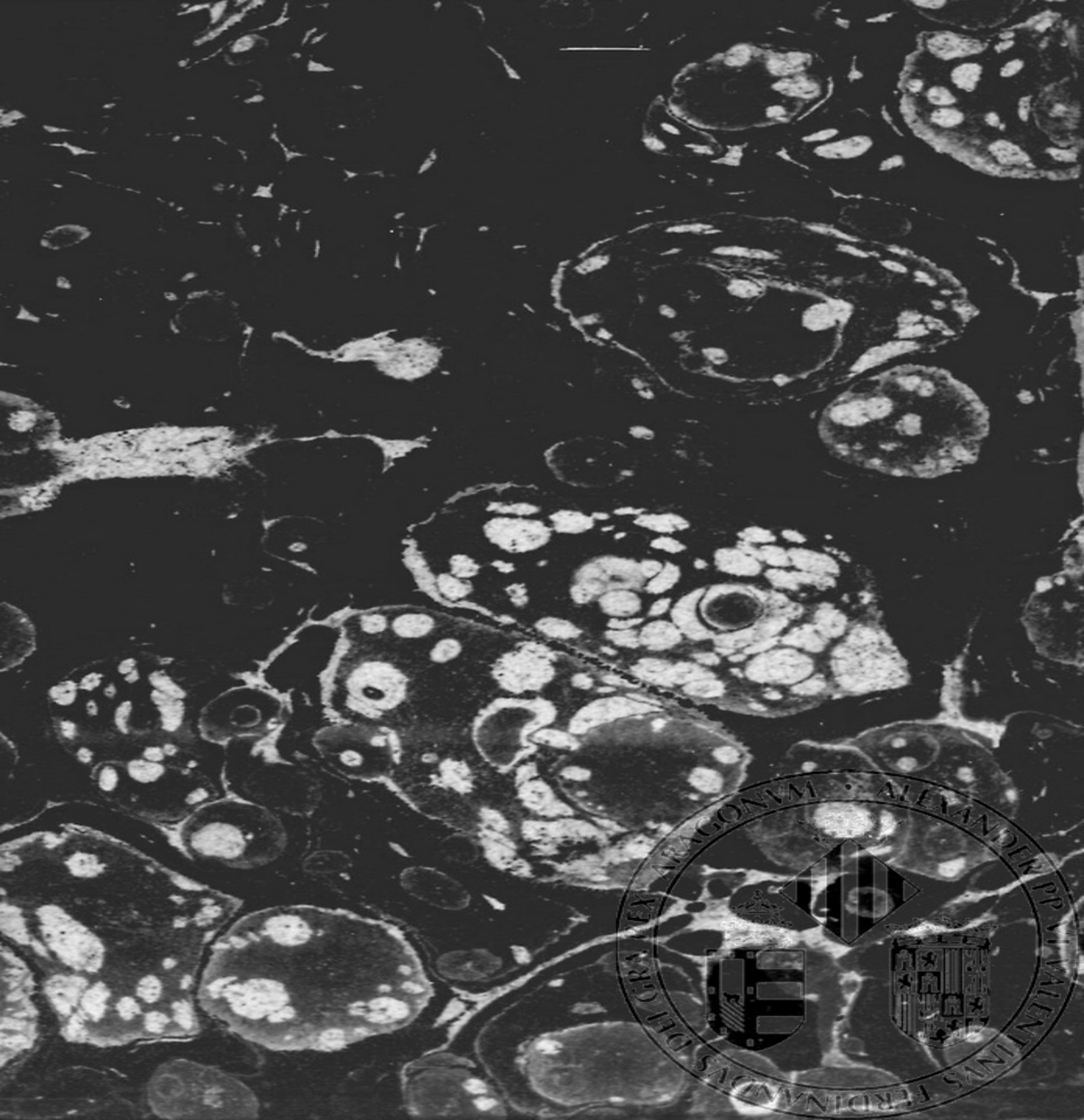
UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO

Procedente del legado del DOCTOR DON RAFAEL DE OLÓRIZ, Catedrático y Vicerrector.


ALEXANDER PP VI VALENTINVS FERDINANDVS DEI GRATIA EX ARAGONVM

R 116

A-18

58

5 40000566923

Dret

A 18 542(1)

FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONVM ALEXANDER PP VI VALENTINVS

MALVINA.

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

Esta y las demas novelas que componen la Coleccion se hallan venales en las librerias siguientes:

Barcelona.. *Oliva.*	Zaragoza... *Polo.*
Madrid..... *Cuesta.*	Barbastro.. *Lafita.*
Cádiz..... *Hortal.*	Tarragona. *Berdeguer.*
Sevilla..... *Hidalgo.*	Alicante.... *Carratalá.*
Toledo..... *Hernandez*	Cartagena. *Benedicto.*
Cuenca..... *Feijóo.*	Palma..... *Gelabert.*
Granada.... *Sanz.*	Cáceres..... *Búrgos.*
Málaga..... *Martinez.*	Oviedo..... *Longoria.*
Salamanca. *Blanco.*	Orense..... *Pazo.*
Coruña..... *Calvete.*	Córdoba... *Santaló.*
Santiago. .. *Romero.*	Gerona..... *Oliva.*
Valencia.... *Mallen.*	Figueras.... *Matas.*
Valladolid. *Roldan.*	Puerto de Sta. María. *Galarza.*
Bilbao..... *García.*	Mahon..... *Tintoré.*
Santander.. *Martinez.*	Habana..... *Mas.*
Pamplona.. *Longas.*	

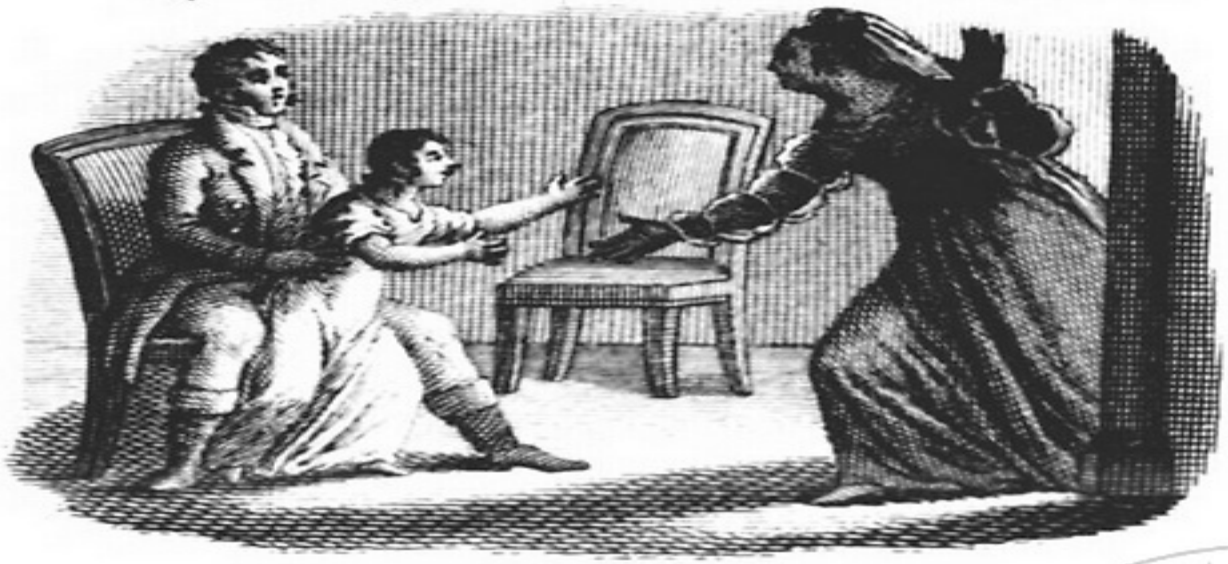
ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONUM

LA MALVINA

POR

Madama Cottin.



TOMO I.

Barcelona

[illegible]

1837

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

MALVINA,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR

Madama Cottin.

AUTORA DE MATILDE, Ó LAS CRUZADAS.

Con láminas.

TOMO PRIMERO.

Barcelona.

IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1837.

FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONIUM · ALEXANDER PP VI VALENTINUS

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

EL EDITOR.

ENTRE las mugeres que mas han sobresalido en la literatura romántica, ocupa un lugar muy preminente la célebre Autora de LA MALVINA. Tiempo era ya de que madama Cottin figurase en nuestra COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS, mayormente cuando hemos dado cabida á muchas de las mejores producciones de este género: como *La Estranjera*, *El Solitario y El Renegado*, de Arlincourt; *La Abadesa* de Ireland; *El Hijo del Carnaval* de Pigault-Lebrun; *El Waverley* de sir Walter Scott; *La Nueva Heloisa* de Rousseau, etc. A un plan sencillo y bien combinado reune la presente novela un interés sostenido y progresivo; penetra en el fondo del alma, conmoviendo las mas sensibles y delicadas fibras del corazon. Las situaciones, los caracteres, las pasiones, vense trazadas con maestría. El enlace es verosímil, y

reina en toda la obra aquel colorido de esquisita sensibilidad que tan bien conoce el corazon de una muger. No es dado recorrer sus páginas sin enternecerse al contemplar á la infeliz MALVINA, sin derramar al fin algunas lágrimas sobre la tumba donde descansa la virtud y la desgracia. Por otra parte el carácter de Edmundo, tan bien imaginado pero al propio tiempo tan difícil de delinear, por las contradicciones y anomalías que deben resultar de la mezcla de la naturaleza y la educacion unidas en contrario sentido y en perpetua y recíproca lucha, se ve perfectamente desempeñado; y el lector se interesa por su bondad natural y compadécese de sus estravíos. Los demas personajes, cada uno en el término que ocupa y en razon al fin á que los ha destinado la Autora de esta novela, son una prueba del profundo y filosófico conocimiento que tenia esta del corazon humano y de las circunstancias sociales. La Historia de los amores de la desdichada MALVINA ha dado materia á las bellas artes: la pintura ha reproducido de mil maneras sus escenas, la poesía ha cantado sus desgracias. La celebridad de la MALVINA es prodigiosa: ha sido traducida en muchos idiomas, y cuantas naciones la han conocido tribútanle el debido aplauso, que junto con los

que ha merecido *La Matilde, ó las Cruzadas*, y otras producciones de la misma Autora, harán inmortal el nombre de Madama Cottin.

En cuanto á la parte tipográfica, confiamos que es como corresponde á su mérito literario: su tamaño ligero y reducido, la impresion clara, limpia y esmerada, sobre papel de calidad superior, las láminas sacadas de los pasajes mas interesantes de la obra y grabadas con delicadeza; y principalmente la perfecta uniformidad en todas sus partes con las novelas que la han precedido; todo contribuye á manifestar el esmero con que procuramos dar prestigio á la *Coleccion* que vamos publicando en lo que nos corresponde; pues en cuanto á la fama de que gozan los Autores de que se compone, poco pueden añadir nuestros débiles esfuerzos.

Seguirá á la MALVINA otra novela cuyo título es: *Las Amistades peligrosas*, por el C. de L. en tres tomos iguales en tamaño, papel, láminas, etc. á los de la presente y demas anteriores. Su reputacion es tambien estraordinaria, y no dudamos la aprobarán los señores suscriptores y demas que nos favorecen.

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONUM

MALVINA.

CAPITULO PRIMERO.

DESPEDIDA, PARTIDA, LLEGADA.

¡A Dios, tierra querida, sagrado asilo que encierra cuanto mi pecho amó! á Dios, preciosas cenizas de mi amiga, compañera y hermana! decia la triste Malvina de Sorcy, regando con su llanto el sepulcro de la amiga que la muerte acababa de arrebatarle; ¡á Dios querida y

sempiternamente llorada sombra! el hado, que se obstina en perseguirme, me niega hasta el triste consuelo de llorar todos los dias sobre tus cenizas. Me marcho, y en breve la espina silvestre, estendiéndose sobre la lápida que te cubre, la hará desconocida aun á los ojos de tu amiga. Me marcho, y los frívolos adoradores de tu juventud olvidarán muy luego que tú viviste en el mundo; pero mientras que el Cielo, deteniéndome en la tierra, me impida unirme con la mas querida parte de mí misma, no se borrará nunca de mi memoria el acerbo momento que nos arrancó á una de otra. Veré de continuo aquella sonrisa que queria consolarme, aquella mirada que se apagó hablándome todavía.....

La silla está pronta, Señora, esclamó un muchacho, viniendo á interrumpirla en medio de sus ayes. Siguióle luego una muger de cierta edad, que viendo arrodillada á Malvina sobre la nieve, y

con el pecho pegado á una losa yerta, esclamó dolorida: «¡Dios mio, Señora! quiere V. morir pues al lado de miladi? Alabado sea Dios por la obligacion en que se ve V. de marcharse de aquí! Durante un invierno tan recio, no hubiera resistido V. á las visitas que hace noche y dia á este sepulcro.»

Levantóse Malvina sin responderle. Apenas la habia oido; porque hay pesares que separan de los restantes mortales; el estado del que los sufre se asemeja tan poco á lo que los otros le dicen sobre ellos, que aun no comprende ya la lengua en que le hablan. Malvina de Sorcy era francesa: viuda á veinte y un años de un hombre á quien ella no habia amado, el primer uso que hizo de su independencia, fué dejar su patria, é ir á reunirse con una amiga, á la que queria con esceso, y que estaba casada en Inglaterra. Vivieron juntas por espacio de tres años; y durante los mismos fué tanto el embe-

leso que una y otra hallaron en su amistad, que mas de una vez hizo él olvidar á miladi Sheridan los disgustos que la estragada conducta de su marido le daba, y á Malvina la imposibilidad de volver á su patria despues de una tan dilatada estancia en Inglaterra,

Algunos amigos, sin embargo, le recordaron que era preciso escoger entre su amiga y el caudal que ella tenia en Francia: no vaciló Malvina, cuyo sacrificio estuvo tan distante de ser un esfuerzo, que si miladi Sheridan no hubiera creido deber mostrarle toda la estension de él, nunca hubiera creido haber hecho uno Malvina. Pero no teniendo desde entonces por únicos haberes mas que los fondos que ella habia traido, y que impuestos en casa de un cambista le formaban una muy mediana renta, renunció tanto á los adornos como á las diversiones de su edad, y no vivió ya mas que para la satisfaccion de ver y amar á su amiga.

Al perderla, no reparó que iba á verse en una tierra estraña, solitaria, sin amigos ni parientes; le era indiferente vivir allí ó en otra parte, y su desgracia le parecia tan grande, que ninguna circunstancia estraña era capaz de templarla, y ni aun agravarla.

Al morir miladi Sheridan, habia alcanzado de su marido que su hija, de edad de cinco años, fuese puesta en poder de Malvina, y que esta sola dirigiera su educacion. En ello habia consentido Mr. Sheridan, no por respeto á su muger, sino para echar de sí una carga que á veces hubiera podido embarazar su desenfrenada inclinacion al juego y diversiones. Se alegraba de poder reunir en su casa á sus bulliciosos compañeros de disolucion. La presencia de su hija hubiera sido en lo sucesivo un impedimento para estas reuniones; y aun la de Malvina, á la que tenia por un censor, se le hizo bastante gravosa para que le diera á en-

tender que haria ella bien en buscar otro domicilio. Contenta Malvina de poder llevarse consigo á la hija de su amiga, lo estuvo tambien de salir de una casa en que estaba irritada de ver que las indecentes risas de una divertida cuadrilla substituian el luto, insultaban á su dolor, y ultrajaban los manes de su amiga.

Vacilaba sin embargo sobre que resolucion tomaria; aun cuando ella no hubiera sido muy jóven para vivir sola, su caudal no le hubiera permitido poner una casa. Estaba muy segura, con arreglo al genio de Mr. Sheridan, que no era menester contar mucho con los socorros que daria este á su hija; y ademas, se formaba Malvina una interior satisfaccion de suministrar por sí sola á la manutencion de la hija de Clara. En esta incertidumbre, escribió á una parienta de su madre domiciliada en las provincias septentrionales de Escocia, para darle parte de su situacion, de su inclinacion al retiro,

igualmente que del deseo que tenia de ir á vivir en su casa mediante una pension.

Le respondió mistriss Birton que accedia á su solicitud, con tanta mas diligencia, cuanto habiéndose visto abandonada por mucho tiempo de su familia, estaba ufana de poder vengarse de semejante abandono con un favor, y que aunque ella hubiera salido siempre burlada de su oficiosidad, no podia menos de mirar todavía como una de sus primeras satisfacciones la obligacion de ser útil á sus semejantes y de amparar á sus parientes. Malvina, en otro momento, hubiera hallado quizás algo enfático el modo con que mistriss Birton habia acogido su solicitud; pero en aquel en que se hallaba no le dejó el pesar lugar para reparar en ello.

Era preciso salir de aquella casa en que habia gozado de los únicos instantes felices de su vida, cesar de derramar lágrimas sobre la yerta losa que cubria las

cenizas de Clara, y hacer una eterna despedida á aquel túmulo, que solo en el mundo le hablaba todavía de su amiga. Allí, el dia mismo de su partida, fué á repetir á la sombra de miladi Sheridan el juramento que ella habia pronunciado á la hora de su muerte; fué á contraer por segunda vez la obligacion de dedicar su vida entera á la educacion de Fanny, de no dividir su tiempo y afecto entre ella y otro objeto; fué á prometer finalmente renunciar para siempre al amor; temerario juramento sin duda, que lo enardecido de la amistad sugirió con fervor, que una madre moribunda recibió con alborozo, y que la certeza de haber templado con él los postrimeros instantes de su amiga hizo renovar á Malvina con un pio entusiasmo.

Le repetia ella todavía, cuando miss Tomkins, doncella suya, fué á arrancarla de aquel sepulcro. Dejóse conducir silenciosa á la silla de posta que la

aguardaba; no lloraba ya al subir á ella: porque hay pesares que carecen de ayes y llanto.

Se estaba entonces á fines de noviembre: los árboles desnudos de sus hojas, y la inmensa alfombra de nieve que cubria la tierra, presentaban al ojo contristado un austero y uniforme espectáculo; el sumo frio retenia á todos bajo sus techos, de modo que los caminos parecian yermos, y los lugares despoblados; callaban las aves, y permanecian inmóviles las aguas; únicamente el silbido de los aquilones y el bronce resonante interrumpian el universal silencio; ellos solos decian á la tierra que el reposo de la naturaleza no es el de la muerte: pero estas imágenes recreaban á Malvina, y conformaban con su dolor; eran sin embargo menos lúgubres que su ánimo.

Sepultada en profundas cavilaciones, sus miradas, sin clavarse en objeto ninguno, recorrian cuantos se le presenta-

ban á la vista sucesivamente; siendo todos para ella una fuente de dolorosas reflexiones. «¡Triste de mí! decia, algunos dias mas, y volverán á hallar los árboles su verdor, y las flores su fragancia; circula un oculto fuego en todos los jugos nutricios; vive todo en esta muerte aparente, todo renacerá para amar: yo sola no amaré jamás; y el tiempo, pasándose, no puede ya traerme mas bien que el de acercarme á mi postrer dia.

Miss Tomkins, Pedro, antiguo criado francés, y la niña Fanny, eran los únicos compañeros de viaje de Malvina. Esta habia mandado entrar á Pedro en el coche, gustando mas de alargar un dia su marcha que de dejarle espuesto á la incle. mencia del tiempo. Movidos tanto él como miss Tomkins del estado de su ama, no osaban interrumpir su silencio, y la respetaban mucho para aventurarse á consolarla. Solo Fanny se atrevia á hablarle, cuya voz, que ya tenia alguna semejanza

con la de su madre, al mismo tiempo de hacer estremecer el corazon de Malvina, le causaba la única satisfaccion de que era capaz de gozar todavía.

Malvina, al cabo de diez dias llegó al paraje de su destino, en la provincia de Bread-Alben, que separa la Escocia septentrional de la meridional. El palacio de campo de mistriss Birton se hallaba situado á algunas millas de Killinen: su esterior antiguo, las elevadas montañas cubiertas de nieve que le dominaban, y el inmenso lago de Tay que bañaba sus paredes, hacian tan majestuoso como silvestre su aspecto. Veia Malvina sin embargo con una cierta aficion aquella antigua Caledonia, patria de los bardos, y que sobresale todavía por el esplendor del nombre de Ossian. Alimentada con esta lectura, le parecia ver la figura de su amiga al traves de los vapores que la circundaban; si el viento silbaba en las malezas, era su sombra que se adelanta-

ba; si oia el lejano ruido de un torrente, creia distinguir los gemidos de su amada ; su viciada imaginacion estaba llena de las mismas visiones de que en otro tiempo estaba poblado aquel pais ; su nombre mismo , aquel nombre que la hija de Ossian llevó antiguamente , le parecia un derecho para los portentos que ella esperaba. No porque sin embargo se pudiera echar en cara á Malvina que tuviera una de aquellas cabezas ardientes y exhaltadas, propensas , á lo fabuloso , que lo buscan de continuo, y se pierden á menudo en su seguimiento ; sino que melancólica y tierna en aquel momento , solo su dolor la estraviaba. Sin duda en tiempo de su felicidad era viva y lucida su imaginacion ; pero aun entonces no la mentaban en nada, hablándose de su voluntad solamente.

Eran cerca de las nueve de la noche , cuando ella llegó al palacio de mistriss Birton : todo reposaba en el mas profun-

do silencio. Al adelantarse el postillon á orillas de los anchos fosos que rodeaban aquel asilo, notó subidos ya todos los puentes levadizos. Inquieto Pedro de ver á su ama tan tarde en aquellos caminos, se acelera á bajar en busca de un paso; marcha á tientas, y se halla luego al pie de una pared que le conduce á una puerta ancha y guarnecida de hierro. Llama en balde; este ruido, que los ecos rechazan de montaña en montaña, interrumpe por un instante la soledad de aquel sitio, volviendo luego todo á su anterior silencio. Trata, en cuanto se lo permiten sus fuerzas, de trepar sobre los barrotes de la puerta, valiéndose de algunas ramas secas de hiedra, halla una cuerda, y tira de ella. Retumbó el sonido lúgubre de una campana en el palacio, con lo que se pusieron todos sus moradores en movimiento. Se oyeron voces que se llamaban y respondian unas á otras; van y vienen diversas luces penetrando por la

oscuridad; ábrense las puertas, y rueda en breve el carruaje de Malvina en los patios. La esperaba mistriss Birton en la entrada; al verla, hizo sorprendida un gesto; pero recobrándose luego, le dijo con mucha afabilidad que un tan largo viaje emprendido en semejante estacion requeria sumo descanso, y que iba con diligencia á llevarla á su habitacion antes de presentarle ninguna de las personas que habitaban en el palacio. No deseaba otra cosa Malvina, y fué tras su prima á la vivienda que le estaba destinada.

No quiso estenderse á conversacion ninguna con ella mistriss Birton. Despues de haberla hecho tomar algunos alimentos, la precisó á acostarse, diciéndole que aunque estaba impaciente de conocerla y gozar de su compañía, exigia que su bella prima dedicase al descanso los primeros dias de su llegada. Se recargó sobre esta voz de *bella*, clavando con inquietud la vista en Malvina. Embebida la

última con su dolor, no lo reparó, ni pensó mas que en dar gracias á su prima por la libertad que le dejaba, conociendo muy bien que en aquellos primeros momentos le habria parecido muy poco llevadero el peso de una conversacion. Luego que ella hubo acostado á la niña Fanny en su cuna, y colocádola cerca de sí, dió las buenas noches á mistriss Birton, que la dejó. Metióse Malvina entonces en su cama, donde, ya á causa del cansancio del viaje, ó de los desvelos que la agitaban dos meses hacia, no tardó en dormirse.

FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONIAE · ALEXANDER PP VI VALENTINUS

CAPITULO II.

RETRATO (1).

¡DESVENTURADA Malvina! has cesado en fin de pensar: el sosiego en fin derrama su bálsamo sobre tu profunda llaga, y por unos instantes á lo menos vas á olvidar que has quedado sola en el mundo. Pero quiero decir durante este momento de descanso lo que era Malvina; quiero representar, si es posible, algunos

(1) Algunos han intentado hacerme un cargo de lo difuso de este retrato; le hubiera abreviado yo quizás, á ser solamente parto de mi imaginacion; pero casi todos sus notables rasgos están tomados de un genio que me es muy conocido, por lo que no he podido omitir ninguno de ellos.

rasgos de aquella preciosa muger, cuyas prendas, dotes intelectuales y figura formaban un complexo que ha sido privativo de ella, y que la tierra no presentará por dos veces. ¿Pero en donde hallar colores para pintarla? Los hay frescos para la beldad, suaves para las gracias, y sobresalientes para el talento; pero, ¿en donde los hay para aquel penetrante embeleso que sabia enlazarlo todo, y hacer amar hasta sus defectos?

No diciendo lo que era, sino lo que infundia Malvina, podríamos darla á conocer; y seria preciso espresar no tanto los elogios de que iba acompañado su nombre, como la conmocion con que le proferian. Cuantos con entrada en el interior de Malvina habian podido verla y escucharla, esperimentaban al pensar en ella un afecto muy diferente del que se profesa á los demas, y cuyo nombré les era desconocido: porque lo que mas agradaba en ella carecia de él; con

mucho talento poseia ella algo de mejor que hacia olvidarle ; y mientras que muchas mugeres se envanecen de las alabanzas que dan al suyo, Malvina hubiera perdido mucho si hubieran pensado en él.

No intento decir que Malvina no tuviese defectos , pero los suyos tenian visos de un nuevo atractivo ; y no me es posible dar otra razon de esto sino que ellos eran los de Malvina , y que no la querian mejor , porque no la querian otra. No se notaban tal gracia ó cual prenda en ella; porque fuera de aquella bondad que supone tantas virtudes, y que no parece ser una , nada se mostraba sobresaliente en su genio , á causa de que en todo reinaba armonía.

Malvina estaba dotada de aquella complacencia que la urbanidad copia y no imita : no se acomodaba por violencia ni cálculo al gusto de los demas , sino porque la imágen de la satisfaccion agena se le representaba antes de la suya. Servia á

un estraño como se hace un favor á un amigo ; pero al servir á sus amigos, hallaba algo de mejor para ellos. Sin duda seria menester haber sido miladi Sheridan misma para conocer en toda su latitud lo que es el celo de la amistad ; aquella sola á quien habia dado el nombre de amiga era capaz de decir que habia sido realmente amada , supuesto que ella habia infundido aquel afecto desconocido en nuestra edad , que da tanto sus haberes sin cálculo , como su vida sin violencia.

Para finalizar el retrato de Malvina, no mentaré su beneficencia , pues esta materia seria inagotable ; nunca habria pintado yo lo suficiente el oculto y dulce embeleso que hallaba en ser la autora de la prosperidad agena, ni como un largo hábito de este gusto hacia cada dia su corazon mas propenso á él , hasta el grado de discurrirse que ella malograba cuanto no daba.

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

Si es verdad que nos fueron acordadas las virtudes por el Criador, como una luz para conocerle, y un medio para acercarnos á él, ¿quien mejor que Malvina debia tener aquel profundo conocimiento de la existencia de un Dios, y aquella sincera piedad que nos hace mirar esta vida como medio de alcanzar otra mas dichosa?

Malvina, aunque dotada de un corazon tierno, y aun apasionado, no habia querido nunca mas que á su amiga. Habituada desde la niñez á no vivir sino para ella, á no gozar sino de su amistad, no se figuraba la existencia de otros bienes. Sin duda una viva pasion hubiera podido arrancarla de este error; pero el sugeto con quien la habian unido no era acomodado para infundírsela, tanto á causa de las desproporcionadas edades, como de la escasa conformidad de genios; por lo tanto no cogió Malvina mas fruto de tan desigual enlace que una

dulzura inalterable. y la conciencia de haber desempeñado con la mas austera rigidez sus obligaciones. Aun habia acabado cautivándose la confianza de su marido; porque si su atractiva hermosura engendraba los deseos, su pudor los sujetaba. Tímida, modesta, y ruborosa de ser notada, sus ojos, bajos siempre, la dejaban ignorar que era el blanco de todas las miradas; y como no habia muger á quien ella no eclipsara con sus gracias, no la habia á la que no sobrepujara mas por sus virtudes. La veian todos con admiracion, ignorándolo ella sola absolutamente.

Sin duda los que la habian amado en silencio durante su matrimonio, se atrevieron á declarárselo cuando ella estuvo libre; pero cansada por una larga tiranía, tenia mas necesidad de sosiego que de agitacion, no queria ni deseaba mas que la amistad. Miladi Sheridan era el ídolo que ella deificaba; fuese volando

á sus brazos , y no quiso ya mas gusto. Su amiga era desgraciada , y su afecto tomó nuevo incremento. Ah ! sin duda, quien no ha visto penar á lo que ama, no sabe todavía hasta que grado puede amar.

Así Malvina , á la edad de veinte y cuatro años, sin haber conocido el amor, no se creia capaz de darle abrigo en su pecho ; pero por no haberle conocido, no somos inaccesibles á él. Ay de mí! porqué lo ignoraba ella ?

No solamente se creia con la certeza de que este afecto no tenia dominio ninguno sobre ella , sino que le agregaba la firme resolucion de desecharle. ¿No habia prometido servir de madre á Fanny? No debia dedicar su vida entera al desempeño de esta obligacion? y no hubiera mirado como un crímen cuanto hubiese podido distraerla de ello? Con semejantes disposiciones , ninguna cosa podia convenirle mas que el retiro en

que se hallaba : por lo mismo la idea de vivir en él lejos del mundo , y de poder entregarse totalmente á sus pesares y educacion de su niña , habia templado en algun modo lo amargo de su dolor.

CAPITULO III.

UN CONOCIMIENTO MAS ESTENSO.

Era muy tarde al siguiente dia cuando se levantó Malvina. Apenas se hubo echado el vestido, cuando acercándose á una ventana de su cuarto, quedó absorta del primoroso espectáculo que se le presentaba á la vista: las aguas azuladas y cristalinas del lago se estendian á larga distancia, y los vapores que se elevaban de su seno no permitian descubrir sus límites. En un lado suyo las montañas, cubiertas de una selva de negros abetos, cuyas robustas copas desafiaban la furia de las tempestades, cruzadas por quebradas profundas, de cuyo seno se

derramaban con estruendo vastos é impetuosos torrentes, formaban un palpable contraste con el silencio que reinaba en las de la opuesta orilla; estas, embarazadas con disformes pedruscos de granito, amontonados unos sobre otros, y sin vestigio ninguno de vegetacion, presentaban al ojo contristado la imágen del caos y ruina.

Mientras que contemplaba Malvina con atencion este espectáculo, interrumpióla una voz cariñosa que se informaba con aficion sobre su salud. Se vuelve, y descubre á mistriss Birton en vestido casero el mas aseado, y que le dice sonriéndose: «Ah! bella prima, no hay aquí las vistas siempre deleitosas y fértiles de nuestra Francia; solamente allí se despliegan los beneficios de la naturaleza; no poseemos aquí mas que sus rigores; pero mientras que el buen tiempo viene á alegrar algo nuestras montañas, he cuidado de mandar colocar aquí diferentes cuadros de los

mejores maestros de las escuelas italiana y flamenca. Créame V., vale mas mirar el hermoso cielo de Francia é Italia en pintura, que el de Escocia en realidad.» Alzó Malvina la vista, descubrió en efecto muchos bonitos paisajes, dispuestos con gusto en el papel verde que adornaba su gabinete.

Movida de esta atencion, y atribuyéndola á la buena voluntad de mistriss Birton, le tomó la mano, y le dijo: «Estoy muy reconocida, prima, á cuanto hace V. por mí; y estos agasajos que tienen mi persona por objeto me dicen cuanto V. es; quien se ocupa así en una estraña debe hacer la dicha de cuanto anda á su lado.—Es á lo menos el fin á que aspiro, le respondió mistriss Birton, y es la principal razon que me ha movido á vivir en esta soledad. Siendo señorial esta posesion, y teniendo un sin número de vasallos, velo sobre ellos, los alivio; y como en mí ven el arbitrio de su suerte, hago de

modo que me miren tambien como el orígen de su dicha.» Malvina celebró este discurso que mistriss Birton habia proferido algo enfáticamente; pero no se enterneció con él, y le pesó interiormente el ser tan insensible al mérito de su prima. Un observador menos indulgente y mas ilustrado, hubiera pensado quizás que cuando la bondad se muestra en vez de dejarse ver, debe ser honrada todavía, pero no puede ya mover.

«Supuesto que V. me ha dado licencia, dijo Malvina, para pasar unos dias sin bajar, voy á aprovecharme de ella desde hoy, y permanecer en mi cuarto, lejos de las gentes, que he dejado mucho tiempo hace... —Es V. libre, enteramente libre, prima, interrumpió mistriss Birton; he sabido siempre dejar á mis amigos tan á sus anchuras en mi casa, que se creian estar en la suya; y no haré por cierto escepcion con V. Por lo demas, la convido á V. tanto menos á acompañarme en el salon,

cuanto tengo por algunos dias todavía una sociedad, que casi no la acomodaria á V., de jóvenes muy alegres, muy bulliciosos.... Pero cuando nos quedemos en familia se nos unirá V.»

Malvina hizo una inclinacion, y su prima se fué. Por espacio de muchos dias, la vió poquísimo, de lo que no se quejó. La adversidad habia enardecido en estremo su habitual devocion: y esta disposicion, tan natural en las almas tiernas, la movia á gustar apasionadamente de la soledad: porque es sabido que la soledad es la augusta morada que la religion se reservó en todas las edades, que allí comunica ella sus inspiraciones, corren las lágrimas de contricion, y llegan los aye del pecho á oidos del cielo.

La buena mistriss Tomkins, sin embargo, no estaba contenta de ver á su ama encerrada siempre en su cuarto; parecíale que podia hacerse uso de la distraccion con fruto contra los pesares, y llevaba

muy á mal que la dueña de casa dejara enteramente sola en el llanto á su prima, mientras que reinaba en el salon la alegría. Aventuróse á hablar de ello una mañana á Malvina, al llevarle el desayuno. «¿Por ventura no bajará V. hoy? Parten mañana todos; y si tuviera yo valor para decir lo que pienso, creo que mi ama podria divertirse allá abajo. — Ah! buena Tomkins, sabe V. muy bien que no estoy dispuesta para diversiones. — Pero si á lo menos quisiera V. probar.... Por otro lado, tienen tan vivos deseos de verla á V.! — Pero no me conoce aquí ninguno. — ¿Qué importa eso? han oido mentar á V., y están impacientes de conocerla. Todos me muelen á preguntas, diciendo: ¿Porqué no se presenta su ama de V.? acaso está enferma? porqué se oculta? es fea?... Ah! ah! como les he respondido, con desden, que en balde recorrerian los tres reinos antes de hallar en ellos una figura como la de V.; lo que no ha hecho mas

que avivar su curiosidad. —¿Y cree V. que para satisfacerla dejaré mi retiro mientras que no me precisen á abandonarle? —Ama, interrumpió la niña Fanny, diga V. á mamá, quien era aquel bonito lord que estaba mas deseoso de verla, que me ha acariciado tanto, y dado estos confites. —Es sir Edmundo Seymour, repuso miss Tomkins, el sobrino de mistriss Birton; es hermoso como un sol, ¡y ademas tan afable y bondadoso con todos...! Es verdad que es, segun voces, muy licencioso; pero, por lo que hace á mí, nada sé de ello; porque no tomo parte ninguna en las picoterías de los criados. Y hace V. bien, querida Tomkins, dijo Malvina, evite V. cuanto pueda esa especie de conversaciones si quiere vivir en paz; mi prima me parece una muger primorosa, y... —En cuanto á eso, señora, interrumpió la doncella, no es lo que todos dicen en el palacio, y me tienen contadas ya cosas... pero Dios me libre de hablar mal de mi

prójimo; harto pronto es siempre conocido. Unicamente querria yo que V. consintiera en distraerse; pues cuando la veo á V. llorando siempre, me parece que soy mucho mas vieja de diez años.—Buena Tomkins, repuso suavemente Malvina, le suplico á V. que me deje la eleccion de mis distracciones, y crea que las hallo mas en mi soledad que entre las gentes.» Cabeceó miss Tomkins, como en señal de no estar convencida de lo que le decia su ama; pero no osando apurarla mas, se salió sin chistar.

Dos dias despues mandó mistriss Birton decir á su prima que la esperaba para el desayuno en su habitacion. Aunque este convite le repugnaba algo á Malvina, no creyó que debia negarse á él, y bajó. Halló á mistriss Birton sola en un salon, en que estaba preparado el desayuno. «En fin, querida Malvina, le dijo al verla entrar, ha partido toda mi compañía, y puedo disfrutar del gusto de verme

con V.—Temo mucho, prima, repuso Malvina, ser poco acomodada para proporcionarsele á V., y me compadeceria de V., si yo no la viera con mas compañía que la mia.—¿Porqué pues, prima? me parece V. muy amable. Por lo demas, no estoy absolutamente sola en mi palacio, y hará V. conocimiento á la comida con los que aquí residen conmigo; pero tocante á esta mañana, se la he reservado á V. toda entera.» Malvina se sintió mas incomodada que reconocida de semejante atencion; hubiera querido corresponder á ella; pero no teniendo nada que decir á su prima, le hizo únicamente impresion la idea de tener que sostener una conversacion por muchas horas, y el espanto que esto le causó hizo mas espinosa su situacion.

Con esta disposicion, se sentó harto tristemente al lado de la lumbre delante de una mesa profusamente servida; no la apuró mistriss Birton á comer con afectacion, sino que le hizo notar con cuida-

do lo que habia de mas delicado, y trató de incitar así su apetito como su alegría. Malvina le daba siempre gracias; y sin embargo, cansada de tantos agasajos, hubiera preferido el mas negligente abandono á aquellos obsequiosos cumplidos que no dejan respirar un instante; porque por mas que mistriss Birton se esforzaba á parecer buena, como no era propensa á ello por naturaleza, sus atenciones carecian siempre de aquella cordialidad que nos deja á nuestras anchuras, y sus discursos de aquella naturalidad que se insinua en el corazon.

Acabado el desayuno, y agotada la plática, propuso mistriss Birton á su prima recorrer lo interior del palacio, y la condujo primeramente á un bonito salon de mùsica; le enseñó diversos órganos, fortepianos, arpas, finalmente toda especie de instrumentos imaginables. Pasaron de allí á una espaciosa librería, que las condujo á una vasta galería de pinturas; va-

rias estufas subterráneas calentaban aquellas piezas ; y reuniéndose sus diferentes tubos junto á la vivienda de mistriss Birton , habia hecho construir esta debajo un pequeño invernadero, en que cultivaba en todas las estaciones los arbolillos olorosos que climas mas suaves no ven nacer mas que en verano. Por medio de una abertura dispuesta con arte , el naranjo y girasol exhalaban sus fragancias aromáticas en su retrete. Este gabinetillo , pintado al fresco en la pared , representaba un sotillo de verde , mezclado de mazorcas de flores, tan bien imitadas, que todos engañados con sus colores y seducidos por el olfato se creian en medio de los campos; algunos espejos, cuyos marcos se ocultaban con ramajes recortados , alegraban á mas aquella mansion ; y en lo interior una otomana , colocada en una alcoba , y ocultada por una cortina de crespon, presentaba el asilo del deleite.

Aunque Malvina habia estado acostum-

brada á la opulencia en su patria, y en casa de miladi Sheridan, nunca, sin embargo, se habia presentado á sus miradas la imágen de tan acicalado lujo; le hubiera tenido por indecente en Paris y Londres; ¿qué seria pues en el norte de la Escocia? ¡Cuantos dispendios para hacer venir todos aquellos adornos! cuantos artífices para labrarlos! cuantos cuidados para conservarlos! No hubiera costado la mitad de trabajo y dispendio para fundar un hospicio, que en un pais tan silvestre hubiera sido un beneficio, y aquel retrete no ofrecia allí mas que un chocante contraste.

Mientras que hacia Malvina todas estas reflexiones, mistriss Birton, como si ella hubiera adivinado su pensamiento, le dijo: «Bella prima, parece V. sorprendida, véolo, de hallar algunas comodidades en el corazon de esta provincia, y me censura quizas de haberme dejado llevar mucho del gusto sobre este particular; pero

sepa V. , á lo menos , que no me he rendido á ello sino despues de haber fundado útiles establecimientos. Tengo en un lienzo de mi palacio una escuela para los niños , una enfermería para los enfermos , y una herrería en que distribuyo gratis á los moradores pobres de mi señorío hierro y utensilios para que ganen su vida. —Ah ! sí , prima , respondió Malvina , eso es lo que compensa bien el estremado primor de las habitaciones de V. ; es permitido dejarse llevar de su inclinacion cuando se ha empezado haciendo bien á los demas ; pero vamos á ver esas honrosas instituciones , se lo suplico á V. ; aquí sin duda puede alabarse el buen gusto de V., pero allí debemos apreciar su corazon. — Me alegraria infinito de servir á V., repuso mistriss Birton ; pero habiendo señalado dos dias por mes para visitar estos establecimientos , me temeria que los que están encargados de su vigilancia se autorizasen de mi ejemplo si yo misma faltase

al órden prescrito; por lo que aguardarémos al dia señalado.—Como V. guste, replicó Malvina algo sorprendida: ¿pero no me seria posible ir allá sola?—No, querida, respondió mistriss Birton, no quiero privarme del gusto de conducirla á V. allá; y si en algun tiempo fuera V. sin mí me disgustaria.»

Malvina no insistió, y sin hallar precisamente nada que afear en el tono y discursos de su prima, conocia que habia algo en ello que no le agradaba; porque si su ánimo estaba mas dispuesto que cualquier otro á la indulgencia, su corazon tenia una rápida penetracion que le hacia calar en el momento los ocultos motivos de los que le hablaban: antes de haber reflexionado, y aun de haber pensado, estaba recibida la impresion. Le sucedia con frecuencia afearse estos impulsos involuntarios á sí misma, pero no podia superarlos; en balde, á fuerza de discurrir, se persuadia de su injusticia;

porque su voluntad no se rendia á sus razones; y si habia facilidad en burlar su juicio, no la habia en libertarse de su instinto.

Cuando ella se disponia á apartarse de su prima, le dijo esta: «Querida Malvina, á fin de hacer olvidar á V. , si es posible, que no está aquí en su casa , querria yo que me dijera V. francamente si prefiere comer en su cuarto. Podrán hallar alguna rareza en ello, pero no hace nada, quiero acomodarme á los gustos de V.» Malvina tuvo por un instante tentaciones de aceptar la propuesta; sin embargo, reflexionando que estaria precisada á destinar algunos momentos al trato de su prima, tuvo por mas conducente escoger la hora de las comidas, y le dijo que, aunque la suma tristeza que la abrumaba le hacia temer ser una compañía muy desapacible, sin embargo, si su prima no lo estrañaba, bajaria á la comida del medio dia. «Con tal que eso le acomode á V. , querida Mal-

vina, le dijo mistriss Birton, y que venga sin violentarse en nada, esté V. segura de que me causará el mayor gusto su reunion conmigo: ¿porqué temeria yo la tristeza de V.? puedo acaso estrañarme de los pesares agenos? Ah! no tema V. desahogar los suyos en mi seno; he sufrido mucho yo misma, y me son muy conocidos los males de la ternura, para no apiadarme de los de V.»

Malvina lo creyó, y se compadeció de su prima por los sentimientos de que ella decia haber sido víctima; pero conoció, al mismo tiempo, que ella no gustaria hablar de los suyos á mistriss Birton.

FERDINANDVS DEI GRA REX ARAGONIÆ · ALEXANDER PP VI VALENTINUS

CAPITULO IV.

NUEVOS CONOCIMIENTOS.

Desde que Malvina habia perdido á su amiga, era la primera vez que habia sostenido una tan larga conversacion. Cansada del esfuerzo que acababa de hacer, se encaminaba con precipitacion hácia su cuarto, cuando al pasar un corredor, fué saludada por un hombre de unos treinta años, de noble figura, y cuyos modales parecian respetuosos y corteses. Se ciñó ella á hacerle una leve inclinacion, y siguió su camino sin pararse. No le sucedió lo mismo á Mr. Prior; aunque era el único en la casa que no habia mostrado curiosidad ninguna de co-

nocer á madama de Sorcy, no pudo verla sin quedar absorto. En efecto, ¿como hubiera sido posible mirarla con indiferencia? qué criatura humana hubiera podido encontrar sin conmocion aquellos ojos tan vivos y tiernos, y perderlos de vista sin pesar? Luego que hubo pasado Malvina, se volvió Mr. Prior para mirarla de nuevo: y luego que ella hubo dado vuelta á la galería que conducia á su cuarto, se adelantó él unos pasos mas, alargó el cuello para verla por mas tiempo, y quedóse inmóvil por un rato en el sitio, al desaparecer Malvina, cavilando en la peregrina forastera á cuyo lado él iba á vivir. Mr. Prior era de una familia noble de Escocia; sus padres, cargados de muchos hijos y sin caudal, le habian hecho abrazar el estado eclesiástico; y él se habia conformado tanto mas gustoso con su voluntad, cuanto teniendo una viva pasion al estudio y literatura, esperaba poder darse fácilmente á su in-

clinacion en semejante estado ; pero no era el medio de prosperar. En él, como en cualquier otro , hacen menos los talentos que los manejos : y Mr. Prior, con el corazon mas recto, entendimiento mas cultivado , y mas puras costumbres , no habia podido hallar una plaza que le diera con que vivir. Estaba en esta posicion , cuando la casualidad le proporcionó el conocimiento de mistriss Birton, en un viaje que hizo la última á Edimburgo. Tenia ella suficiente talento para apreciar el de Mr. Prior ; y lisonjeada de recoger en su casa á un sugeto de familia noble , le ofreció una plaza de capellan en su palacio , con el situado de cien guineas. Seducido por las trazas bondadosas de mistriss Birton , y por la esperanza de dedicar todos sus momentos al estudio en las escarpadas y silvestres montañas de Bread-Alben , aceptó con sumo gozo la oferta que se le hacia. Encantado de la solitaria posicion de su

nuevo refugio, su asombro al ver lo interior sobrepujó mucho al de Malvina; y el suntuoso primor de aquel palacio engendró en su ánimo sospechas, que la esperiencia ratificó quizás en lo sucesivo; pero cualquiera que fuese el juicio que hiciese de mistriss Birton, nunca descubrió su pecho á ninguno sobre este particular: este secreto estaba oculto en su pecho: pertenecerá quizás á Malvina sola el recibir la pronta confidencia de él.

Cuando bajó Malvina para la comida, halló en el salon, ademas de Mr. Prior, á dos damas que le eran desconocidas, y que luego que ella se presentó la miraron con ansiosa curiosidad. Se levantó mistriss Birton para ir á recibirla, y le dijo: «Permita V., bella prima, que le presente los amigos de mi soledad, que se alegrarán sin duda de la nueva compañera que van á tener. He aquí primeramente Mr. Prior, capellan de mi casa, y cuya noble cuna forma su menor mé-

rito ; el ministerio que ejerce aquí es muy inferior á sus talentos , y debo dar gracias á su mala suerte , que á ello le ha precisado. He aquí , continuó volviéndose hácia una anciana dama de cincuenta años , mistriss Melmor , antigua amiga de mi madre. Viuda de un sugeto distinguido , y arruinada por un pleito, ha venido á participar de mi retiro con su hija, que está V. viendo á su lado. Esta doncella , aunque de diez y siete años escasos , posee ya raras habilidades, y sus desvelos podrán serle útiles á V. tocante á la tierna huérfana que tiene V. á su lado.»

Malvina respondió con dulzura que se alegraria en el alma de gozar de los dones de miss Melmor para sí misma, pero que sentiria mucho emplear un solo momento suyo en la penosa incumbencia de doctrinar á una niña ; y que únicamente una madre podia desempeñar semejante tarea. « Pero si no me equivoco,

Señora, le dijo mistriss Melmor, no es hija de V. esa jóven miss. — No, Señora, respondió Malvina conteniendo su llanto; pero la adversidad la ha hecho mas que hija para mí. —Ah! ya entiendo, su madre era amiga de V., y la adoptó V. á su muerte... — Por favor, no haga V. preguntas á mi prima sobre tan delicada materia, interrumpió mistriss Birton; porque yo misma no me he atrevido á mentársela todavía, por saber muy bien que hay llagas de que solo con el tiempo sanamos. —Pero hay otras, añadió Malvina, para las que en balde corre el tiempo. No desesperemos de cosa ninguna, querida, le dijo mistriss Birton besándola suavemente en la frente, y verémos algun dia lo que el celo de mi sincera amistad podrá sobre V.»

Durante esta plática, no habia despegado los labios Mr. Prior, ni cesado de mirar á Malvina. Aquel abatido y pálido rostro le parecia ser lo que él habia visto

de mas afectuoso en la tierra; cuantas palabras ella proferia le agitaban vivamente el corazon, y se pasmaba de que se atreviesen otras voces á mezclarse con el dulce metal de la suya. En balde hacia por acordarse de las mugeres mas hechiceras que habia conocido: porque ninguna era comparable con Malvina. Miss Melmor fué la primera que descubrió, ó á lo menos reparó, lo preocupado de su ánimo, y dijo: «Mucho me engaño, si la tristeza de madama de Sorcy no tiene ya cautivado á Mr. Prior, y si no se halla dispuesto á llorar con ella sobre unas desdichas que le son desconocidas todavía; ¿que será pues si ella las refiere?—Y que podré yo saber que ya no sepa? esclamó vivamente Mr. Prior; no son el acento, accion, y fisonomía, los mas elocuentes intérpretes del dolor? Ah! si los desgraciados no tuvieran sino palabras para pintarle, no serian oidos jamás. «Malvina alzó la vista hácia Mr. Prior

con una leve señal de aprobacion ; no habia reparado en él todavía : y al mirarle mas , se sintió dispuesta en favor suyo. Su fisonomía en medio de su seriedad y austeridad tenia algo de sumamente sensible que no podia ocultarse al ojo de Malvina ; pero para descubrir este genio era quizás necesario participar de él uno mismo ; y con arreglo á ello no le hubiera descubierto jamás miss Melmor , aun cuando hubiera pasado su vida con Mr. Prior.

Durante la comida hizo ella muchas preguntas á Malvina sobre las varias diversiones de Lóndres. « Las he conocido poco , respondió la última ; miladi Sheridan no frecuentaba nunca los lugares públicos mas que por complacer á su marido ; lo exigia este rara vez , y no salia yo nunca sin ella. Ah ! Dios mio, repuso miss Melmor , ¿como es posible que se haga tan triste uso de la libertad , y que una se prive de los bailes , teatros y

funciones , cuando es dueña de gozar de ellos ? Confieso, en cuanto á mí , que no deseo otros placeres... — Crea V. , querida , interrumpió mistriss Birton , que se cansa una bien pronto de eso ; gocé de ello con demasía en mi juventud ; me desvanecieron con cuanto los triunfos del amor propio tienen de mas deleitoso; pero dejada de estas quimeras , cuyo vacío conocí en breve , abandoné el mundo antes que él me abandonara. En balde tiró él á llamarme otra vez hácia su seno, resistí á todas sus insinuaciones para dedicarme á las únicas satisfacciones reales, la beneficencia y amistad ; y ahora que no soy ya jóven ni bonita estoy contenta de no haber dado todos mis años al placer. »

Mistriss Melmor dió profusos elogios á la elevada prudencia de su amiga ; Malvina los halló tan desmesurados , que le quitaron la gana de hacer ninguno ; por otra parte , echando de ver en los labios

de Mr. Prior un leve movimiento que contenia una sonrisa, quedó asombrada; porque el discurso de su prima le habia parecido muy juicioso. Pero los dolorosos recuerdos que de continuo la asaltaban echaron á un lado luego todas estas ideas; y antes de acabarse la comida, solicitó y obtuvo licencia para retirarse.

CAPITULO V.

LA LIBRERIA.

No habiendo traido Malvina libros consigo, bajó una mañana á la habitacion de su prima para pedirle la licencia de tomar algunos en su librería. «Querida, le respondió mistriss Birton, como me recreo en tener las mas bellas ediciones solamente, no tengo uso de prestar mis libros á las mugeres, que por lo comun no los tratan bien de modo ninguno; pero consiento sin embargo en hacer una escepcion á favor de V, quien tiene la libertad de escoger los que mas le acomoden.» Malvina le dió las gracias sin gusto; porque aquella complacencia

que trata tan bien de ponderar lo que ella acuerda es peor á menudo que una negativa. Se prometió hacer un escaso uso de ella; y entrando en la librería antes de subir á su cuarto, se paró delante de un estante que contenia los mejores libros franceses. Eran los buenos amigos de su juventud: entre ellos y miladi Sheridan habia pasado los mas bellos momentos de su vida. Arrancóle lágrimas la vista de Montaigne; su imaginacion la trasladó al momento á la fertil Francia, bajo el paterno techo, en que por la primera vez habia leido su capítulo de la Amistad. No estaba casada todavía, ni su Clara tampoco, que iba á medias en esta lectura. Se encontraban á cada frase los ojos de una y otra, teniendo visos de decirse: esperimentamos esto nosotras: pero sus timidas bocas no osaban confesarlo todavía; un oculto rubor, fiel compañero de las primeras conmociones del alma, retenia esta con-

fesion en el fondo de las suyas. Atónitas y hechizadas, les parecia mas bella la naturaleza desde que ambas la admiraban juntas; y las flores mas frescas desde que las cogian la una para la otra. Felices en amarse, se entregaban con deleite al afecto que las arrastraba, sin hacerse cargo del orígen de su felicidad; y en aquellas sencillas y cándidas almas, tenia la amistad pura é inocente todo el empacho y embelesos del amor nuevo. Se sucedieron con velocidad estas memorias en el ánimo de Malvina, y al pasar cada una hacia dolorosa impresion en su pecho. « ¡Oh primeros instantes de la vida! esclamó derramando un mar de lágrimas, embelesados instantes, muy presto pasados y llorados eternamente, cuan profundos vestigios ha dejado vuestra efímera existencia en mi memoria! » Cuando ella estaba todavía hablando, se abrió la puerta, y se presentó Mr. Prior, cargado de algunos libros que venia á

traer. Al ver á Malvina, se inclinó con respeto, y dió unos pasos para retirarse; pero levantándose al punto ella, le hizo seña con la mano; y con el corazon oprimido de suspiros, le dijo en baja voz: «No se incomode V.,» que yo me retiro. Mr. Prior, al verla pasar con la cabeza inclinada sobre el pecho, juntó las manos y esclamó: «Oh Providencia! estas son las criaturas á quienes castigas, mientras que campea el perverso, y tiene mas que su corazon apetece!» Enternecida Malvina con esta esclamacion, se volvió hácia Mr. Prior con los ojos llorosos, y dijo: «Sí, he sido cruel, muy cruelmente castigada, y sin embargo vivia yo inocente, y creo que no era merecedora de tan tremendo castigo.—No murmure V., repuso él, contra el que lo puede todo, sino acérquese á él, y se acercará él á V.; invóquele V. y responderá: porque habita con el corazon humilde y contrito, no esconde la cara cuando el afligido

grita, le cuida y venda sus llagas (1). — Veo, respondió Malvina, que V. es bueno y compasivo, y que su traje no engaña, cuando él nos dice que V. es el sustentáculo de los desconsolados y padre de los menesterosos. — Ah! repuso Mr. Prior, si me fuera lícito considerar la esperanza de dar algunos consuelos á su alma de V., desde hoy solamente me pareceria un beneficio la vida. — No soy mas que una débil parte del rebaño confiado á los desvelos de V., respondió ella; pero acepto reconocida los auxilios piadosos de V., los cuales me enseñarán quizás á sobrellevar una muerte que me ha dejado sola en el mundo. — No los hallará V. en mí, le dijo él, sino muy ciertamente en aquella idea sublime que sir-

(1) No sorprenderá quizás el lenguaje de Mr. Prior, si se reflexiona por un instante cuan familiares son las citas, máximas y comparaciones á los hombres eruditos, exaltados, y habituados al retiro.

vió de consuelo á todos los hombres y todas las edades, en aquella esperanza de la inmortalidad, que es como el *áncora del alma* en medio de este *tabernáculo de polvo* (1), en que de continuo nos vemos batidos por la tormenta de las pasiones. No es la muerte sino el abandono de nuestra casa terrenal: aparte V. sus miradas de ella para elevarlas hácia aquella otra que no fué construida por mano de hombres, y que subsiste *ab eterno* en los cielos. Allí volverá V. á hallar á su amiga.—Ah! repuso Malvina, me siento aliviada con la conversacion de V. Por cierto, no he dudado nunca que si Dios nos hubiera criado mortales, no nos hubiera criado desgraciados; pero lo creo todavía mas cuando me lo dice V., y al apartarme de V. llevo conmigo la idea y reconocimiento del bien que me ha hecho.»

Contenta Malvina de haber hallado á

---

(1) Espresiones del Profeta rey.

un sugeto con quien se entendia tan bien se prometió muchos recreos en la sociedad de Mr. Prior, y bajó sin trabajo á la hora de la comida. Halló en el saon á mistris Melmor, que hacia labor delante de un telar de tapicería, y á su hija que leia un folleto. Se acercó á la última, que dejó al punto su lectura con diligencia. «¿Y bien, Kitty, le dijo su madre, estarás habilitada para dar cuenta á mistriss Birton de lo que ella te ha dado á leer? — Seguramente que sí, mamá; si ella no exigiera de los otros mas que de sí misma, creo que podria recibir algunos elogios de su parte; pero quien los quiere todos para sí no tiene uno que dar. — Como, Kitty? te olvidas de quien y delante de quien hablas? — A la verdad, mamá, ignoro como una puede violentarse siempre; pero tocante á mí, la vida que se lleva aquí, y las lecturas que me obligan á hacer, me causan un fastidio que no me es posible disimu-

lar mas. — Ah! porque lo ocultaria V.? le dijo Malvina, las diversiones y alegría son el patrimonio de la edad de V., y mistriss Birton es muy justa para estrañar las quejas de V. — Si ella no hiciera mas que estrañarse, repuso la doncella hablando muy de prisa, haria yo poquísimo caso de su sorpresa; ¿pero podria ella perdonarme la irremisible falta de aburrirme en su casa? No se halla ya mas que muy inclinada á hacerme objeto de sus antojos, desde que sir Edmundo Seymour ha parecido notarme con aficion en su último viaje. No porque, en el fondo, dé yo un gran valor á la preferencia de sir Edmundo; sé cuan ligero es, que no sabe querer á muger ninguna, y que á todas les hace los mismos requiebros que á mí; sino que aun cuando fuera de otro modo (lo que sin embargo es muy posible), ¿no estoy segura de que mistriss Birton no permitirá nunca á su sobrino hacer mas eleccion que la

que ella haya prescrito? Y verá V., mamá, que el dote que ella me ha prometido, no se me dará mas que en el caso de tomar yo un marido á su gusto y no al mio,.. » Sin duda ella no se hubiera parado tan pronto, si su madre no se hubiera aprovechado del primer momento que ella tomaba aliento para interrumpirla. « Calla, Kitty, le dijo con un tono que ella queria hacer formal, y que solo era enfático; calla, y aprende á respetar á la amiga generosa que nos ha dado un asilo. Ah! Dios mio, mamá, á que fin esos escrúpulos? respondió atolondradamente su hija; no la he oido mil veces á V. decir mas mal todavía? — Es posible, interrumpió mistriss Melmor, encendida de cólera, pero á lo menos sé yo á quien me dirijo. — Espero, señora, le dijo gravemente Malvina, que no sospecha V. que yo pueda hacer mal uso de lo que estoy oyendo; debo estrañarlo, y á esto se reduce todo. — Créolo, créolo

seguramente de parte de V., repuso mistriss Melmor templándose; la que posee tantas virtudes debe ser discreta; pero reprendo á mi hija de hablar tan libremente delante de personas que ella no conoce; porque debe V. conocer con cuanta prudencia debemos quejarnos de aquellos de quienes lo esperamos todo. —No, Señora, no lo conozco, respondió Malvina algo secamente, porque discurria que no debíamos recibir cosa ninguna de aquellos á quienes no podíamos querer.»

Mistriss Melmor despegaba los labios para responder, cuando entró mistriss Birton. «Buenos dias, amigas, les dijo; celebro ver á Vds reunidas, y echo menos los momentos que he malogrado lejos de Vds.; ¿pero estaba yo presente á lo menos en el ánimo de Vds.? pensaban en mí?—Puede V. dudarlo? le respondió mistriss Melmor con meloso tono; ¿no es aquí V. el alma de todo?» Estas li-

sonjeras palabras acababan de lograr una graciosa sonrisa de mistriss Birton, y una mirada desdeñosa de Malvina, cuando entró Mr. Prior, con una coleccion de papeles bajo el brazo. «Qué nos trae V.? preguntó mistriss Birton.—Cuantas poesías gálicas he podido recoger, respondió Mr. Prior.—Quita allá! interrumpió miss Melmor; ¿como ha tenido V. valor para escribir todas esas salmodias?—Y como es posible que V. dé semejante nombre á las sublimes obras que han inmortalizado el nombre de Ossian? esclamó Mr. Prior ¿Como se atreven á hacer ofensa al hijo de Fingal en la tierra que le llevó, en medio de estas montañas que vivirán todavía por su ingenio, aun cuando la mano del tiempo las haya destruido, en el suelo de la antigua Caledonia finalmente?—No teme V... que el espíritu de las colinas, montado sobre un corcel de vapores me traspase con su lanza de niebla? interrumpió miss

Melmor mofándose. No, á la verdad, y cuando venga la noche, que silbe el viento en la selva, que los metéoros se eleven del seno del lago, y que los alanos aullen en el corral, no quedaré espantada de la ira de Ossian.—Miss Melmor, le dijo mistriss Birton con alguna altivez, para meterse á juzgar semejante obra, conviene hallarse en estado de conocer sus primores, y haber leido mas de algunas páginas para aventurarse á hablar de ella.—En ese caso, dijo miss Melmor muy quedito, inclinándose hácia el oido de Malvina, haria ella bien en no decir nada.»

Mistriss Birton, sin haberla oido, se ofendió de su accion; y mistriss Melmor que notó el descontento de su amiga, procuró calmarla acusando á su hija la primera. «Se lo tengo dicho á V. con frecuencia, querida mistriss Birton, que su desmesurada indulgencia con Kitty produciria mal efecto; pero V. no ha queri-

do creerme ; y entre nosotras dos , si la frescura y hermosura de V. hubieran podido dejarlo suponer , la hubieran tomado por madre suya ; en tanto grado son vivos y generosos los afectos del corazon de V. Esta es la única falta de V., querida mistriss Birton ; disimúleme que se lo diga con aquella franqueza que me es genial , esta es la única falta de V.

—No es una dueña de sus afectos, querida, respondió su amiga ; hay almas que la esperiencia no corrige, y que serán eternamente burladas de su ternura . — ¿ Conoce madama de Sorcy la obra de que se trata ? le preguntó Mr. Prior presentándole la coleccion que él tenia. — No he leido mas que la traduccion francesa. — No conoce V. pues á Ossian. No le conocerá V. todavía despues de haber leido la de Mr. Macpherson, ni la mia, que es esta. Si las dificultades no la desaniman á V. , deme su licencia para darle algunas lecciones de lengua ersa . á fin de

que V. pueda, cuando vuelva el buen tiempo, ir á oir á los descendientes de Morven cantar las proezas de sus mayores con toda la pureza de su primordial lengua.» Malvina aceptó con sumo gusto esta propuesta; y añadió mistriss Birton que alegrándose tambien de tomar algunas lecciones, daba cita para el siguiente dia á su prima y Mr. Prior en su librería. Hácia el fin de la noche, trajo un sirviente una carta á mistriss Birton, que pareció ponerla muy cavilosa. Leyóla muchas veces, miró inquieta á miss Melmor, y Malvina, que se hallaba junto á ella, la oyó decirse á sí misma muy quedito: ¿Quien puede atraerle aqui? porque se vuelve ya? Finalmente, tras una larga pausa, guardó su carta y dijo: «Me escribe Edmundo que dentro de unos dias llegará aquí. — Verdaderamente! interrumpió miss Melmor dando de alegre un grito.» Miróla severamente mistriss Birton, y añadió: «Discurro que vuelve para con-

sultarme sobre diversos puntos relativos á su casamiento con ladi Sumerhill ; porque últimamente espero que, sumiso á mi voluntad, conocerá todos los beneficios de este acomodo ; y no me discurro que ninguno tenga aquí la imprudencia ni la presuncion de disuadirle de ello.» Miss Melmor se sonroseó, miróla su madre con zozobra ; Mr. Prior se puso pensativo ; mistriss Birton tuvo visos de agitada, y solo Malvina permaneció casi indiferente á lo que se platicaba al lado suyo. Puntual en la cita dada por su prima, pasó en el siguiente dia á la librería en la que ya se hallaba Mr. Prior. Platicaron aguardando á mistriss Birton, y con suficiente calor para olvidar que ella no venia ; sin embargo mandó decirles al cabo que les rogaba que dejasen la leccion para despues de algunos dias porque ella no tenia lugar en aquel, y que el siguiente estaba señalado para ir á visitar los establecimientos públicos del

palacio. Malvina mandó responderle que ella la aguardaria, y se disponia á salir, cuando la detuvo Mr. Prior, preguntándole: «¿Va V. á retirarse tan presto?—Me parece, replicó ella, que me he quedado harto tiempo. — Lleva V. razon quizás; no me lo parece sin embargo; porque los momentos que uno pasa al lado de V. son suaves como el vapor de la mañana, y se desvanecen como el rocío del alba del dia.—Le aseguro á V., Mr. Prior que hallo mucho embeleso en la compañía de V.; y si es verdad que la confianza puede aliviar algo los pesares, creo que durante mi estancia aquí lo deberé á V. solo. — Con las personas que andan á nuestro lado, no puedo envanecerme de esa preferencia; pero si ella depende algo de la conformidad de nuestras ideas, y no únicamente de la comparacion que V. hace de mí con los otros, la miraré como el mas precioso don que el cielo puede dispensarme.»

Quedó pasmada Malvina de lo que estaba oyendo ; el modesto aspecto de Mr. Prior no se hermanaba con el concepto que él parecia formar de su superioridad; y mientras que Malvina trataba, antes de responder, de discernir la causa de semejante contraste , su fisonomía habló por ella : y habiendo adivinado Mr. Prior lo que la ocupaba , se aceleró á responder á su pensamiento, diciendo: «Se asombra V., véolo, del concepto que parezco formar de mí mismo , y está tentada de acusarme de vanidad ; pero reconocerá V. antes de poco su error , y esperimentará que no pudiendo entender á V. el espíritu solo , su alma no debe descubrirse sino en donde halle V. una.»

Malvina , pasmada mas y mas de un discurso que parecia acusar de insensibilidad á mistriss Birton , sobretodo de parte de un sugeto que debia mirarla como á su bienhechora , no sabia que pronosticar ya del genio de Mr. Prior , y es-

taba dispuesta á no estimarle mas, cuando leyendo él todavía en sus ojos los diversos impulsos que la agitaban, le dijo con viveza: «En nombre del cielo, Señora, suspenda V. su opinion, y no abuse del singular predominio que V. ha tomado sobre mí para juzgarme con rigor: ignoro como sucede que un secreto, que las reiteradas preguntas de mis amigos mas íntimos no han sido capaces de arrancarme, se me suelta en presencia de V. sin ninguna solicitud suya; pero esta falta, si lo es, no es mia, sino que es la de la confianza que V. me infunde. Solo á V. pertenece el hacerme culpable de indiscrecion; pero crea V. que ningun otro en la tierra me reconvendrá de semejante culpa; porque el que no ha podido ser arrastrado sino por V., no peligra serlo dos veces.

—Por mala que sea la disculpa de V., caballero, respondió Malvina, soy quizás la sola que no tengo derecho para

mirarla como tal ; y este afecto de confianza , aunque adelantado, é indiscreto tal vez , no deja valor para censurarle á la que es objeto suyo ; pero si no le hago cargos á V. , ¿no le hace su conciencia ninguno? Acusa V. de no tener alma á la generosa mistriss Birton , á la bienhechora de cuantos la circundan ? No está animada del noble amor del bien la que ha despreciado las vanas diversiones mundanas para venir á derramar su opulencia en los infelices moradores de estos paises silvestres? y si mi confianza no corresponde á sus caricias , crea V. que lo atribuyo mucho mas á la distancia que hay entre nosotras (distancia toda en beneficio suyo), que á la causa á que V. parece achacarlo.—Amable muger, repuso Mr. Prior , con los ojos arrasados de lágrimas , me hubiera equivocado mucho á no pensar V. por ese estilo ; así como seria sumo mi error si mistriss Birton no viera en la espresion del dolor de V.

mas que el único deseo de cautivarse los ánimos ; porque seria preciso entonces dudar de aquella grande máxima , que cada uno juzga con arreglo á su propio corazon. — Basta, respondió Malvina levantándose ; ignoro cual puede ser el motivo de la injusta pasion de V. ; pero me discurriria participar de ella si le diera por mas tiempo oidos. Deme V. licencia solamente para decirle que cuando veo el bien que mistriss Birton derrama al rededor de sí , y sobre aquel mismo que la acusa , seria menester que me viera singularmente obcecada para echarle á ella la culpa. — No soy ingrato, Señora , replicó gravemente Mr. Prior, y ni aun severo ; cuando V. haya observado mejor , me repondré quizás en su ánimo , y le pesará algo á V. el amargo cargo que me ha hecho en este dia. »

Salióse al decir estas palabras , y Malvina se quedó sobrecogida. Por mas patentes que fueran las sinrazones de

Mr. Prior , le parecia que su pena las lavaba todas ; por otro lado , era cosa nueva para ella el haber afligido á alguno ; y este peso cargaba tanto sobre su corazon , que trató en el curso de la noche , por medio de algunas palabras llenas de amenidad , de hacer olvidar á Mr. Prior lo que ella le habia dicho de áspero por la mañana ; pero apenas le respondió él , pareció caviloso , con el ánimo preocupado , y se recogió temprano en su cuarto.

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

CAPITULO VI.

LOS ESTABLECIMIENTOS.

Al siguiente dia Malvina, acompañada de su prima y de Mr. Prior, fué á visitar la enfermería; y llevó allá á su niña Fanny á fin de dar temprana entrada en su alma á las dulces emociones de la piedad. Estuvo harto contenta del órden y aseo que reinaban en los diferentes establecimientos que recorrió; pero reparó con sorpresa que la persona de mistriss Birton, muy lejos de esparcir el júbilo, infundia temor; la saludaban con respeto, en vez de bendecirla con gratitud; y el semblante de los desdichados que la rodeaban espresaba mucho mas

el aspecto temeroso de alguno que aguarda una merced , que el conmovido rostro del que ya la ha recibido.

Es verdad que mistriss Birton por su parte parecia indiferentemente en medio de los enfermos: si hacia varias preguntas á algunos , era mas bien para traerles á la memoria lo que ella era, que por inclinacion á ellos: á menudo no aguardaba la respuesta, ó la escuchaba con trazas de distraida ; ninguno se atrevia á quejarse , ni á referir penas en que ella parecia tan poco dispuesta á tomar parte. De este modo dió en breve vuelta á la sala , y se disponia á salir , cuando volviéndose para hablar á su prima , la vió parada cerca de la cama de una cuitada, que trataba de hacerse comprender por medio de sus ademanes. Malvina no hablaba el dialecto escocés de las montañas ; pero su rostro tenia algo de tan benévolo , su acento era tan dulce , y su mirada tan caritativa , que cualquiera se

sentia animado al lado suyo, y veia sin trabajo lo que ella queria decir, porque la lengua del corazon no necesita de voces para comprenderse, hallándose escrita en los ojos. Mistriss Birton retrocedió vivamente; y viendo que Malvina daba algunas piezas de dinero á la pobre muger, y que esta le daba gracias, menos todavía por sus dones que por la piadosa dulzura que los acompañaba, esclamó mal humorada: «Prima, cuantos infelices recibo aquí están completamente asistidos, y no necesitan de estrañas limosnas; fuera de que si se da á uno de ellos, reclaman todos su porcion, á no ser que se sepa hacer una ilustrada eleccion; en lo cual halla dificultad el que se mete á hacerla al acaso. — No hubiera creido yo, Señora, replicó Malvina, que hubiera sido preciso reflexionar para una accion tan sencilla; esta cuitada me ha parecido mas doliente que los demas, ella ha procurado esplicarme su pena, y

yo templarla ; si otros son tan desdichados como ella , es fácil aliviarlos á la misma costa. — Pero ¿sabe V. , prima, repuso mistriss Birton con alguna altivez, que hasta ahora cuantos forasteros he conducido aquí no se han creido con la facultad de seguir su inclinacion , ni de derogar las reglas que tengo establecidas , sin empezar obteniendo mi consentimiento? — En cuanto á mí , Señora, confieso que creia corresponder á las miras de V. , y no necesitar de su licencia para hacer algun bien.»

Durante este diálogo , habiendo comprendido la cuitada muger que mistriss Birton reñia á su prima por haber dado dinero , quiso volver lo que habia recibido ; pero Malvina esclamó vivamente: «No , no lo volveré á tomar , y espero que no se me habrá vedado , por la primera vez de mi vida , socorrer á una desdichada en un asilo consagrado á la beneficencia.» Conoció mistriss Birton la

fuerza de esta reconvencion, y sin responder á su prima, sacó su bolsillo, y dió á la cuitada muger el doble de lo que ella habia recibido de Malvina; pero tanto la dádiva de la vanidad como la de la virtud tuvieron su valor cada una; y la pobre muger hubiera dado de muy buena gana cuanto ella tenia de mistriss Birton por una simple señal de compasion de Malvina.

Durante lo restante de la visita, se sintió Malvina asaltada de aquella sujecion que ella habia creido reparar en el semblante de todos; y al entrar en la escuela, dejó á mistriss Birton conversar con el maestro, y pasó al jardin, en donde vió á muchas niñas sentadas en rueda. La mayor, de pie en medio de sus compañeras, les cantaba una tonada. Se acercó Malvina á aquel corrillo de niñas, y les hizo seña para que continuaran. Si su llegada las habia intimidado, su semblante las aquietó luego, y aun la

cantorcilla se aventuró hasta tomarle la mano y hacerla sentar. Malvina se avino á ello ; y poniendo sobre sus rodillas á la niña, le preguntó como era que hablaba ella tan bien el inglés , mientras que sus compañeras ni siquiera le entendian. «Me le enseña mi padrino , Señora , cuando está aquí ; y ademas , cuando se va, paga al maestro para que me le hagan hablar á veces. — ¿ Y quien es su padrino de V. niña ? — Es sir Edmundo Seymour , Señora ; él me ha dado mi saya guapa dominguera ; y no viene aquí nunca sin traerme algo. — Pero si él no da mas que á V. , las compañeras deben estar envidiosas. — Ah ! no , Señora , porque no olvida á ninguna. Vea V. esta pañoleta de Peggy, ese guardapies de Mol, y aquellas tijeras de Suky ; él lo ha comprado todo esto para ellas. — Debe V. querer mucho á su padrino, supuesto que es tan bueno. — Ah ! sí , Señora , le quiero , y no estoy contenta mas que cuando le veo;

me pone tambien en sus rodillas como V., todos son felices cuando está él aquí. Tiene razon, añadió Mr. Prior, que estaba en pie detrás de Malvina: sir Edmundo tiene grandes vicios, pero es realmente benéfico; y sin los dones que él derrama aquí, carecerian de todo estos pobres establecimientos.

«Estoy aguardando á V. una hora hace, esclamó mistriss Birton al incorporarse con su prima; y se escaparon á su vista todas las muchachas como una bandada de pájaros; solo la niña que Malvina tenia junto á sí se quedó en su sitio, como si aquel refugio la hubiera tranquilizado contra el miedo que la dueña del palacio infundia. Sorprendida esta de su confianza, se acercó, y tirándola de golpe del brazo, le dijo que la esperaba el maestro. La niña se levantó tristemente, y asiendo de la mano de Malvina, que ella besó de muy buena gana, fué á unirse con sus compañeras. Fanny, que le habia co-

gido afecto, corrió tras ella para impedirla que se fuera, y la niña vacilaba para volver, cuando no pudiendo mistriss Birton superar la impaciencia que la consumia, dijo á Malvina: «Llame V., prima á miss Sheridan, se lo suplico; y sí V. quiere creerme, no le dé mas el ejemplo de apartar á las niñas de sus obligaciones.»

Cuando se trataba del interés ageno, Malvina sabia reprimir la injusticia por medio de arranques prontos, y graciosos á menudo; pero cuando no se trataba mas que de sí misma, la estremada bondad de su corazon le vedaba á su espíritu toda respuesta de esta especie: por lo mismo se ciñó á decir á mistriss Birton: «No tema V., prima, que dé yo semejante ejemplo á Fanny; pienso, por el contrario, que mezclándome con ella en las inocentes recreaciones de estas niñas, podré enseñarle algun dia á animarlas con su ejemplo, y á dejar el juego por el estudio.»

Salieron de la escuela para ir á la herrería, y mistriss Birton no dejó de hallar allí todavía ocasion de censurar á Malvina. Examinaba la última con atencion cada cosa, y por el conducto de Mr. Prior hacia varias preguntas con empeño á cada obrero. Su estremada hermosura y su noble presencia comunicaban un embeleso mas á la persuasiva bondad de sus preguntas. Preguntaba el nombre de cada uno, informábase del número de sus hijos, y de sus medios de existencia. En medio de aquel hornillo ardiente, de aquellos desdichados cubiertos de andrajos, quemados y ennegrecidos por el fuego, parecia ella un ángel descendido del cielo; á lo menos ellos parecian creerlo así. La cercaban todos, hechizados y sorprendidos de que Malvina se dignara entrar en semejantes menudencias: porque por ser un montaraz no es uno menos sensible al gusto de ser tenido por algo; y Malvina, al comuni-

carse con ellos, y mostrar visos de creerse de su especie, los elevaba en concepto suyo, y hacia mas por su felicidad que todo el oro de mistriss Birton. De este modo, decia Mr. Prior para consigo, derrama el amor propio sus riquezas, pero únicamente la virtud sabe darlas, de este modo el amor propio no hace bien sino con ayuda de la fortuna, y la virtud halla todos los recursos en sí misma; no alivia el uno mas que con dádivas, la otra alivia mas con su piedad; por lo mismo, mientras que los beneficios del primero forman de la gratitud el mas pesado de todos los yugos, los de la segunda forman el mas dulce de todos los vínculos.

Al reflexionar así Mr. Prior, miraba á Malvina con una respetuosa conmocion; y mientras que ella estaba vuelta, apretó él su vestido contra sus labios mojándole de lágrimas. Nada se le oculta á la inquieta envidia; y mistriss Birton

que sufria mucho tiempo hacia con el efecto que Malvina producia en todos los corazones, aunque distante de ella en aquel momento, echó de ver sin embargo la accion de Mr. Prior; y este último lance se la hizo odiosa. «Vaya, vaya, bella prima, le dijo con ironía, ya es hora de retirarnos; los momentos de estos obreros están contados, es bastante hacerles perder algunos; con divertirse en platicar sobre sus tareas los obligamos á suspenderlas, y las ociosas é inútiles preguntas sobre su vida no se la hacen ganar.» Con ello se salió sin esperar respuesta ninguna. La siguió Malvina; pero como su prima marchaba con mucha priesa, tardó bastante tiempo en alcanzarla. Durante este intervalo, se le acercó Mr. Prior, y le dijo en voz baja: «¿Me hallará madama de Sorcy siempre tan culpable, y no empieza á sospechar que yo podria haber juzgado bien?» Malvina le miró en silencio; Mr. Prior no pregun-

tó mas , y supo respetar la indulgencia que dudaba todavía , y la delicadeza que hubiera temido acusar.

Durante la comida mistriss Birton no cesó de decir sarcasmos contra los que se cubren con la capa del dolor para cautivarse los ánimos , y que por medio de una intempestiva bondad logran atraerse la admiracion. Malvina estaba muy distante de merecer semejante tacha para pensar en hacer ninguna aplicacion; pero Mr. Prior que conoció el tiro que querian dirigirle , no pudo menos de responder con viveza : «Hay dolores tan verdaderos , Señora , y una bondad tan persuasiva , que ninguno puede engañarse en ello ; y si V. examina con atencion á las gentes , verá que estos impulsos tan naturales al corazon humano no se suponen nunca falsos sino por los que son capaces de fingirlos.» Mistriss Birton quedó confundida con esta respuesta , era la primera vez que le hacia Mr. Prior una

semejante; no puede pintarse el efecto que hizo en ella; la continuacion, desenvolviendo su genio, podrá hacerle concebir. Sorprendida Malvina del dicho de Mr. Prior, y no comprendiendo su oculto motivo respondió con un acento de suma seriedad: «Me parece, Mr. Prior, que nunca hubo momento menos propio para sentar esa opinion, y aun cuando la hubiesen confirmado mil ejemplos, uno solo deberia destruirla.» Al acabar estas palabras, miró á su prima, para designar de quien hablaba ella, y con una espresion de afecto que parecia querer reparar la injusticia de Mr. Prior. Este, aunque contristado con el concepto que de él formaba Malvina, no la quiso sino mas por ello; pero mistriss Birton conoció que le era mas imposible todavía perdonar la respuesta de Malvina que la de Mr. Prior; la una la habia ofendido, es verdad, pero la otra la humillaba. Al decirle Mr. Prior una verdad dura

habia llenado su alma de deseos de venganza ; al abrazar Malvina su partido la precisaba á correrse de ello. Cuando la bondad no mueve , irrita ; el odio se aumenta con el bien que quieren hacerle ; y entre todos los tormentos del amor propio , el peor , y el que no perdona nunca , es el verse precisado al reconocimiento por la persona que le sujeta á la interior confesion de su inferioridad.

Siguióse un largo silencio á la respuesta de Malvina ; con prolongarse se hizo embarazoso , y parecia que todos temian romperle. Miss Melmor habia comprendido poco lo que se habia dicho , y hacia poco caso de ello ; y su madre hacia en balde por adivinar en los ojos de mistriss Birton lo que era preciso hacer para templarla. Aunque estaba muy segura de que ella no era el objeto de su descontento , se hallaba intimidada sin embargo , y temia elevando la voz de hacer que se dirigiese contra ella... En aquel instante

nó la campana de entrada; mistriss Birton aplicó inquieta el oido, y se oyó luego en el patio un ruido de caballos y coches. Sin duda es sir Edmundo Seymour, esclamó miss Melmor avergonzándose, y levantándose para ir á la ventana. Y aun cuando eso fuera, Kitty, le dijo mistriss Birton con severidad, ¿es decente que vuele V. así á recibirle? Quédate en tu puesto, hija, añadió mistriss Melmor, como hechizada de haber hallado una frase que le acomodara á mistriss Birton. Entró un criado anunciando que sir Edmundo acababa de llegar. Estando casi acabada la comida, se levantó Malvina, y pidió licencia para retirarse; lo que le fué acordado por su prima con mas benigno semblante que la conversacion anterior hubiera debido hacerlo presumir.

CAPITULO VII.

UNA ESPLICACION.

Hacia la tarde, se disponia Malvina á bajar, cuando entró en su cuarto mistriss Birton. «Bella prima, le dijo con bastante afecto, la diligencia de que usó V. para dejarnos cuando llegó Edmundo me prueba bastante la repugnancia que el mundo le infunde á V. No crea V. que yo se lo afeo; al reves, semejante repugnancia me parece tan natural en la situacion de V., que me prestaré á cuanto pueda satisfacerla; por consiguiente, tiene V. libertad para quedarse en su cuarto todo el tiempo que pase aquí Edmundo; y tengo ya dada órden de que le

traigan á V. las comidas. Se lo agradezco infinito á V., Señora, repuso Malvina algo sorprendida; pero gusto mas de reunirme con V., que de dar tantas molestias en su palacio de V. — No, no, bella prima, replicó mistriss Birton; sabe V. que es cosa muy conforme con mi genio el atemperarme á todos los gustos de mis amigos, y mas quiero privarme de la satisfaccion de la compañía de V. durante el poco tiempo que esté aquí Edmundo, que violentar la libertad de V. Así he aquí un negocio concluido... Afuera ceremonias, añadió interrumpiendo á Malvina; estoy muy segura de que le acomoda esto á V., y ninguna cosa imaginable seria capaz de impedir á mistriss Birton el sacrificarse por sus amigos. » Y al hablar de este modo, se escapó sin agnardar la respuesta de Malvina. Halló la última algo de singular en el porte de su prima; pero como en el fondo la acomodaba su propuesta, accedió sin trabajo

á ella, y sin profundizar la causa. En su consecuencia, se repuso para no salir de su retiro; y dividiendo todo su tiempo entre su niña y el estudio, halló cerca de la una con que llenar su corazon; en el otro un alimento para su mente; y en su soledad, los momentos mas deliciosos que ella habia conocido desde que estaba en casa de su prima.

Se pasaron así dos dias con rapidez; en el tercero, hácia el anochecer, oyó llamar en su puerta. Fué á abrir miss Tomkins, y se presentó Mr. Prior. Se acercó este á Malvina con algun empacho, y le dijo: «¿Me perdonará madama de Sorcy el venir á turbar su soledad? pero no habiendo olvidado el deseo que ella ha manifestado de tomar algunas lecciones de lengua ersa, he discurrido que se alegraria quizás de aprovecharse de la soledad para ocuparse en ello. Aquí está un compendio claro y cómodo de diferentes gramáticas, que he compuesto

para evitarle el fastidio de las primeras dificultades; si me fuera lícito venir aquí todos los dias para ayudarla en esta tarea!.. »

Al acabar estas palabras, titubeaba, como si hubiera querido espresar un deseo que podia acarrear una repulsa. Malvina, reconocida á la molestia que él se habia tomado, trató de confortarle. «Con sumo gusto, Mr. Prior, me ocuparia yo inmediatamente en el consabido estudio, si no debiera enfadarse mi prima de que no la hubiésemos aguardado. — Su prima de V., Señora, ha podido en un momento de antojo persuadirse de que estaba deseosa de aprender; pero yo que la conozco bien, le aseguro á V. que si no quiere V. caminar mas que con ella, no irá V. nunca mas allá de la primera leccion. — Espero, tocante á mi prima, que la seguridad en que V. está de conocerla bien es algo aventurada; pero por lo demas, no toquemos esta materia,

pues he tenido muchas ocasiones de ver que no nos entendemos sobre ella.

—Disimúleme V., señora, respondió Mr. Prior sentándose cerca de ella; pero me es tan preciosa la estima de V., que no hallo arbitrio ninguno para dejar de responder á la acusacion que ha hecho V, en su corazon contra mí; y mistriss Birton le es á V. muy desconocida para que pueda yo temer ofender á V, pintándola tal cual ella es... — Párese V., Mr. Prior, esclamó Malvina. Aun cuando no fuera un abuso de confianza el descubrir las faltas de aquellos con quienes vivimos todos los dias, ¿no es una falta de miramiento cuando son relativas á aquellos en cuya casa consentimos vivir? — Consiento en ello yo? esclamó él. Ah! si no me hubieran retenido y sujetado aquí, ¿cree V. que, desde el momento en que conocí á mistriss Birton, me hubiera quedado un dia mas? — Y bien, ¿quien puede retener ni sujetar á V. aquí? le

preguntó con ahinco Malvina. — Voy á decírselo á V., señora: mi corazon está impaciente de desahogarse en presencia de V.; su acento y fisonomía infunden confianza; y la necesidad que V. engendra en mí de darle la mia es tan viva y dominante, que en adelante no le es ya lícito desecharla. »

Profirió con tan ardiente conmocion estas palabras, que despertó una tierna memoria en el ánimo de Malvina; reconoció, ó creyó á lo menos reconocer, el tono de la amistad, y corrieron con abundancia sus lágrimas. «Mr. Prior, le dijo ella, así se espresaba milady Sheridan. — Qué es lo que me dice? esclamó él; qué! he podido recordársela á V.! Ah! si me fuera posible aspirar á la menor porcion de lo que ella le infundia á V.; si fuera dable que la mano de un amigo hiciera menos agudos los dolores de V., y que los ojos de V., de continuo elevados hácia el cielo, se bajasen á ve-

ces hácia la tierra para llorar conmigo á la compañera de su juventud, de cuantos gozos inesperados colmaria V. mi existencia, y hallaria V. misma quizás en ello algunas delicias; porque el íntimo amigo quiere en todo tiempo, dice el sabio, y hace las veces de hermano en la angustia. —El lugar que ocupó Clara en mi corazon permanecerá desocupado siempre, respondió Malvina; pero sepa V. á lo menos que hasta ahora es V. el único con quien haya gustado yo de llorar; ignoro en que se funda esta preferencia; porque le conozco á V. tan poco...—¡Y ese poco le parece á V. merecer tan poca estima! interrumpió el sonriéndose; pero quizás me juzgará V. de otro modo cuando yo haya continuado el discurso que el enternecimiento de mi corazon me ha precisado á suspender. Tres años hace, Señora, que vine aquí: habia bastado una sola palabra de mistriss Birton para persuadirme que ella

era cuanto queria parecer; es decir, buena, generosa, superior é su sexo por sus virtudes y luces; y me formaba yo una deliciosa imágen de vivir al lado suyo; el suntuoso primor de esta mansion le hizo perjuicio en mi concepto, pero no destruyó enteramente el entusiasmo que ella me habia infundido. Por entonces, habiéndole salido mal sus negocios á un hermano mio, fué preso por deudas. Quisieron mis padres vender su corto ajuar para ponerle en soltura; pero siendo insuficiente este arbitrio, me dirigí á mistriss Birton, que consintió en adelantarme tres años de mi situado. Hechizado yo de su generosidad, firmé con júbilo la obligacion de permanecer á su lado tres años, y no creí tener motivo jamás para arrepentirme de ello: muy en breve me llegó el desengaño. Apenas me hubo visto ella sujeto, cuando se cambiaron sus modales; no era ya aquella benigna afabilidad que me avasallaba,

sino una especie de caprichosa tiranía á la que era preciso esclavizarme. No sé rendir la cerviz á yugo ninguno; por lo mismo, apenas hube sentido el suyo, cuando quise marcharme, mediante una promesa de pagarle sus anticipaciones con el fruto de mis ahorros y vigilias; pero á ello se opuso imperiosamente su prima de V.; y mostrando el escrito que ella habia dictado, y que en el calor de mi reconocimiento habia firmado yo á ciegas, ví que ella tenia derecho para retenerme, y que á menos de quebrantar mi palabra, no me era posible salir de su casa sin su consentimiento. Me resigné con mi suerte; pero abrí los ojos desde aquel instante, y ví lo que era mistriss Birton. Sin embargo, como le era yo deudor de la libertad de mi hermano, le juro á V. en nombre de aquella amistad que la unia con lady Sheridan que ninguno fuera de V. ni siquiera ha sospechado el juicio que yo habia formado

de ella; y el cielo sin duda, en favor de mi discrecion y dilatados pesares que tengo padecidos, me ha permitido finalmente hallar un corazon en el que pueda desahogar el mio.

—Me conmueve, caballero, la suerte de V., le dijo Malvina; y confieso que mi prima le ha dado á V. motivo para estar quejoso de ella; pero ¿como esplicar su poca generosidad tocante á V. con esa benéfica munificencia en que es profusa al rededor de sí?—No se engañe V. en ello, Señora, el bien que ella hace es infinitamente menor de lo que parece. Los establecimientos que fué V. á ver, carecen de todo; ella lo sabe, y no lo remedia; con tal que se diga que alivia á los infelices, se le da poco de que lo sean en realidad. —Pero si la caridad, interrumpió Malvina, no es el norte suyo, ¿qué le ha movido á fijar su retiro en estas silvestres montañas?—El amor propio fué, lo temo mucho, el solo y

sino una especie de caprichosa tiranía á la que era preciso esclavizarme. No sé rendir la cerviz á yugo ninguno; por lo mismo, apenas hube sentido el suyo, cuando quise marcharme, mediante una promesa de pagarle sus anticipaciones con el fruto de mis ahorros y vigilias; pero á ello se opuso imperiosamente su prima de V.; y mostrando el escrito que ella habia dictado, y que en el calor de mi reconocimiento habia firmado yo á ciegas, ví que ella tenia derecho para retenerme, y que á menos de quebrantar mi palabra, no me era posible salir de su casa sin su consentimiento. Me resigné con mi suerte; pero abrí los ojos desde aquel instante, y ví lo que era mistriss Birton. Sin embargo, como le era yo deudor de la libertad de mi hermano, le juro á V. en nombre de aquella amistad que la unia con lady Sheridan que ninguno fuera de V. ni siquiera ha sospechado el juicio que yo habia formado

de ella; y el cielo sin duda, en favor de mi discrecion y dilatados pesares que tengo padecidos, me ha permitido finalmente hallar un corazon en el que pueda desahogar el mio.

—Me conmueve, caballero, la suerte de V., le dijo Malvina; y confieso que mi prima le ha dado á V. motivo para estar quejoso de ella; pero ¿como esplicar su poca generosidad tocante á V. con esa benéfica munificencia en que es profusa al rededor de sí?—No se engañe V. en ello, Señora, el bien que ella hace es infinitamente menor de lo que parece. Los establecimientos que fué V. á ver, carecen de todo; ella lo sabe, y no lo remedia; con tal que se diga que alivia á los infelices, se le da poco de que lo sean en realidad. —Pero si la caridad, interrumpió Malvina, no es el norte suyo, ¿qué le ha movido á fijar su retiro en estas silvestres montañas?—El amor propio fué, lo temo mucho, el solo y

único móvil de esa accion; esperó que creando asilos de beneficencia junto á un palacio de hadas en las infecundas montañas de Bread-Alben, se haria afamado su nombre: los cómputos de un amor propio ilustrado levantaron hospicios, y de todo se carece sin embargo en ellos; la inclinacion adornó los aposentos, y todo fué profusion en ellos; por esto las obras del amor propio guardan siempre su sello impreso, y cuanto mas se esfuerzan para asemejarse á la virtud, tanto mas nos enseñan que la última es inimitable. — Dios mio, caballero, cuan severas son las reflexiones de V. ! — Añada V. que son justas, confiese que, sin saberlo, es quizás este el motivo de la poca inclinacion que su prima le infunde á V. — No niego que mi aficion á ella haya sido menor que la estimacion de que la consideraba digna; pero confiese V. á lo menos, que, á pesar de la vanidad de que V. la tacha, es imposible tener me-

nos presuncion en su esterior; ¿no la tendria cualquiera al oirla por menos jóven y hermosa que lo es en realidad? —La que ya no puede esperar elogios sobre una hermosura y juventud que van acabándose, Señora, tira á lograrlos con aparentar hacerse inferior á lo que ella vale todavía; esté V. bien segura de que no se ostenta esa grande humildad mas que para ser contradicha; no es uno la burla de la que se desprecia mucho; su franqueza es la última cosa á que hemos de dar crédito; y por lo que hace á mí, no me queda duda de que cuando el hábito y lisonja han hecho contraer la necesidad de ocuparse en sí, gusta una mas de hablar mal de sí propia que de ser olvidada. Vea V. como ella ha trasladado todos los vicios de la sociedad á su retiro, y como puede decirse que aun cuando se halla sola, vive en medio del mundo; ¿no viene la ambicion á devorarla hasta aquí? no la traen agitada el temor de

que no se realice la union de sir Edmundo con lady Sumerhill, y el odio contra miss Melmor á causa de la inclinacion que ella ha infundido á este mancebo? ¿Ultimamente, no podemos aplicarle aquel pasaje de la Escritura (1): *Las riquezas han sido su herencia, pero ella ha olvidado la mano de quien las tenia, y no ha sacrificado sino al mundo; por ello, aun riendo, su corazon está triste, y su alegria acaba con el tedio?* — Mr. Prior, replicó Malvina sonriéndose, ¿no ha dicho tambien en alguna parte esa Escritura de que V. habla: *Trata de adquirir aquella piedad que no piensa lo malo, que dispone á la indulgencia sin degenerar en credulidad, y puede ver un error sin mudarle en delito?*» Se corrió Mr. Prior, y le hizo confesar Malvina fácilmente que siendo uno de los primeros preceptos de su estado el usar de miramiento con el próji-

(1) Proverbios, 14.

mo, era él mas culpable que cualquier otro en juzgarle sin misericordia: pero estaba tomado ya el hábito, y las injusticias de que él habia sido víctima habian exasperado su genio y comunicado á su humor una severidad rígida de que no le era ya posible corregirse. Mientras que disputaban todavía, sonó la campana de la cena, y repararon con sorpresa en el tiempo que habia corrido desde que se hallaban juntos. Mr. Prior, que no habia conocido tan dulces momentos jamás, pidió licencia para volver al siguiente dia, sino para continuar su conversacion, á lo menos para empezar las primeras lecciones; y Malvina, que á su lado habia esperimentado un leve impulso de la confianza que lady Sheridan le habia infundido, se avino á ello. En los siguientes dias, tuvo pues Mr. Prior entrada en su cuarto; en el que pasaba muchas horas seguidas, las cuales huian para él con la velocidad del rayo; por-

que el contemplar á Malvina, esperar su amistad, hablar de la suya incesantemente, le parecian cosas superiores á todos los goces celestiales de que hablaba él á los fieles en las solemnidades.

En cuanto á Malvina, no conviene estrañar que ella ignorara las consecuencias de semejante intimidad: el genio mas que la edad nos hace esperimentados: y una llega á los veinte y cuatro años, que sabe menos que otra á los diez y ocho. Una muger dotada de tierno corazon y vivísima imaginativa verá por mucho tiempo el mundo antes de aprender á conocerle; porque media tanta distancia entre el último y ella, que siguiendo el instinto que inclina á cada uno á mirarse á sí propio para hacer juicio de los demas, debe caminar ella de error en error, de caida en caida, y vivir la media vida suya con sus quimeras antes de reputarlas por tales. Hay tanta dificultad en ser desengañada! es tan

trabajoso el serlo! Pero ¿qué será pues si esta muger, igualmente que Malvina, ha pasado su juventud, dada á un afecto de que participaba una criatura formada como ella; si esta union de sus corazones ha confirmado el juicio de su entendimiento, y si embebidas con su afecto han ido caminando en el mundo sin mirar al rededor de sí, ni advertir lo que allí se hace? quien podrá estrañar su inesperiencia, y no tenerlas compasion, al verlas burladas de su propio corazon? Malvina, en la inocencia de sus pensamientos, estaba muy distante de suponer que se pudiera hallar que reparar en las visitas de Mr. Prior. Estaba muy agena de las ideas de amor, para que ella pudiera temer infundírsele; por otra parte, era eclesiástico, católico romano (1) como ella, lo cual solo hubiera

(1) Casi todo el norte de la Escocia ha conservado esta creencia, solo en la parte meridio-

bastado para hacer desvanecer sus dudas, si el concebirlas se huqiera conformado con su genio.

---

nal hácia la Inglaterra es dominante la religion presbiteriana; de modo que los mas de los vasallos de mistriss Birton estaban apegados al culto católico, que ella misma profesaba, siendo de orígen francés.

CAPITULO VIII.

UNA CONFERENCIA.

Entre tanto se habian pasado mas de ocho dias desde que Malvina, encerrada en su cuarto, no habia visto á su prima. Temerosa de enfadarla alargando por mas tiempo su retiro, se determinó á bajar una mañana para hacerle una visita antes del desayuno. Se presentó á la puerta de su vivienda; pero las doncellas le dijeron que se vestia su ama, y no podria recibirla mas que dentro de media hora. Se retiró Malvina suplicándoles que la avisaran en estando dispuesta mistriss Birton. Atravesó al volverse el salon de música, y viendo al lado de una arpa un cua-

derno de romances franceses, se paró á fin de mirarlos. Esta lengua nativa, esta lengua querida que habia espresado sus primeros afectos, tenia tan eficaz atractivo para ella, que no le fué posible abstenerse de leer todos aquellos romances; y con la mira de entenderlos mejor, se sentó junto al arpa, y los cantó acompañándose. De repente vinieron los dulces sonidos de una flauta á mezclarse con su voz: atónita, hace una pausa, vuélvese, y descubre detrás de su silla á un mancebo que le era desconocido. Se sonroseó Malvina, y quiso retirarse; pero le rogó él con encarecimiento que no le privara tan presto del gusto que tenia en oirla. Levantó ella la vista hácia el que le hacia esta súplica, y la bajó al punto corriéndose mas todavía. Era una de aquellas fisonomías en que todo el fuego del espíritu se une con el embeleso de la ternura, y que no conviene mirar dos veces cuando una

quiere conservar su sosiego. La inocente Malvina ingoraba este peligro; y lo que hubiera debido moverla á huir, fué cabalmente lo que la hizo detenerse. Pero si el aspecto de sir Edmundo la habia sorprendido gratamente, ¿como pintar lo que esperimentó el último al verla? Oye de lejos á Malvina, se acerca, escucha, aquella voz resuena hasta su corazon, y le enseña que él tiene uno. Entra, se vuelve ella, y se consuma el encanto. Su hermoso cabello rubio, cuyos undosos rizos caen sin arte sobre sus espaldas: aquella tez parecida á aquellas rosas blancas que, amagadas de un leve encarnado, dejan inciertos los ojos sobre su color real; aquel cuello de alabastro, á que da nuevo realce el trage lúgubre con que está vestida; aquellos ojos negros guarnecidos de largos párpados de seda, y cuya mirada tierna y prolongada va á herir siempre en el corazon; aquella planta modesta y tímida; todo ello le pas-

ma y encanta; el mundo que él ha conocido se desaparece; viene á descubrirse otro nuevo para él, en el cual se precipita sin exámen, y será morador suyo con delicia si Malvina quiere habitar con él.

Estos impulsos, aunque vivos y rápidos, eran muy confusos para que el mancebo se hiciera cargo de ellos: por otra parte, una impresion de esta clase tiene algo de tan escesivamente dulce, que por un instinto oculto cuida uno de apartar de ella cuanto pudiera destruirla ó alterarla; se quiere ignorar que ella existe, á fin de dejarla existir; y desde su nacimiento se retiran atrás las demas potencias del alma, como por respeto, y para no turbar á la soberana que viene á reinar sobre ellas.

Malvina se habia arrimado otra vez á la silla, pero no parecia resuelta todavía á sentarse, cuando entró mistriss Birton. Hizo un movimiento de sorpresa al ver

á sir Edmundo, y dirigiéndose á Malvina con alguna ironía: «Acudia, bella prima, para evitarle á V. el fastidio de una muy larga espera; pero veo con gusto que ha hallado V. arbitrio para remediarlo.—Al salir de la habitacion de V., Señora, he hallado estos romances; han nacido en mi patria, he creido con cantarlos trasladarme á ella, y mientras que estaba ocupada en esto ha entrado ese caballero...—Ah! hay acasos muy felices, dijo ella.—Sí, los hay sin duda, esclamó sir Edmundo; y nunca me lo imaginé tanto como hoy.—Y no eres tú quizás el único, añadió mistriss Birton de mal humor.» Malvina coligió lo que ella queria decir, y ofendida de semejante sospecha, hizo una reverencia para marcharse. Su prima la dejaba ir, cuando atemorizado sir Edmundo de su intencion, se acercó á ella y le jo con viveza: «Qué! Señora, ¿vamos á perder á V.? no se habrá presentado V. por un instante mas

que para enseñarnos cuanto se sufre con su ausencia? Porqué ese cruel retiro? Porqué permanece V. invisible á todas las miradas? Teme V., dejándose ver, ser muy adorada?» Mistriss Birton se puso encarnada de despecho; lo mismo Malvina, pero no de despecho; un afecto dulce, pero desconocido, apartó por un instante las negras sombras en que estaba envuelta, y hubiera querido quizás rendirse á las instancias de sir Edmundo; pero cococió que no debia hacerlo, y que supuesto que callaba mistriss Birton era decirla bastante que no se hallaba deseosa de su presencia; por lo mismo perseveró en su intencion, y se salió del salon al punto.

Mr Prior subió temprano á su cuarto por la tarde. — ¿Sabe V., dijo sonriéndose á Malvina, que su encuentro de de esta mañana ha surtido un gran efecto, y que sir Ed undo no ha podido hablar de otra cosa durante la comída? —

Realmente? repuso ella sonroseándose.—Muy realmente, replicó él; pero por lo demas esto no puede pasmar sino á V., porque cualquiera que la ve un instante debe conocer que en donde V. se halla no es posible otra ocupacion ninguna.—Pero, Mr. Prior, interrumpió ella tímidamente, ¿qué han dicho pues de mí en la mesa, y con qué motivo he servido de materia de conversacion?—Me alegro de ver ese impulsillo de curiosidad á mi hechicera amiga, le dijo él; y concibo la esperanza de que ese mortal dolor que echaba un velo de desapego sobre todos los objetos, empieza á aclararse algo.» Estas palabras le sacaron los colores á Malvina. Si le hubieran preguntado la causa de ello, sin duda no hubiera sabido decirla, porque ignoraba que no le habia sugerido la curiosidad sola su pregunta; pero parece que algo en ella lo sabia, y este algo la hacia sonrosearse. «Sepa V. pues, prosiguió Mr. Prior, que ha hecho

sir Edmundo millares de preguntas sobre V.; ha querido saber qué motivo la habia conducido aquí á V., y porque encerrada en su cuarto parecia V. huir de todos. — Habiendo quebrantado dilatadas adversidades la salud de madama de Sorcy, y aumentado su natural timidez, ha respondido mistriss Birton, se siente fuera de su lugar en el mundo, por lo cual le teme, y huye de él. — Me pasmo, repuso sir Edmundo, de que una muger pueda temer lo que ella hermosea; no hay concurrencia ninguna á que no sirviera de ornamento madama de Sorcy; y por lo que á mí hace, desde que vivo no he visto cosa ninguna que pueda comparársele.» Malvina hizo un movimiento, y atribuyéndole Mr. Prior á la sorpresa, añadió: «Estraña V., véolo, la franqueza de sir Edmundo con una muger tan preciada de sí misma como mistriss Birton; pero debo confesarlo en beneficio suyo: en medio de la ligereza de sus inclinaciones, de

su aficion á los placeres, y de cuantas tachas pueden ponérsele, ha conservado este mancebo una rara sinceridad; y hasta al lado de mistriss Birton, cuyo genio le es conocido, y de la que en parte depende su suerte, no ha sabido nunca encubrir la verdad. Es un elogio para ambos; porque es quizás tan raro el saber oirla como el osar decirla. Pero como es el único hasta aquí que haya tenido este privilegio.... — Es quizás la falta de los otros, interrumpió de nuevo Malvina; el que cree no ser mas que verídico es injusto á menudo; y el que acusa sin razon no debe estrañar que le impugnen con desabrimiento. — No, replicó Mr. Prior, esté V. segura de que su prima no soportaria de ninguno lo que ella le tolera á sir Edmundo; pero le contempla, á causa de que el objeto de toda su ambicion depende de él. Sabe V. quizás que ella ha prometido asegurarle todos sus haberes, con la condicion de que se case con ladi

Sumerhill: y no discurra V. que sea con la mira de hacer su felicidad; no, no se ocupa ella en semejante miseria; sino que la familia de los Sumerhill es una de las mas antiguas de Escocia, y una de las que tienen mas favor en la corte de Londres; el lord Stafford, tio de la novia, ha prometido, en caso de efectuarse este enlace, hacer entrar á sir Edmundo en el parlamento, y agregar á este señorío un feudo que daria á mistriss Birton derecho para tomar el título de ladi: estos son los motivos que la determinan. Pero sir Edmundo se resiste; aunque solo tiene el goce de un tenue caudal, prefiere su independencia á las riquezas y dignidades. Sin desechar precisamente este enlace, le difiere de dia en dia; y el temor de que renuncie á él, y de perder con ello un título que forma mucho tiempo ha el objeto de todos sus deseos, pone á mistriss Birton suave y dócil con su sobrino. Esta circunstancia le da una especie de domi-

nacion sobre ella; y debo confesar que cuando se halla aquí no usa de ella sino para hacer bien, y que precisa á su tia á derramar sobre los necesitados de este distrito los dones en que ella querria ser profusa con él para aficionársele. — ¿Sabe V., Mr. Prior, que un genio que hace ese uso de su poder, debe ser noble y generoso; y que no puedo conciliar tan estimables prendas con los vicios que se le atribuyen? — Sir Edmundo, Señora, ha tenido la desgracia de ser dueño de sí muy temprano; y echado entre las gentes sin guia, por no haber sabido refrenar sus primeros impulsos se han convertido estos en una raiz de corrupcion. Su alma es, no cabe duda en ello, grande y bella; aun le he visto en varias ocasiones llegar en el entusiasmo de lo bueno hasta el delirio, su palabra es inviolable y sagrada, y ningun poder humano le haria quebrantarla. Animoso hasta la temeridad, la honra le es mas querida que la

vida; y su desinterés es tanto, qne la escasez de su caudal proviene del sacrificio que hizo del suyo á su hermana, á fin de vencer diversos obstáculos que se oponian á un casamiento que ella deseaba. —Y bien, Mr. Prior, (le dijo Malvina conmovida y ladeándose hácia él como para escuchar mas atentamente). —Y bien, Señora, del seno de tantas virtudes nace una pasion tan desordenada por las mugeres, unida á tan estragadas máximas, que, mientras que es honrado y sincero con todos los restantes, las seduce y engaña sin remordimiento ninguno á ellas. No solamente le arrastra una inclinacion irresistible, sino que le conduce un cómputo fundado; y como el deseo no nace en él mas que del atractivo del sexo femenino, y no de la eleccion del corazon, no ha conocido sino aquellos tratos que la ocasion empieza, que el gusto acaba, y que el fastidio destruye. El amor, el verdadero amor le fué y le será desconocido

siempre; y no encenderá jamás sus fuegos en un corazon profanado por la disolucion.

Durante el fin de este discurso, habia caido Malvina en una profunda cavilacion, y no parecia escuchar á Mr. Prior. Tenia este tambien visos de meditabundo, cuando abriendo de golpe mistriss Tomkins la puerta, preguntó si Fanny estaba allí. «La creí con V., le respondió Malvina con una viveza mezclada de inquietud. — No, Señora, no la he visto despues de la comida, y en balde la he buscado en la habitacion de mistriss Birton. — Ah, Dios mio!» esclamó Malvina; y arrojándose al punto fuera del cuarto, recorrió todo el palacio, pero sin fruto ninguno.

Mr. Prior, testigo de su desasosiego, salió á los patios en busca de la niña; y volviendo á subir Malvina con desórden, y llamando recio: *Fanny! Fanny!* oyó una voz que le correspondia. Creyó reco-

nocer la de su hija, marchó hácia aquella parte, abrió muchas puertas, y al entrar en una habitacion que le era desconocida, descubrió á sir Edmundo Seymour, solo con la niña Fanny sobre las rodillas. El gusto de volverla á hallar, la inquietud que habia tenido, y la sorpresa que esperimentó, le hicieron tanta impresion, que careció de fuerzas para ir adelante. Pálida y trémula, cayó en una silla cerca de la puerta, alargando los brazos á su niña. Fué luego Fanny á echarse en ellos; y apretándola Malvina en su pecho, la abrumó con las mas cordiales caricias. Sir Edmundo se arrimó muy conmovido á ella, y le dijo: «Cuan culpable soy! Veo, en la agitacion de V. los acerbos sobresaltos que le he causado; ¿me seria posible alcanzar el perdon de ello?—La he vuelto á hallar, respondió ella, mostrando á Fanny, la veo y tengo en mis brazos, y soy muy dichosa para pensar en quejarme de ninguno...»

Sir Edmundo la miró silencioso por mucho tiempo; se le arrasaron de lágrimas los ojos, y dijo despues: «¿Es posible que semejantes afectos no salgan del pecho de una madre? No, añadió con mas viveza no es esto la naturaleza, sino algo mejor que ella.—Lo tiene V. por posible? le preguntó con dulzura Malvina. Sí, sí desde hoy solamente, respondió él; era privativo de V. el darme á conocer que era posible sobrepujarla. — Desgraciado el que quisiera intentarlo, repuso ella: el bien no está sino en donde la verdad; el que quiere ir mas adelante se estravia. —Seguramente, replicó el mancebo, otros han dicho eso antes de V., pero ninguno como V.... Unicamente la sorpresa que V. engendra puede igualar al gusto que se tiene en verla; cuanto el mundo tiene de amable, no me habia dado la idea de lo que he hallado aquí, y... ¿La he enfadado á V., Señora, y me castiga de mi mucha sinceridad? aña-

dió vivamente, al ver que se levantaba Malvina para marcharse.» Muy poco habituada al trato de gentes para comprender su lenguaje, le dijo ella, no se responder á él, y le hubiera agradecido á V. una distincion que me lo hubiese ahorrado.» Y continuó marchándose. Siguiéndola sir Edmundo con trazas de agitado, esclamó: «¿Y cree V. que sea posible el hablarle con V. ? ¡Por mas habituado que uno esté á él, no debe perderle con la vista de V. !» Esta especie de confesion le recordó á Malvina lo que le habia dicho Mr. Prior, y se asomó una media sonrisa en sus labios. Sir Edmundo lo vió, y añadió. Respeto el silencio de V., y no me atrevo á preguntar á V. sobre su sonrisa; pero tengo motivos para temer que me hayan pintado á V. con odiosos colores. Aquiétese V., dijo ella chuleándose, si me han dicho algo malo, me han dicho mas bueno todavía.» Y así hablando, se acercaba á la puerta. Sir Edmundo la

seguia siempre, dispuesto á tomarle la mano, pero sin osar probarlo jamás. «Y habrá creido V. quizás mas bien lo uno que lo otro, le preguntó él.—Por el contrario, cuando me hablan de un estraño, le aseguro á V. que siempre me hallo mas dispuesta á creer lo bueno que lo malo. —No soy seguramente sino un estraño para V. Me parece que sí, añadió ella sonriéndose y dando vuelta al picaporte de la puerta para salir.» Al tiempo de abrirla ella, abrióse tambien la que caia al corredor, dejóse ver una muger, y la volvió á cerrar luego dando un grito. En aquella voz, creyó Malvina reconocer á miss Melmor; y pensando cuan estraordinario debia parecerle el hallarla en el cuarto de sir Edmundo, no discurrió que podia serlo otro tanto el ver entrar allí á miss Melmor. Aparentó el mancebo no haber visto ni oido á ninguno; pero saludando con respeto á Malvina, no la detuvo mas. Bajó ella luego á la

Malvina. Por esto señoreándose sobre la angustia que la asaltaba, hizo muchos halagos á su prima, y esfuerzos para ser amable; lo advirtieron todos, y mas ella que ningun otro. Satisfecho entonces su amor propio, le hizo olvidar algo sus temores, y la puso en una situacion interior bastante dulce para dar gracia á cuanto ella decia.

La conversacion viva y lucida con sir Edmundo, se hacia instructiva y sentenciosa en la boca de Mr. Prior; lo que aun la hubiera hecho algo grave, si Malvina no hubiera templado este efecto derramando en ella la tintura tierna y voluptuosa de una tristeza que no era casi ya mas que melancolía. Tocante á mistriss Melmor, si á cada frase de mistriss Birton no hubiera murmurado ella muy quedito, *precioso! precioso!* mirando á los demas, como diciéndoles: *que responden Vds. á eso?* su presencia hubiera surtido con escasa diferencia el efecto de un

mueble mas en la habitacion. En cuanto á su hija, que no sabia platicar mas que con el auxilio de la zumba, y de aquellas medias frasecillas para uso de los entendimientos frívolos y superficiales, era poco acomodada para hacer un papel en una conversacion seria y seguida: por lo mismo no malograba nunca la ocasion de mofarse de los que hallaban gusto en ello; y sobre este punto, hacia ya mucho tiempo que madama de Sorcy y Mr. Prior eran el blanco de sus chanzas.

Se habia prometido ella atraer á su partido á sir Edmundo, porque siendo conocido por su talento para la burla, se une rara vez este don natural con un fondo sólido. Pero poseia él toda especie de talentos, y sabia ser profundo en la soledad, como lucido en el trato de gentes. Lo echó de ver la doncella con despecho; é irritada del gusto que él parecia tomar en ventilar con Malvina y del silencio que estaba precisada á guardar,

habitacion de su prima , en que halló á Mr. Prior , y les refirió con tanta sencillez la casualidad que la habia llevado al cuarto de sir Edmundo , que ni uno ni otro sospecharon nada de ello.

Se les incorporó luego el último. No pensó Malvina en retirarse ; y mistriss Birton no creyó que le tocaba recordárselo ; no porque no se hállase desazonada de ver á su sobrino al lado de una muger tan hechicera. Desde el momento en que habia entrado en su casa Malvina le habia pesado muy vivamente á su prima el haberle dado entrada en ella ; y no se habia ocupado sino en los arbitrios de impedir que la viera sir Edmundo; porque ademas de la inclinacion que en él conocia á todas las mugeres en general , sabia que habia en Malvina con que infundir mas que una aficion , y por consiguiente con que hacerla temblar por el enlace proyectado con ladi Sumerhill. Pero por otro lado era esencial no eho-

car con el genio independiente de este arrogante mancebo, dándole á entender que de intento alejaba ella á Malvina. Sabia mucho que para él hubiera sido un motivo mas para querer conocerla, y que no habiéndose sujetado nunca á la voluntad agena, el oponerse á un deseo suyo era arriesgar incitarle; por lo tanto usaba de todo su arte para persuadirle que ella se esforzaba á atraer á madama de Sorcy hácia las reuniones de ellos, pero que eran en balde sus esfuerzos, porque el genio de su prima, bravío y misántropo, no cedia nunca á la complacencia. Al hallarlos juntos por la mañana, el temor de ver destruidos todos sus proyectos la habia impedido refrenar el primer impulso de mal humor; pero habiendo reflexionado, comprendió que para poder engañar á Edmundo, era preciso aparentar un semblante satisfecho, cuando una casualidad, que ella no hubiera podido evitar, le reuniera con

Malvina. Por esto señoreándose sobre la angustia que la asaltaba, hizo muchos halagos á su prima, y esfuerzos para ser amable; lo advirtieron todos, y mas ella que ningun otro. Satisfecho entonces su amor propio, le hizo olvidar algo sus temores, y la puso en una situacion interior bastante dulce para dar gracia á cuanto ella decia.

La conversacion viva y lucida con sir Edmundo, se hacia instructiva y sentenciosa en la boca de Mr. Prior; lo que aun la hubiera hecho algo grave, si Malvina no hubiera templado este efecto derramando en ella la tintura tierna y voluptuosa de una tristeza que no era casi ya mas que melancolía. Tocante á mistriss Melmor, si á cada frase de mistriss Birton no hubiera murmurado ella muy quedito, *precioso! precioso!* mirando á los demas, como diciéndoles: *que responden Vds. á eso?* su presencia hubiera surtido con escasa diferencia el efecto de un

mueble mas en la habitacion. En cuanto á su hija, que no sabia platicar mas que con el auxilio de la zumba, y de aquellas medias frasecillas para uso de los entendimientos frívolos y superficiales, era poco acomodada para hacer un papel en una conversacion seria y seguida: por lo mismo no malograba nunca la ocasion de mofarse de los que hallaban gusto en ello; y sobre este punto, hacia ya mucho tiempo que madama de Sorcy y Mr. Prior eran el blanco de sus chanzas.

Se habia prometido ella atraer á su partido á sir Edmundo, porque siendo conocido por su talento para la burla, se une rara vez este don natural con un fondo sólido. Pero poseia él toda especie de talentos, y sabia ser profundo en la soledad, como lucido en el trato de gentes. Lo echó de ver la doncella con despecho; é irritada del gusto que él parecia tomar en ventilar con Malvina y del silencio que estaba precisada á guardar,

fué á esconderse en un rincon. Por diferentes veces le dirigió la palabra Malvina , y le hizo muchos agasajos ; pero todos fueron desechados con desabrimiento , y el tono seco de sus respuestas determinó á Malvina á no hablarle mas. Al cabo , se fastidió miss Melmor de un papel que cuadraba tan poco con su gusto ; y levantándose mal humorada , fué á sentarse delante de un piano que habia en el estremo de la sala, y floreó algunas tocatas. Malvina fué la primera que se le acercó para oirla , y alabó mucho su habilidad y sobresaliente ejecucion. Mirándola miss Melmor como si ella hubiera hecho poco caso de sus alabanzas , llamó á sir Edmundo , y le propuso cantar un duo italiano. No , no , dijo mistriss Birton , ya que nos hallamos reunidos aquí , ejecutemos mas bien algunos trozos de estas partituras de óperas francesas. Qué ! ¿tiene V. aquí Armida , Alestes , Edipo , todas estas inmortales

obras maestras de nuestro teatro? esclamó Malvina recorriendo los cuadernos que habia delante de ella. Querida mistriss Birton! se ve bien que tiene V. siempre el corazon algo francés. Por lo que hace á mí, repuso miss Melmor desdeñosamente, no conozco cosa ninguna mas triste ni fria que esa lengua, ni discurro que nunca pueda decirse nada de amable con ella. —Ruegue V. á madama de Sorcy que pronuncie algunas palabras francesas respondió sir Edmundo, y estoy seguro de que cesará la incredulidad de V.—Puede ser que no, añadió la doncella en tono todavía mas desdeñoso; pero (bajando la voz) no se me enardece tan fácilmente la cabeza, y una palabra no me la hace perder. —Ah! no es la cabeza lo que peligra al lado de ella, dijo el mancebo.—El corazon quiere V. decir, repuso ella con ironía: felizmente para ciertos sugetos no tienen ellos nada que arriesgar por esa parte;

pero le dirán que sí , y ella los creerá como otras muchas , y como á otras muchas la engañarán á ella.»

Durante esta conversacion , que no se juzgaba que fuese oida de Malvina, pero de la que no se escapaba una sola palabra , habia pasado mistriss Birton á su cuarto en busca de la partitura de Edipo. Volvió ella antes que sir Edmundo hubiese tenido lugar de responder ; lo cual le enfadó sin duda , pero menos que á Malvina. «Veamos , Kitty , dijo mistriss Birton poniendo la música en el atril , acompáñenos V. este hermoso trio. Miss Melmor probó ; pero era ejecutora y no música ; tocaba como un maestro , y descifraba como una discípula ; de modo que le fué imposible hacer lo que se le pedia. « Estoy seguro de que madama de Sorcy tendrá mas acierto , le dijo sir Edmundo. — Aun cuando eso fuera así, respondió ella, no tendria yo mérito ninguno en esto ; pues estoy alimentada con

esta música desde mi niñez. — No estraño entonces que tenga V. trazas de tanta languidez repuso miss Melmor ; porque es seguramente un triste alimento. — Pero si le agrada á V. mas la música italiana, no tenemos mas que dejar esta, le respondió con dulzura Malvina. — No, no, prima, repuso mistriss Birton ; tome V. el asiento, y que esta celestial melodía nos haga olvidar los horrores de estas agrestes montañas, y nos traslade por un instante á nuestra patria.» Miss Melmor se levantó al punto ; y empujando de golpe su silla, fué á sentarse muy lejos de allí, como resuelta á no escuchar. Con la ayuda de una ligera mano, y de un oido fino, espresó Malvina las partituras mas complicadas con gusto. Se podia poseer una ejecucion mas rápida, pero no una espresion mas agradable. Mistriss Birton sin embargo quedó cansada en breve ; queria que se creyera que era apasionada á la música ; pero una hora

de armonía era cuanto peso ella podia soportar. Por otra parte, la hacia penar la presencia de Malvina; sus habilidades la disgustaban; y para hacer cesar una situacion harto penosa fingió una jaqueca, y con este pretexto movió á todos á retirarse.

CAPITULO IX.

LA NODRIZA.

Malvina, sin atribuir la causa de ello á ninguno, conocia bien que aquella velada no habia carecido de atractivo para ella, aun creia haber mostrado allí suficiente satisfaccion para que mistriss Birton no debiera temer incomodarla moviéndola á tomar el hábito de bajar diariamente. En su consecuencia, aguardó el siguiente dia con una curiosidad mezclada de impaciencia, para ver si su prima mandaba decirle algo sobre este particular; pero ella no oyó mentarle. Trajéronle como de costumbre la comida á su cuarto; y por la noche, tentada

de ir á unirse con la sociedad, no se atrevió á hacerlo, precisamente porque estaba deseosa de ello. Decia muy bien en su interior que no lo deseaba mas que con la esperanza de esplayarse; pero si ella no hubiera tenido mas motivo que este, no hubiera reflexionado tanto para bajar; no titubeaba sino porque en el fondo tenia otro, y que sin distinguirle ella misma, el instinto le hacia temer que le adivinasen los demas.

Etela aquí pues de nuevo solitaria: corren los dias; viene á verla su prima á menudo con el oculto fin de quitarle todo pretexto de bajar; evita ella el hablarle de una reunion que Malvina no se atreve á proponer, y finge al lado de su sobrino no subir nunca al cuarto de su prima sin emplear las mas ejecutivas instancias para moverla á acompañarla, pero sin fruto.

En este estado se hallaban las cosas, cuando un domingo por la mañana, en-

tró la niña Fanny saltando en el cuarto de su madre, y le dijo jadeando: Azoleta está abajo, mamá; como está hoy cerrada lo escuela, viene á jugar conmigo; ¿quiere V. que vayamos juntas á hacer bolas de nieve en el patio? — Y quien es Azoleta, hija? — Es la niña tan pulida que canta tan bien y habla nuestra lengua. — La ahijada de sir Edmundo? repuso Malvina algo sonroseada. — Sí, mamá; pero ¿impide eso que ella pueda ser buena? — No hija mia; por el contrario, sir Edmundo mismo es muy bueno, así lo creo. — Ahora bien, mamá, figúrese V. que mi ama dice siempre que no, que es un mentiroso, que aparenta ser amable para clavar á los otros, y ademas tambien muy lleno de cosas que he olvidado. — Haces bien, Fanny, de olvidar lo malo que te dicen de los otros; pero marcha á unirte con tu compañerilla, é iré á hallaros de aquí á un rato.» Se salió la niña, y vol-

viéndose al punto Malvina hácia su doncella, le dijo : ¿Porqué repite V. á esta niña unos dichos y cuentos á que V. misma no deberia dar oidos? — Puedo asegurar á V. . Señora, que no son cuentos, y que muy ciertamente no digo la mitad de lo que sé. — Pero espero, en efecto, que no tomará V. á Fanny por confidente de cuantos chismes se divierten en hacer á V. — Seguramente , Señora , porque cuando mistriss Tass viene á mi cuarto , cuidamos siempre de platicar en voz baja.... Ah ! si V. supiera el porte que tiene aquí sir Edmundo!... Escúsese V. de decírmelo , Tomkins, no estoy curiosa de saberlo.

Malvina se salió entonces de su cuarto no sin sentirse con un leve impulso de curiosidad sobre el porte de sir Edmundo ; pero aunque hubiera sido mas fuerte todavía , se hubiera corrido de satisfacerle en virtud de la relacion de un criado ó de la habladuría de una don-

cella. Sin saber á punto fijo cuales eran las faltas de que acusaban al mancebo, adivinaba suficientemente de que especie podian ser; y á pesar de su genial indulgencia, no se sentia dispuesta á acordarsela á ellas. Al mismo tiempo de cavilar así, se halló en el patio. Azoleta vino á echarse á sus hombros con tierna ingenuidad, y Fanny no cesaba sobre las buenas prendas de su nueva amiguilla. Mientras que Malvina para calentarse se divertia en correr con las niñas, dejóse ver sir Edmundo á alguna distancia; marchaba con suma priesa. Al ver á Malvina, la saludó, pero siguió su camino sin pararse. No contaba Malvina con verle; y en la disposicion suya con respecto á él no estaba deseosa de ello quizás; pero contaba menos todavía con la poca atencion que él le mostraba. Pasmada de semejante proceder, le seguia con la vista sin decir palabra, cuando Azoleta vino á decirle muy quedito al oido: «Apuesto á

que acierto á donde va mi padrino. — Quizás no quiere él que lo sepan , Azoleta. — Seguramente , porque no quiere que se diga cuando da gusto á alguien ; pero venga V. conmigo , y verá si me engaño.»

La niña echó á correr , Fanny la seguia , y tambien Malvina , no para ir á sorprender al mancebo , sino para detener á las niñas é impedirles cometer una indiscrecion. Las llamaba Malvina , pero no hacian ellas caso , y continuaban corriendo siempre. Llegadas á tiro de una casilla que habia en un corral de los mas apartados , se paró Azoleta ; y poniendo el dedo en la boca , dijo á Malvina : «Silencio! él va á oir á V. ; y empujando despues con sumo tiento la primera puerta , andando de puntillas , y tomando de la mano á Malvina , le enseñó al traves de una puerta con vidrieras , á lo último de un cuarto bastante aseado á sir Edmundo recostado en el respaldo de un si-

tial, en el que estaba tendida una vieja pálida y doliente.—Es la buena Norton, la nodriza de mi padrino, dijo muy bajo Azoleta, se halló muy indispuesta esta mañana; sin duda habrán ido á decirlo al palacio, por lo que acudia mi padrino con tanta priesa, porque es tan bueno! y le quiere tanto ella!...

Enternecida hasta lo sumo Malvina de ver á aquel mancebo, que le habian pintado como tan frívolo, desempeñando piadosas obligaciones al lado de una muger infeliz y enferma, no podia reconvenirse bastante á sí misma del desfavorable concepto que habia estado tentada á formar de él. Ah! Cuanto le perdonaba el no haberse detenido al lado suyo! Cuan respetable le parecia su motivo, y cuanto le hubiera pesado el hacérsele olvidar! Porque Malvina no era de aquellas mugeres soberbias, que no están contentas sino en cuanto se rinde todo á su dominio; la vanidad sola aspira á se-

mejante imperio ; y el amor , por mas vehemente que sea , cuando él reina en un honrado pecho , se avergonzaria de que sus derechos triunfasen de los de la humanidad.

No porque Malvina amara á sir Edmundo ; sino que digo solamente , que aunque hubiera amado á él ó á cualquier otro, era conforme á su genio el ser preferida á todo , pero que lo fuera á ella la virtud ; y para aquel corazon insensible hasta entonces , y resuelto á serlo siempre , la vista de una buena accion que ella admiraba sin desconfianza era mucho mas peligrosa que algunas apasionadas espresiones, contra las que su razon hubiera sabido armarla. Mientras que tenia cautivada toda su atencion el tierno espectáculo que tenia á la vista , Fanny , arrecida de frio , y fastidiándose de la inmovilidad de su madre , la tiró de los guardapieses rogándola que se fueran. Malvina , con el ánimo preocupado , no

la oia, y la niña alzó la voz. A este ruido, volvió el mancebo la cabeza, y se adelantó hácia la puerta para ver lo que le causaba. Sobresaltada Malvina de ser sorprendida por él acechando, por decirlo así, su conducta, hubiera querido huir, pero ya no era tiempo. Conoció que el mostrar trazas de ocultarse pareceria mas intempestivo todavía que el ser vista, y por mas que ello le costara permaneció en su sitio. Al verla sir Edmundo, dió un grito; y Malvina, con los ojos bajos y las mejillas coloradas con el mas vivo encarnado, le dijo tímidamente: «Acha- que V. mi indiscrecion al afecto de su ahijada, la cual me ha traido aquí, sin duda para hacerme ver á su padrino en toda su gloria. — Entre V., Señora, entre, respondió sir Edmundo muy conmovido; este espectáculo, aunque es doloroso, no la espantará á V, Venga V. á fortalecer á mi pobre ama de leche contra los terrores de la muerte; implora

ella la misericordia divina, y sin duda creerá mas en ella al ver cerca de sí á un ángel. — ¿Está tan mala pues? dijo Malvina adelantándose: seria quizás conducente mandar llamar á Mr. Prior.» La buena muger lo oyó; y alzando con trabajo su débil voz, dijo: «No, no, es cosa inútil; sus bellas palabras me aliviarian menos que el buen afectò de mi amado hijo.» Cuan honrosos eran en el concepto de Malvina este nombre y elogio! cuanto encubrian las faltas del voluble Edmundo! Algunas lágrimas inundaban sus mejillas; y tomando la mano desecada de la enferma, le dijo: «Sufre V. pues mucho, mi pobre tia.» Tenia Malvina un acento tan escesivamente dulce, que bastaba oirle para conmoverse. Mirándola luego la nodriza, le dijo: «Creo que es V. la dama que mistriss Birton llevó á ver á los pobres y enfermos hace algun tiempo. Todos me han hablado de V,; mandó V. distribuirles

algunos socorros, y la bendicen todos; y doy al cielo gracias por no haberme llamado hácia sí antes de haberla visto á V. —No hable V. tanto, madre, interrumpió el mancebo, que parecia ocupado únicamente en la enferma; no agote V. sus fuerzas: tome V. algunas gotas de estos cordiales, y vea si desea la presencia de Mr. Prior.—Ha ido Azoleta á llamarle, dijo Fanny que se escondia bajo el vestido de su madre, no atreviéndose á mirar á la vieja Norton por no verla morir. Pero me admiro de que cuando hay un enfermo, no sea Mr. Prior el primero que esté informado de ello, preguntó Malvina á una muger que parecia ser parienta de la vieja Norton.—Ah, Señora, respondió ella, está tan ocupado que tememos incomodarle. Le hallamos escribiendo siempre en su estudio... admirables discursos seguramente, pero que no le dejan lugar para venir á vernos.... No porque él se haya negado nunca á na-

die cuando han ido en busca suya... no, no puedo decir eso, y entonces sabe decir bellísimas cosas.....»

La entrada de Mr. Prior interrumpió el discurso de aquella muger. El primer objeto que le llamó la atencion fué menos la enferma que Malvina ; y acercándose á ella, le dijo : «Ha venido V. pues á presenciar este momento tremendo y crítico, en que el alma inquieta y trémula llega á las fronteras de un mundo desconocido. — Mr. Prior , le dijo sir Edmundo muy bajito , y mostrando al ama de cria , procure V. hallar algunas palabras de paz al alcance de su comprension y que conforten su ánimo. »

Se levantó Malvina , y cediendo á Mr. Prior el lugar que ocupaba ella al lado de la paciente , se apoyó sobre el respaldo del sitial junto á sir Edmundo. «Y bien , mi pobre Norton , su corazon y carne de V. se desfallecen ; pero que Dios sea la fuerza de V. , y será su por-

cion sempiterna ; aunque hubiera de caminar V. por el valle de la muerte , no tema ningun mal mientras que él esté con V. : que su palo y *cayado conforten á V.* (Salmo XXIII , v. 4). — Ah ! Señor, hágase su divina voluntad y no la mia: me someto á ella sin murmurar : y ojalá que nuestro celestial Salvador interceda por mí ! — Confíese V. en la clemencia del Altísimo , buena Norton , porque es un buen padre que sabe de que estamos formados , que se acuerda que solo somos polvo , y con el que hay perdon , á fin de que pueda ser tan amado como es temido. — ¿ Y porqué dudaria yo de su misericordia ? Es testigo de que nunca hice mal á ninguno : pero si echo menos la vida , es á causa de mi cuitada familia que se queda en la miseria. Mientras que he vivido he dividido con ella los beneficios de mi hijo Seymour ; ¿pero qué le quedará en perdiéndome ? — Yo , mi buena madre , repuso vivamente sir Ed-

mundo ; esté V. segura de que ella no carecerá de nada , mientras que yo posea algo. — Se que mi Edmundo tiene un escelente corazon , repuso la anciana nodriza derramando sus últimas lágrimas, y cuento con sus promesas ; pero no está el casi jamás aquí , y entonces... — Estaré yo aquí siempre , interrumpió Malvina, y haré por suplir lo que la ausencia de su hijo de V. no le permita hacer. — Sí , madre , añadió el mancebo , conmovido y satisfecho de poder tomar una obligacion de acuerdo con Malvina ; juramos ambos entendernos , y reunirnos para velar en la prosperidad de sus hijos de V. » Alargó Malvina la mano para probar que iba á medias en el juramento, y cogiéndola con viveza sir Edmundo , la puso entre las suyas sobre las rodillas de la enferma. Conmovida la última con esta accion , y sosegada sobre la suerte de su familia , articuló débilmente estas palabras : *Dejadme en adelante , Señor*, ir

en paz (Cánt. de Simeon), y espiró al cabo de unos minutos.

De vuelta al palacio, la fisonomía de Mr. Prior era mas grave, la de Malvina mas recogida; sir Edmundo mismo estaba mas serio, pero recuperando su viveza á proporcion que se apartaba de aquel triste y lúgubre espectáculo, esclamó: por mas que hagan los eclesiásticos, no me persuadirán nunca de que modo es útil al órden general que una honrada criatura que ha pasado la vida trabajando, la termine en la miseria sin haber gozado de su existencia.—Y bien; ¿quien le dice á V. que no ha gozado de ella? repuso Mr. Prior; ¿no pertenece mas la felicidad á los discípulos de la virtud que á los favoritos de la fortuna? y á este título, no ha debido mistriss Norton vivir mas satisfecha que... que V. quizás? —A fe mia que eso es posible, replicó sir Edmundo: del modo con que las cosas están dispuestas acá abajo, confieso que los es-

tados , por ser sobresalientes , no son por ello mas dichosos : por lo mismo en el curso de una vida que se mira como afortunada, y en que he contado muchas mas horas de fastidio que de gusto, he tenido frecuentes ocasiones de dudar de la bondad de una potestad que nos acuerda tan escasos bienes por tan copiosos males. Estas palabras irritaron á Mr. Prior ; y mirando con indignacion al mancebo , le dijo en tono vehemente : — ¿ Y quien eres tú , hijo del hombre , tú que no has salido del polvo mas que del dia de ayer, para alzar una voz temeraria contra tu Criador ? Son estos tus títulos para criticar el órden del universo , tú , cuya herencia es tan sumamente superior á lo que tus virtudes te dan derecho de esperar ? — Le aseguro á V. , Mr. Prior, respondió el mancebo sonriéndose , que no se me oculta de modo ninguno lo poco que valgo , y que formo un cortísimo concepto de mi mérito ; pero si me qui-

siera Dios sin tacha, ¿porqué no me crió perfecto? Porqué me envia amables tentaciones, si ha de castigarme por haberme rendido á ellas? y de qué puedo ser culpable cuando solo hago uso de lo que él me da?—Lo es V. quizás, repuso Malvina con una tierna mirada, si ha sido advertido por la conciencia al mismo tiempo que tentado por las pasiones, si V. ha visto lo bueno al obrar lo malo, y si, rindiéndose, ha conocido que podia resistir.» Sir Edmundo se corrió; y volviéndose hácia Mr. Prior, le dijo: «Oiga V. bien, esto es lo que conviene decir y del modo que conviene decirlo, cuando V. en su cátedra apostólica quiera despertar la conciencia del pecador, y abrir los ojos al impío; pero seria preciso unir á ello aquella mirada, acento, y *divinos labios en que las gracias reposan cerca de la sabiduría* (Dryden).

Hablando en esta forma, llegaron al palacio; apartóse de ellos Mr. Prior; y

Malvina se disponia á irse á su cuarto, cuando el mancebo la detuvo, y dijo: «Pues qué ! Señora, huir siempre de nosotros, é inaccesible siempre á nuestros deseos y á las instancias de mi tia ! — Qué instancias? repuso ella algo sorprendida.—¿Pero no ignora V. sin duda, respondió él, que su prima se desespera de la obstinacion (disimúleme V. esta palabra, ella lo dice) con que V. se niega á reunírsenos? » Malvina se sonrió, y le dijo : « Está V. chanceándose ; mi prima no tiene seguramente semejantes quejas de mí. — Le aseguro á V., Señora, que así como no pasa dia ninguno sin que yo le pregunte muchas veces porqué no la vemos nunca á V., no le hay tampoco en que ella deje de responderme, que todos sus esfuerzos para atraerla á V. hácia el salon son tan repetidos como inútiles.»

Al ver Malvina la intencion de su prima sin alcanzar el motivo suyo, respon-

dió con harta confusion: «Pero si fuera verdad que me hubiese resistido á los ruegos de mistriss Birton, como supone V... — Que V. cediera á las mias, interrumpió él vivamente; no, Señora, no soy tan presuntuoso; sino que, como V. no vivia tan solitaria antes de mi llegada, es decirme bastante que mi presencia le hace á V. esta morada ingrata, y que V. desea vérmela dejar. — Interpreta V. mal mi conducta, caballero, respondió ella algo turbada; no V., sino muy queridos recuerdos me retienen en mi soledad; y si yo creyera que mi ausencia afligiera á mistriss Birton, podria yo muy bien...— Tia! tia! esclamó sir Edmundo tomando la mano de Malvina, y arrastrándola á la habitacion de mistriss Birton, aquí tiene V, á madama de Sory que sostiene que me chuleo cuando le aseguro que la tiene á V. desconsolada la privacion de su compañía; una V. sus ruegos con los mios, querida tia, y triunfarémos

quizás.» Se sonroseó mistriss Birton; pero tomando al punto su partido, dijo: «Sabe mi amada prima cuan gustosa me es su presencia; y si no he querido embarazar su estremada aficion al retiro, espero que ella habrá apreciado el desinterés que me movia á preferir su descanso á mi satisfaccion; pero ya que ella empieza á mirar con tedio esa vida solitaria, estoy pronta á acoger con sumo júbilo su mudanza.»

La respuesta equívoca de mistriss Birton dejaba incierta á Malvina, cuando sir Edmundo, impaciente de tener una positiva, esclamó: «Veo con harta claridad, tia, que es menester resolverme á dejar á V.; mientras que me halle á su lado, no vendrá aquí madama de Sorcy sino de mala gana... — Abrazo tu proyecto, sobrino, interrumpió vivamente mistriss Birton; pierdes aquí el tiempo. diversos empeños y obligaciones te llaman á Edimburgo, vuélvete allá; enton-

ces, á lo menos, mi bella prima será libre... — Este caballero no podrá incomodar mi libertad, interrumpió Malvina á su vez con alguna gravedad; quédese ó parta, mi aficion al retiro no me inclinará menos á permanecer sola, igualmente que su presencia no me impedirá ceder al deseo de V., si es verdad, prima, que da V. algun valor á mi sociedad.»

No le asistia razon ninguna á mistriss Birton para negarse á esta insinuacion; por otra parte, pensó que ya que no le era posible evitar que su sobrino viera á Malvina, valia mas todavía que fuera en presencia suya; y desde entonces se acordó que Malvina se reuniria con la sociedad, como ya lo habia hecho antes de la llegada de Edmundo.

CAPITULO X.

CONVERSACIONES.

Solamente durante la comida supo mistriss Birton que la muerte de la buena Norton habia ocasionado la conferencia de sir Edmundo y Malvina, y ni siquiera sabia que aquella muger estaba mala. Como no se interesaba por ninguno, no iba ninguno á contarle sus cuitas; y los vasallos, que ella se alababa de proteger, sufrian y morian con la mayor frecuencia sin que se hallara informada de ello. Consumida por la ambicion, mantenia una activa correspondencia con milord Stafford, á fin de que este permaneciera fiel á sus obligaciones, y apuraba viva-

mente á su sobrino para que fuera á desempeñarlas; pero todos los dias hallaba Edmundo nuevos pretextos para eludir su partida. Nunca habia hecho tan larga estancia en Birton-Hall; miss Melmor se honraba de ello; mistriss Birton, que vislumbraba la verdad, estaba en una continua zozobra, y no cavilaba sino en los medios de alejar á su sobrino, ó de indisponerse con Malvina; pero con un genio indómito como el del primero convenia hacer uso de la persuasion y no de la autoridad, y la genial tiranía de mistriss Birton se acomodaba poco á este arbitrio. Por otro lado, con la natural mansedumbre de Malvina, ¿como lograr indisponerse con ella sin darle justos motivos de queja, que la harian mas atractiva á los ojos de Edmundo? y ademas alejándola, que ganaba ella? No era libre Malvina de domiciliarse en donde quisiera? Podria impedir que su sobrino la viera, con mas libertad quizás que en

Birton-Hall, y que llegará á descubrir entonces los ardides de que ella se habia valido para alejarle de Malvina? En semejante perplejidad, se determinó á abrir su pecho á su prima sobre los proyectos de enlace que ella alimentaba con tanto ardor: pintóle á sir Edmundo como un mancebo muy estragado, sin costumbres, muy dado á galanteos, y que no huia del honroso casamiento que se le proponia, sino porque le miraba como un freno de disolucion. Vea V. cuanta es mi pena, querida prima, le decia ella con una simulada confianza; á pesar de los innumerables estravíos de mi sobrino, le quiero con ternura; y para proporcionarle un acomodo que le eleve á las dignidades, y le arranque de sus miserables galanteos, le aseguraba yo todos mis bienes, despojándome de ellos en favor suyo. Lleno de gratitud á mis dádivas, habia accedido á mi voluntad: y segura yo de su consentimiento, habia obligado mi

palabra y la suya; y despues de heberme adelantado hasta este grado, cuando ladi Sumerhill acaba de desechar á causa de él los mejores partidos de Edimburgo, me causará él quizás la indecible humillacion de faltar á su promesa, sobre cuya validez dí seguridades. ¿No me ayudará V., buena prima, á hacerle sentir sus faltas, igualmente que la necesidad en que se halla de pasar á Edimburgo? —Dios mio, Señora! respondió Malvina, qué influjo puedo tener yo sobre la voluntad y opiniones de sir Edmundo? —Poquísimo, créolo; porque he reparado que hacia menos atencion y tenia menos aficion á V. que á cuantas mugeres ha conocido, porque, segun parece, no es V. una de aquellas jóvenes locas y sobresalientes que divierten y se le asemejan; pero últimamente, si no tiene inclinacion, tiene á lo menos mucha estimacion á V.; y no me asombraria de que hiciera algunos sacrificios para adqui-

rir la de V. ; y por lo demas , si no dan fruto las reflexiones de V. , no pueden á lo menos acarrear perjuicio ninguno. —Le aseguro á V., Señora , replicó Malvina , que me hallo muy confusa para servir á V.; tendrá sir Edmundo por cosa muy singular que me meta yo en un asunto , que me es absolutamente estraño , y que le dé consejos cuando él no me los pide. —Por lo mismo , querida prima, conviene hablar de ideas generales solamente en presencia de él ; repita V. que un sugeto que ha dado esperanzas de casamiento á una doncella es indisculpable en dejarlas burladas ; que un enlace no puede ser dichoso sino por medio de la opulencia y dignidades.... —Pero éte-le aquí ; no aparentemos entendernos , y cuide V. de apoyar lo que yo diga ; á no ser que , añadió ella viendo la incertidumbre de Malvina y clavando en ella la vista con aire significativo , que algunas causas particulares se lo impidan á V.

Las sospechas que esta última frase encerraba no se le escaparon á Malvina. ¿La apoyaria ella callando, ó hablaria de un vínculo que le parecia mas propio para contentar la ambicion de mistriss Birton que para formar la dicha de su sobrino? En semejante incertidumbre calló, y aguardó lo que la continuacion de la plática pudiera suministrarle de conveniente para hablar.

Mistriss Birton no habia hecho todavía mas que algunas preguntas insignificativas, cuando entró miss Melmor con una gaceta en la mano. ¡Ah Dios mio! esclamó ella, qué primorosa funcion van á dar en Edimburgo, en casa de milord Stanhope! ¿En casa de milord Stanhope, hermano de ladi Sumerhill? preguntó mistriss Birton á su sobrino. — Sí, respondió este con harta dejadez. Ah! cuanto me alegraria de poder asistir á ella! esclamó miss Melmor. — ¿Sin duda, Edmundo, no te escusarás de ir allá?

dijo bastante severamente mistriss Birton. — ¿Pues qué, Señora, cree V. que yo podria dejar la compañía en que me hallo, y arrostrar con el temporal que hace, para volar á una de esas funciones que el ocio hace necesarias quizás, pero que el hábito vuelve insulsas? Si no es por la funcion, sobrino, será para hacer en ella parte de la lucida y selecta compañía que allí se reuna. — Ah, Señora! si conociera V. la fastidiosa uniformidad que ahora reina en los saraos! — ¿Y las mugeres, Edmundo? es posible que olvides esta preciosa mitad del mundo? — Las mugeres. Señora, no se toman ya la molestia de engalanarle, se han vuelto tan descuidadamente frívolas, que cuanto no las trae embaucadas las cansa. — Te has hecho muy delicado, repuso la tia conteniendo su mal humor, y estoy muy curiosa de saber la causa de tan inesperada mudanza.»

A cuyas palabras, se engalló con so-

berbia miss Melmor, como en señal de decir que era ella: Malvina, que se creia muy distante de tener interés en todo ello, continuó su labor sin mudar de postura; no respondió el mancebo á su tia; y esta, tras un instante de reflexion, añadió: «Por lo demas, si es verdad que los placeres te cansan, y que las mugeres te fastidian, saco de ello un feliz agüero para tu reforma; desde el momento que el mundo desagrada, y que la soledad tiene embelesos, trata uno de hermosearla llamando á una compañera; y debo creer que en fin no estás tan distante de un vínculo serio, y que vas á pensar en la palabra que tienes dada. — Diga V. pues que V. me aconseja dar, Señora. — Haces en eso, sobrino, una repentina sofistería; porque sin haberte obligado positivamente, sabes bien que la familia de ladi Sumerhill mira tu casamiento como un negocio concluido; ¿y no estás seguro, te pregunto, de que aquella don-

cella te aguarda en la funcion de su hermano? Y si le has dado lugar de contar con ello, no eres culpable en burlar sus esperanzas? — A fe mia, Señora, respondió él vivamente, que no le he dirigido nunca mas que aquellos galanteos que se distribuyen al acaso á todas las mugeres, sobre los que se encarece por hábito, como se rebaja por esperiencia. Es una moneda, cuyo valor conocen todos; y cuando hay engaño en ello, es mucho mas la falta de la que la recibe que del que la da.»

Alzó Malvina la cabeza, y le miró con la vista clavada. Pareció él confuso, se agitó en su asiento, y prosiguió la tia: «No acusarias quizás á ladi Sumerhill de haber creido muy fácilmente en tus protestas si quisieras traer á la memoria el semblante con que las hiciste: y supuesto que eres tan profundo en el arte de engañar á las mugeres no es cosa generosa el vituperarlas cuando ellas son

víctimas de tus perniciosos artificios. A la verdad, Señora, interrumpió, él desazonado de oirse hacer semejantes reconvenciones en presencia de Malvina, nunca fuí falso ni pérfido. Sin duda hice frecuente uso de sutilezas al lado de las mugeres pero por mas uso que haya hecho yo de ello, me quedé siempre muy atrás de ellas; y en este mundo, en que su presuncion nos tiene incesantemente en estado de guerra, conviene por cierto para defenderse valerse de sus propias armas: por otra parte, cuando ellas se vanaglorian de las sutilezas, ¿porqué me formarian á mí un delito de ello, y llamarian en mí una culpa del corazon lo que nombran entre ellas un dote intelectual? — Discurro, respondió con harta seriedad Malvina, que si el arte se mira con indulgencia en las mugeres, es porque parece que la naturaleza les permite este medio de robar algunos momentos á la dependencia á que las condena ella;

¿pero no se envilecen los hombres con usar de esta arma de los entes débiles? Ellos, libres é independientes, porqué no son sinceros? Cuando la necesidad no prescribe el ardid, solo para engañar se usa de él; por lo que discurro que cuando ellos disimulan, no es para salvar del mal, sino para causarle á los demas. — Lleva razon mi prima, añadió mistriss Birton, y si trataste de hacerte querer de ladi Sumerhill, fué solo con el fin de traspasar su corazon. — Ah! Dios mio, tia! á un lado la piedad, repuso sir Edmundo; las mugeres, hoy dia, no tienen el corazon tan débil; ¿como le podríamos traspasar? ni aun le conmovemos; la vanidad le tiene bajo su custodia, es un inespugnable muro que impide entrar allí á cualquiera otro afecto. ¿Eres tú, Edmundo, quien tiene valor para hacer semejante cargo? tú que solo por vanidad sedujiste á ladi Sumerhill, que no te quedas aquí sino para afligir á aque-

lla preciosa doncella, y aumentar su inclinacion escitando su inquietud: y esto te lo diré, es una muy lastimosa vanidad; ¿qué juzga V. de ello, prima, me tiene V. por muy rígida? — No en el juicio de V., sino en su suposicion, Señora, respondió Malvina; porque no debe V. poner en duda que sir Edmundo, el escelente hijo de la digna mistriss Norton, se acelere á ir á poner fin *á los tormentos de la preciosa muger que le ama.*» A estas palabras, echó miss Melmor á Malvina una mirada de ira y reconvencion; y levantándose, anduvo por el cuarto, como que ya no podia dominar sobre su impaciencia. — La distincion de la Señora es muy ejecutiva, respondió el mancebo en tono picado; y sin duda hubiera pasado allá, si no viera por el anuncio de esta funcion que debe efectuarse dentro de tres dias, y por consiguiente no es ya tiempo de partir. — Realmente? añadió mistriss Birton

recorriendo el periódico con trazas de inquietud ; pero á lo menos , Edmundo, sino vuelves por la funcion á Edimburgo, que sea en consideracion á la doncella: ella debe estrañar mucho el no haberte visto en casa de su hermano ; cuanta barbaridad habria en hacerla penar por mas tiempo... ¿No lo piensa V. así, prima? — No sé , Señora , hasta que grado están obligados los afectos de esa doncella , respondió Malvina ; pero por poco que lo estén, y que sir Edmundo se confiese á sí mismo haber contribuido á ello voluntariamente , le estimo mucho para creer que él se forme un juego de los pesares que se sufren por causa suya , y... — Querida , interrumpió vivamente miss Melmor , no oye V. á su niña Fanny que está gritando , se ha hecho gran mal sin duda. — Nada oigo, dijo Malvina poniéndose en pie y aplicando el oido. — Ah! estoy bien segura de que no me engaño. y voy á ver allá.» Malvina inquieta , salió

con miss Melmor ; pero apenas hubieron estado ambas fuera del salon , cuando se paró la primera y dijo : «No he fingido oir gritar á Fanny mas que para romper una conversacion que no me era llevadera , y para preguntar á V. , querida, qué interés la mueve á V. á alejar á sir Edmundo; si es para congraciarse V. con mistriss Birton , le diré que esto no corresponde con la grandeza y generosidad geniales que atribuyen á V. , y con que Mr. Prior nos rompe los cascos. — Por el propio interés de V. , querida , repuso Malvina, con una sonrisa casi desdeñosa, le aconsejo que no forme sospechas que se convierten mas bien en detrimento del que las concibe que del que es objeto suyo; y por lo que hace á sir Edmundo, me parece que es tan natural y sencillo lo que he dicho , que me asombraré , por el contrario , que V. no haya apoyado mi dictámen. — A la verdad , debo tener mucha tentacion de ello , repuso miss

Melmor, cuando sir Edmundo no se queda aquí sino á causa mia, cuando me quiere con pasion, que su intencion es casarse conmigo, y que me ha prometido abandonar á ladi Sumerhill en favor mio; pero esto es un secreto, y no se lo confio á V. mas que para hacerle conocer cuan insoportables deben sernos los sermones de V. á ambos. — Pero si las cosas han llegado hasta ese punto, repuso con suma frialdad Malvina, ¿qué tiene V. que temer? Supone V. que la opinion de una muger que es tan estraña como yo á sir Edmundo, pueda triunfar de la pasion que él le tiene á V.? — No precisamente, Señora, repuso miss Kitty, sino que él podria quizás dejarse turbar por grandes frases y visos sentenciosos, y á no ser que V. quiera hacerle impresion en beneficio de sí misma, me hará V. un singular favor en no encargarse mas de la incumbencia de predicarle.» Al concluir estas palabras, se vol-

vió con precipitacion al salon, sin aguardar su respuesta.

Malvina, depositaria de las confidencias de mistriss Birton y de las de miss Melmor, y siendo ya el blanco de las malignas interpretaciones de una y otra, se hubiera hallado en una verdadera perplejidad, si la rectitud de sus intenciones y la pureza de su conciencia no la hubieran hecho superior á su espinosa situacion. No conociendo suficientemente la realidad de las cosas de que la hablaban, para saber de que lado estaba la justicia, se resolvió á permanecer absolutamente neutral sobre cuantos intereses se controvertian al rededor de sí; pero esta resolucion, la única que se conformara con su genio, disgustaba igualmente á su prima y á miss Melmor, y si desde entonces no le formó dos enemigos de ambas, las dispuso á lo menos á serlo.

Malvina, despues de la confidencia de miss Melmor, estaba quizás mas fria y

circunspecta con sir Edmundo. No bajaba nunca mas que cuando toda la compañía se hallaba reunida, y aun entonces aparentaba no oir las cosas lisonjeras que él no malograba nunca la ocasion de dirigirle ; no se sentia ella á sus anchuras mas que con Mr. Prior ; y cuando el último venia todas las mañanas á su cuarto para hacerle estudiar la lengua ersa , la amistad y confianza alargaban muy á menudo la hora de leccion hasta la de la comida.

Era estilo de la casa que tras el desayuno , que se hacia en comun , cada uno se recogiera en su cuarto por toda la mañana, y Malvina le seguia con mas puntualidad que ninguno. Una mañana, sin embargo , no viendo á Fanny al lado suyo, á la hora en que solia darle algunas lecciones , bajó para buscarla , y la halló jugando en el salon con sir Edmundo. Al verle ella , retrocedió unos pasos , y llamando á la niña , se disponia á retirarse , cuando el mancebo se adelantó

hácia ella y le dijo : supuesto que la casualidad me presenta la feliz ocasion de estar solo por un momento con V. , Señora , deme su licencia para procurar no malograrla , y alcanzar de V. una audiencia de algunos minutos.» Malvina se sonroseó , é hizo una leve inclinacion , sir Edmundo no solicitó un consentimiento mas formal ; y cerrando la puerta, le rogó con encarecimiento que tomara asiento ; se colocó junto á ella , y le habló en esta forma : «La esperanza de ver á V. tomar algun interés en mi situacion, Señora , no es lo que me mueve á hablar á V. ; sé mucho que V. no me ha juzgado digno de cautivar su inclinacion ; pero como V. pareció apoyar , el dia pasado, el deseo que manifestaba mi tia de verme volver á Edimburgo , querria yo saber, si no hay indiscrecion á lo menos , hasta que punto mi tia ha instruido á V. sobre los negocios que pueden llamarme allá. — No he sabido de ella , repuso Malvina,

sino lo que se dijo en presencia de V. : que V. prometió su mano á una doncella hechicera, que ama á V. ; que la abandona V. precisamente porque ella le quiere á V. , y por otras mil que no llegan á ella: esto es todo, caballero. — ¡Eso es todo replicó el mancebo mirándola con una mezcla de inquietud y afecto ; y es lo muy bastante , supongo, para haber fijado definitivamente la opinion de V. relativa á mí. — Ya que V. me hace preguntas , respondió ella , confesaré que me asombré de que al bienhechor de tantos infelices, al padrino de Azoleta, y al hijo de la digna Norton , pudieran echarle en cara el poner su gloria en faltar al lado de las mugeres á aquella noble franqueza , á aquella delicada probidad que en mi dictámen constituyen al verdadero hombre honrado. — No intento disculparme , Señora , de cuantas faltas se me atribuyen , respondió él ; he cometido muchas sin duda , y aun confieso

que al llegar aquí me hallaba muy distante de considerarlas con los mismos ojos que ahora estoy viéndolas ; pero sin estenderme á los motivos de una mudanza , que la que la causa rehusaria quizás escuchar , me ceñiré á rectificar muchos errores que la relacion de mi tia ha debido engendrar en el ánimo de V. No contraje nunca obligacion ninguna con ladi Sumerhill, Señora, ni la amé jamás; aunque completamente hermosa , no posee lo que mueve y agrada. *Jamás señalaréis*, dijo un poeta nuestro , *causa ninguna al amor , que no se halla en las facciones del rostro , sino en el corazon del amante* (Dryden). El mio fué siempre mudo para ella , y como su genio dejado y frívolo no es capaz de afecto ninguno vivo, tengo motivo para creer que la especie de preferencia que ella se ha dignado acordarme , no puede perjudicar á su descanso. — Entonces , caballero , replicó Malvina, quizás mistriss Birton le afeará á V.

el no haberla advertido mas pronto de sus disposiciones, y de haberle dejado hacer unos preliminares que V. no estaba seguro de confirmar. — Si no declaré desde los principios que me negaba á casarme con ladi Sumerhill, respondió el mancebo, nace de que careciendo entonces de toda idea sobre la felicidad conyugal, creia que, como otros infinitos, podria yo resolverme á tomar una compañera como se hace un trato; y bajo este aspecto, ladi Sumerhill me acomodaba bastante; pero desde que un suceso inopinado ha mudado todas mis ideas y modo de pensar, y que una eleccion, que miraba yo con tanta indiferencia, me parece hoy tan preciosa que toda mi suerte depende de ella, he debido renunciar á ladi Sumerhill; lo he hecho en el fondo de mi corazon, y con tanto menos escrúpulo, cuanto, como ya lo tengo dicho á V., no le dí nunca á ella palabra ninguna sobre este particular, ni á su familia.

Si mi tia ha empeñado la suya, de ella es la culpa; no la habia encargado yo de ello, y no me discurro que debo pagar con la felicidad de toda mi vida su inconsecuencia. ¿No lo piensa V. así, Señora?—Sí, Caballero, respondió Malvina, convencida de que cuanto él espresaba era relativo á miss Melmor: y pienso tambien que la nueva eleccion de V. no esperimentará obstáculo ninguno por parte de su tia, si ella puede creer que ella hace feliz á V. Sin duda no le falta á V. mas que comunicársela para verla confirmar, y en cuanto á mí, Caballero, movida de la confianza que V. acaba de mostrarme, viva seguro de la sinceridad de mis deseos por el cumplimiento de los suyos.» Este cumplido dió bastante á conocer á sir Edmundo cuan distante estaba ella de comprenderle; pero el semblante desmesuradamente frio con que ella le profirió, le dió algunas esperanzas: aquel tono le era tan poco natural á Malvina, que pa-

ra tomarle era preciso que un afecto muy particular la conmoviese ; no quiso él esplicarse mas antes de cerciorarse de ello , y se separaron sin que fuera mas adelante la plática.

CAPITULO XI.

LEVES INCIDENTES.

No malograba nunca sir Edmundo la ocasion de decir una cosa tierna ó grata á Malvina, pero siempre algo encubierta; de modo que ella no veia en esta obscuridad mas que un medio indirecto de que él se valia para dirigirse á miss Melmor; y á la sombra de esta certeza, no rehusaba ella escucharle, hallarle amable, complacerse con él, y tomar el mas vivo interés en todos los elogios y relaciones de Azoleta: sin embargo la saeta entraba mas adentro; ¿tendrá ella fuerzas para arrancarla cuando se desvanezca la quimera de miss Melmor, y

vea ella distintamente que Malvina es la amada prenda?

Rodaba la conversacion una noche despues del té sobre las costumbres del dia y la general corrupcion, cuando fué interrumpida por unas cartas que obligaron á mistriss Birton á pasar á su gabinete. Mr. Prior, cuyo genio era harto inclinado á las comparaciones y máximas, prosiguió la materia de que se habia conversado, diciendo: « De este modo se asemejan los deleites sensuales á un espumoso torrente. — Ah! Dios mio, Mr. Prior! esclamó vivamente miss Melmor, va V. á predicar? tenga V. consideracion con nosotros, por favor, y déjenos aprovecharnos de la ausencia del ama de casa, para platicar sobre cosas menos mortalmente fastidiosas; y al punto se puso á hacer muchas preguntas frívolas á sir Edmundo, que le respondió por el mismo tono.» Mr. Prior se encogió de hombros, y salió: Malvina se pu-

so á leer junto á la chimenea, y miss Melmor permaneció sin chistar, es lo mejor que le era posible hacer.

«Comuníqueme V., sir Edmundo, por cuanto tiempo le fijó á V. la muger á quien quiso mas, le preguntó miss Melmor en el curso de la conversacion. —Muy embarazado me veria para decírselo á V., respondió el mancebo hojeando un libro que tenia en la mano; porque me parece ahora que no he tenido nunca amor ninguno.» A cuyas palabras, continuó Malvina teniendo siempre los ojos sobre su libro, pero sin leer ya. «Qué! repuso miss Melmor, ¿entre todas aquellas á quienes V. lo dijo, ninguna le infundió una verdadera llama? —Quizás su vanidad se lo imaginó, y me lo figuré yo mismo; pero ¿como atreverse á dar el nombre de amor á aquellas llamas eternas que duran escasamente algunos meses? —Puedo creer yo que, en medio de cuantas beldades engalanan las

funciones de Lóndres y Edimburgo ninguna le haya parecido á V. digna de aficion? — Ninguna , á lo menos , me la infundió. — ¿Como es preciso pues ser para agradar á V.? repuso ella refrenando su gozo , y segura de que iba él á decirle al oido : como V. » En vez de esto , abrió el libro que él empuñaba , y leyó con calor el trozo siguiente : « Infinitas mugeres atrajeron mis deseos y aficionaron mi alma ; la melodía de sus voces cautivó mas de una vez mi oido muy atento á escucharlas ; muchas buenas mozas me agradaron , una por esta virtud , cual por aquella ; pero una perfecta beldad no la hallé nunca ; siempre algun defecto envidioso al lado de la mas bella gracia suya destruia sus embelesos ! A ella incomparable , cumplida en todo , la formó el cielo del rasgo mas perfecto de cada una de sus criaturas (1). » Se recargó sobre

(1) Shakespear, en la *Tempestad*.

esta postrera frase, echando una tan tierna y espresiva mirada á Malvina, que esta quedó turbada hasta lo íntimo de su alma; y desde aquel momento vislumbró que si él hubiera tenido un amor real á miss Melmor la hubiera mirado á ella en esta forma.

Esta doncella hizo sin duda la misma reflexion, porque ella puso hocico á todos lo restante de la noche, y á Malvina con especialidad. «Ahora que me acuerdo, Edmundo, le dijo su tia al tiempo que todos se disponian á recogerse, tu nueva vivienda no tardará en estar pronta, y á tu regreso podrás ocuparla.—No, no, respondió él vivamente; guárdela V. para otro, no quiero dejar la mia; está consagrada en lo sucesivo,» añadió con voz baja, y con la vista clavada en Malvina cerca de la cual estaba sentado, á fin de recordarle el momento en que ella habia ido allá. No entendió mistriss Birton las últimas palabras, y se salió di-

ciéndole que él era libre; pero Malvina no habia comprendido sino harto bien al mancebo; y al punto se apoderó una oculta conmocion de su corazon. Distraida, turbada, no pensaba ya en retirarse, cuando miss Melmor martirizada de verla así al lado de sir Edmundo, esclamó atolondradamente: «Si la vecindad de sir Edmundo retiene á madama de Sorcy, creo que él debe estar ufano de esto; porque, desde que ella está con nosotros, es la primera vez que se ha escedido.» Esta reflexion, que no era sino muy verdadera, surtió su efecto en cuantos la oyeron; solo miss Melmor permaneció la misma que antes.

Malvina se levantó algo confusa, y adelantándose para tomar su almohadilla, puso su mano por inadvertencia sobre la de sir Edmundo; la retiró ella muy presto, y se marchaba con precipitacion, cuando al volverse descubrió en el espejo al mancebo que llevaba á sus la-

bios la parte que habia tocado ella. Este ligero movimiento que ella sola echó de ver, aumentó todavía su conmocion; le palpitó el corazon, se le animaron las mejillas; y sorprendida de lo que ella esperimentaba se aceleró á marcharse. Todos la siguieron; pero apenas se hubo alejado el mancebo, cuando miss Melmor esclamó: «No sé que antojo puede aficionar tanto á Edmundo á su habitacion. ¿No seria acaso á causa de que la tiene por muy cómoda para recibir visitas? Qué piensa V. de esto, querida?» añadió mirando á Malvina irónicamente. Indignado Mr. Prior de que se tuviera valor para despertar esta memoria con la intencion de atacar el candor de su amiga, respondió con mas franqueza que hubiera debido hacerlo quizás: «Sí, miss Kitty, debe él tenerla por tal, y no me discurria ver á V. reparar en ello.» Estas palabras desconcertaron en tanto grado á la doncella, que Mr. Prior

estuvo casi arrepentido de haberlas proferido. Ella se sonroseó, titubeó, y tomando el brazo de su madre, que escuchaba bien y casi no lo comprendia, se subió atropelladamente á su cuarto.

Malvina, pasmada y cavilosa, siguió muy despacio su camino, sin oir á Mr. Prior que le daba las buenas noches. Se acostó ella y no durmió; revolvia millares de pensamientos en su cabeza. Mistriss Birton habia mentado la vuelta de su sobrino: iba él pues á partir! ¿Qué significaba aquella singular respuesta de Mr. Prior á miss Melmor? no tenia ella visos de decir que esta doncella frecuentaba á veces el cuarto del mancebo? En efecto ella habia abierto la puerta la noche que Malvina habia ido allá en busca de Fanny. Pero supuesto que una casualidad la habia atraido allá, ¿no podia otra haber conducido allá tambien á miss Melmor? Sin embargo, ¿porqué se habia escapado ella tan pronto, como si

hubiera temido que la vieran? Por otra parte, la respuesta de Mr. Prior significaba mucho. Aunque severo en sus juicios, no era posible reconvenirle de ser totalmente injusto; y si él ponderaba el mal, no le suponia nunca. Pues qué! pensaba Malvina; ¿seria posible que, hasta á la vista de una madre, fuera sir Edmundo capaz de seducir á una doncella sencilla é inocente; que, sin respeto á la que le recibe, ni al lugar en que habita, osara violar las sagradas leyes de la hospitalidad, y las mas santas del honor?... Pero ¿no le pintan así, como un hombre á quien ninguna consideracion sirve de estorbo para darse á sus inclinaciones? Pues que! ¿es pues aquella mirada tierna y sincera un artificio, y un estudio aquella voz, que parece venir del corazon y que llega á él? Ah! si la mentira está formada así, qué verdad puede igualarla?

Mientras que Malvina, entregada al desvelo, se dejaba llevar de estas refle-

xiones, sir Edmundo, en medio del silencio nocturno, escribia la siguiente carta á su amigo:

Sir Edmundo Seymour á sir Cârlos Veymard.

«Si quieres poner fin á la estremada sorpresa que te causa mi prolongada estancia aquí, ven, acelérate; y cuando la hayas visto, si te asombras todavía, no será mas que de la idea que yo hubiera podido apartarme de su lado. Malvina! nombre divino, cuyo hechicero sonido me enternece, me inflama, y hace palpitar mi corazon con el primer afecto de la vida! Malvina! muger angelical en quien el mundo no ve nada que desear, y se pasma de hallar todas las perfecciones y virtudes reunidas! Oh Malvina! ama, es el único rasgo que falta á tus perfecciones, porque solo al amor pertenece engalanar lo que parece no poder serlo.

«Volví aquí, lo sabes tú, Cárlos, im-

pelido de la curiosidad de conocer á esta misteriosa beldad que no habíamos podido vislumbrar en nuestro último viaje; cuanto me habian dicho de ella, enardeció mi imaginacion, y resolví no dejar Birton-Hall antes de asegurarme si su conquista merecia la pena de probarla; pero como el momento podia ser lento en llegar, me discurria que mis Melmor podria ayudarme á tomar paciencia; y como ella se atribuyó á sí mi pronto regreso, no tuve por conducente desengañarla. Kitty es bonita, lo sabes: he tenido lugar de saberlo mejor que tú todavía; y aun te diré que la obligacion en que me he hallado de no ocuparme sino en ella sola durante cerca de un mes largo, me ha hecho descubrir que si ella se esforzara á ser menos fácil, podria ser una criatura harto atractiva; y creo que tendré la caridad de advertírselo en recompensa de su amor, cuando ya no le dé yo valor ninguno.

«Pero estos gustos que hallo junto á ella, unidos á cuantos otras mugeres pueden dar, ¿qué son ellos en comparacion de una sola mirada de Malvina? Malvina me ha mudado, amigo; ella ha despertado en mí unas sensaciones que me eran desconocidas, ha hecho resonar en mi corazon cuerdas mudas hasta ahora. No me acerco al sitio en que ella se halla mas que con el temblor religioso que esperimentamos al entrar en un templo; á su aspecto, depongo todo afecto, todo pensamiento que no fueran dignos de ella; su soplo divino purifica cuanto se le acerca; y mientras que estoy bajo la sombra de sus miradas me siento guarecido contra el demonio. Oh Cárlos! esta persuasiva beldad habla mucho mas á mi pecho que á mis potencias, y aspiro menos á gozar que á ser amado de ella. Sus facciones son hechiceras sin duda ninguna; pero creo que ella seria mas hermosa todavía si fuera posible poner

su alma en su rostro; y mirándola, he dicho á menudo con Dryden: *Contemplad este majestuoso templo: le alzaron celestiales manos; su alma es la Divinidad que mora en él; y el edificio no es indigno de Dios.*

«Ignoro todavía si he movido el corazon de Malvina; pero si lo consigo algun dia, lo sabré mucho tiempo antes que ella, y ella lo sabrá mucho tiempo antes de confesármelo. Esto es cabalmente lo que me gusta y me mueve á quererla mas que á todas las mugeres. ¿Me habria mudado ella si les fuera parecida?

«Sospecho que mistriss Birton ha tenido el oculto designio de impedirme ver á su prima, temerosa, sin duda, de que este conjunto de perfecciones y gracias me fastidiara de su predilecta lady Summerhill; pero á la verdad no me era necesario comparar esta triste beldad con Malvina, para estimar su poco valor, y tener espanto de un yugo que me hubie-

ra sido preciso llevar con ella. Por otra parte, la gratitud con que mi tia intenta sujetarme, asegurándome todos sus bienes, el derecho que por consiguiente ella cree deber tomar sobre mis acciones, y la obligacion que me impone de este vínculo, bastarian por sí solos para hacérmele romper. Tengo un corazon arrogante, amigo, y todos los tesoros de Salomon (con tal sin embargo que no se incluyesen en ellos sus setecientas mugeres) no me moverian á enagenar la mas leve porcion de mi independencia.

«Kitty me embaraza sin embargo; la loquilla mira una simple promesa de casamiento como una obligacion indispensable, y exige imperiosamente que cumpla yo con ella. No porque, habituado á esta especie de notificaciones, me atormentase mucho con las suyas, si yo no temiera que la atolondrada se quejara alzando la voz, y me perdiera para siempre en el ánimo de madama de Sorcy;

porque si esta amable muger estuviera informada de mis relaciones con miss Melmor, su conciencia es tan delicada, que ella seria capaz (aunque me amará) de abrazar el partido de su rival, y renunciar á mí para siempre. Es pues de importancia que ella ignore cuanto pasa; y mi primer cuidado para esto va á ser alejar á Kitty cuanto antes. Me habia ocurrido ciertamente, en caso necesario, el hacerla robar por uno de vosotros; pero he hallado un arbitrio mas decente, y que me sale acertado, y es este: Aparento en presencia de mi tia, y en ausencia de su prima, un tan vivo ardor por miss Melmor, que mi inquieta tia se atemoriza con ello, y que para conservarme puro á lady Sumerhill, va á ocuparse en hallar alguna especie de marido á su pupila. Me lo mentará ella sin duda, haré como que me sujeto humildemente á su voluntad, y de acuerdo con ella pretestaré un viaje la víspera del dia en que

ella dé sus órdenes á su estúpida amiga para el casamiento de su petulante hija. No teniendo la última despues de mi partida ninguno á quien recurrir, y estrechada entre las amenazas de mistriss Birton y un marido, se salvará de las unas al lado del otro... á no ser que se le antoje correr tras mí, cosa de que ella seria muy capaz; pero para impedir su humor vagabundo cuidaré de infundir algunas sospechas sobre este particular á mi tia, á fin de que mande velar sobre ella con severidad: y como quiero que no se trasluzca nada, insinuaré á mi tia que para el sosiego de lady Sumerhill es esencial sepultar el secreto de mis amores en el mas profundo misterio. Seducida con semejante motivo, recomendará el silencio á miss Melmor, con aquel tono que se hace obedecer de los genios débiles, y como el de mi pulida Kitty no tiene nada que desear sobre este particular, quedará atemorizada con la ira de

mistriss Birton ; y no viéndome ya , tomará el marido y callará... Y entonces , oh celestial Malvina mia! volveré cerca de tí , y alcanzaré á puro atenciones , perseverancia y amor. aquel delicioso bién , cuya posesion ha de hacerme superior á todos los monarcas del orbe. Cárlos , cuando contemplo aquella amable inocencia , aquella dulce frescura , aquella beldad sin mancha , imágen de la naturaleza en la primera primavera del mundo (Rowe) , sin duda no me tengo por digno de poseerla ; pero juro al mismo tiempo en lo íntimo de mi alma que ningun otro mas que yo la poseerá nunca.»

DEL REY ARAGONUM · ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS

CAPITULO XII.

SOSPECHAS CONFIRMADAS, PASEO.

Era pues verdad que antes de haber visto á Malvina un instantáneo antojo habia movido al mancebo á hacer algunas tentativas al lado de miss Melmor. Le habian salido ellas bien con mucha mas prontitud que la que esperaba él mismo; porque seducida aquella doncella con la esperanza de tenerle por marido, y salir de la dependencia de mistriss Birton, se habia enardecido á la primera palabra. Temeroso de ser sorprendido en el cuarto de ella, la habia hecho consentir á pasar al suyo bajo el pretexto de platicar sobre su próximo enlace; y estas

frecuentes citas, en las que la ligereza del mancebo y la imprudencia de la doncella no usaban de bastante misterio, habian infundido sospechas á Mr. Prior. No obstante esto, como él no hacia sino concebir sospechas, se habia hecho reprensible en haber dejado vislumbrar sus dudas antes que las hubiera confiado el tiempo; y temeroso de que tambien Malvina las afeara, aguardó impacientemente la hora de levantarse la última, á fin de presentarse en su habitacion.

Hallóla desayunándose con su niña Fanny. Sorprendida, aunque no enfadada, de verle tan de mañana, le convidó á tomar té con ella; y nunca convite hecho con tanta dejadez fué aceptado con mas diligencia. Sentóse al lado de su amiga, á la que descubrió su pecho sobre el motivo que le traia. Aunque Malvina se habia propuesto no hacerle preguntas sobre ello, apenas hubo entablado él esta materia, cuando ella olvidó sus propósitos,

é impelida del deseo de aclarar unas dudas que la interesaban mas de lo que ella misma se imaginaba, le hizo muchas preguntas. Mr. Prior, que hubiera tenido por tan imposible el como culpable ocultarle el menor pensamiento suyo, no puso ninguna dificultad en darle parte de sus sospechas. Al escucharle, se le cubrió de un vivo rubor el rostro á Malvina, que esclamó: «¿Como es posible que el rígido Mr. Prior aguante semejantes flaquezas? como no ha instruido ya á esa doncella, á su madre, á mi prima, sobre lo que ella peligra? como, á lo menos, no ha abrumado con su indignacion al hombre vil que bajo el techo de la virtud no se corre de corromper la inocencia? — No conviene advertir y reprender, respondió él, mas que cuando de ello puede resultar algun bien: pero cuando mis palabras no han de coger fruto ninguno, es preciso entonces dejar obrar á la divina justicia, que permite que los malos tengan su maldad pa-

ra castigarlos, y su disolucion para darles su merecido. Hallábame seguro dirigiéndome á sir Edmundo de que él tomaria á risa mis amonestaciones, y seria con ello mas activo en sus galanteos. Mistriss Melmor es una necia, que no ve mas que con los ojos de su hija, y que, si ella hubiera hecho tan solo atreverse á reñirla, hubiera acabado pidiendo perdon de ello. Mistris Birton, por la desmesurada frialdad de su alma y temperamento, habiendo estado siempre guarecida contra toda flaqueza, se ha formado de una virtud que le es tan fácil la virtud por escelencia; y toda muger sospechada de faltar á la honestidad es mirada por ella como el oprobio del género humano. Si ella tuviera noticia de la conducta de esta doncella, no solamente no se ceñiria á echarla con desprecio, sino que descubriria su deshonra públicamente. En cuanto á miss Melmor, no es sino una bonita muñeca sin regla ninguna de conducta, sin mi-

ramiento, que no carece de talento y destreza, pero que reuniendo un corazon helado con una mala cabeza, seria capaz de escaparse con el mancebo, si ella se creyera sospechada. ¿Cual seria entonces su paradero? Desamparada antes de poco por su seductor, en breve otro le habria substituido; y como no es posible decir en donde se para la que se atreve á dar el primer paso en esta carrera, despues de haber empezado dándose, acabaria vendiéndose quizás, y aumentando con ello el número de aquellas envilecidas mugeres, que se sonrosean al principio en nombre de la virtud, y luego despues no se corren ya de cosa ninguna.—Pero, respondió tímidamente Malvina, ¿porqué no se casaria sir Edmundo con esa doncella?—Porque no le acomoda ella bajo aspecto ninguno. A pesar de los infinitos devaneos del mancebo, su genio tiene lucidos visos, y su alma está llena de nobleza y nervio; pero la de miss Melmor

está desnuda de toda especie de elevacion; veo en ella ya todos los vicios que la flaqueza acarrea consigo, y ninguna prenda que los compense; sus únicos dotes son la hermosura y telento; y me equivoco si en algun dia no sirven ellos para hacerla la mas falsa y perjudicial presumida de la tierra. —Sin embargo, ¿no cree V. que la quiera el mancebo?—Lo aparenta él, á lo menos; pero aunque todo me lo prueba, no puedo concebirlo todavía. El corazon humano es un abismo; y despues de quince años que estoy mirando en él, se me vuelve la cabeza. — Por lo que hace á mí, creo que él la ama con una verdadera pasion. — Desengáñese V., amiga, no cabe en sir Edmundo mas que una fantasía; el hábito de la disolucion ha agotado su corazon; pero aun cuando él fuera capaz de esperimentar una profunda aficion, seria necesaria otra muger diferente de miss Melmor para producir semejante efecto. —Solo conozco una, añadió clavando en

ella los ojos, que reuna cuanto seria menester para esto; pero como la distancia que media entre ellos es inconmensurable, no tendrá él nunca valor para levantar los ojos hasta ella, porque conocerá muy bien que ella no se dignaria bajar los suyos hasta él.»

Se sonroseó Malvina: la última frase de su amigo la habia incomodado en estremo; y para encubrir su turbacion, y huir de toda respuesta, se puso en pie, asomóse á su ventana, volvió á la librería, abrió varios libros, que de nuevo cerró luego; y volviendo á la ventana, dijo: «Creo, Mr. Prior, que, á pesar del escesivo rigor del frio, el sol es tan reluciente, que hará bueno á orillas del lago; no he ido allá todavía, y me dan ganas de aventurar un corto paseo.—No irá V. allá sola, respondió él, y me dará su licencia para ir acompañándola.—Sin duda, dijo ella; y aun voy á hacer á mi prima la propuesta de venir con nosotros.» Al pun-

to pasó á su gabinete, arropóse igualmente que á Fanny, con un vestido aforrado de pieles; y tomando de la mano á su niña, bajó.

Al entrar en el salon, descubrió á miss Melmor en pie delante de una arpa; sir Edmundo, sentado junto á ella, le hablaba bajo y con trazas de animado; y su prima, sentada delante de la chimenea, tenia un libro en la mano; y al mismo tiempo de hacer como que leia, miraba en el espejo cuanto pasaba á sus espaldas, y decidia en su alma la suerte futura de la doncella.

La entrada de Malvina cambió la disposicion de todos los ánimos. Temiendo el mancebo que sus trazas de intimidad con miss Melmor hubiesen infundido sospechas á Malvina, se sintió con una momentánea turbacion, levantóse, se arrimó á ella dejando soltar algunas espresiones de asombro y satisfaccion sobre su inesperada visita; miss Melmor, cruel-

mente turbada con un incidente que rompia una conversacion tan preciosa para ella, saludó á Malvina con una sonrisa amarga y casi sin mirarla; y mistriss Birton, á quien no se le ocultó su despecho, se sintió aliviada de la pena que ella esperimentaba, por lo que acogió á Malvina con mas cordialidad que la de costumbre.

Fué propuesto el paseo, y le aceptó mistriss Birton con una afectada complacencia; sir Edmundo con aquella viva solicitud á que da orígen la vista de una repentina é inesperada dicha: y miss Melmor con aquel descontento vago que parece vaticinar una situacion penosa sin dar arbitrios para evitarla.

Los árboles y los riscos, plagados de témpanos de hielo, y heridos por los rayos del sol, relucian con los mas vivos colores del arco íris; la nieve que cubria la cima de las montañas, centelleaba fuegos tan resplandecientes, que realmente se

deslumbraban los ojos con el aspecto de la campiña. «Al admirar los primorosos efectos del astro que nos alumbra, esclamó Mr. Prior, y al admirarlos particularmente en esas montañas, ¿quien no repetirá conmigo aquella sublime invocacion con que en tiempos antiguos las hizo resonar Ossian? «¡Oh tú, que ruedas por encima de nuestras cabezas, redondo como el broquel de nuestros mayores! ¿de donde parten tus rayos? Oh sol, ¿de donde proviene tu eterna luz? Tú te adelantas con tu majestuosa hermosura: las estrellas se esconden en el firmamento, la luna, pálida y fria, se sumerge en el occidente. Tú te mueves solo, oh cielo! ¿Quien podria ser compañero de tu carrera? Caen los robles de las montañas, los años derrocan estas mismas, el Occéano sube y baja sucesivamente, piérdese la luna en los cielos; y tú solo eres el mismo siempre. Te regocijas incesantemente en tu reluciente curso: cuando el mundo

está obscurecido con las tempestades cuando el trueno rueda y el relámpago vuela, sales de la nube con toda tu hermosura, y te ries de la tempestad (1).» Mientras que recitaba Mr. Prior este trozo con entusiasmo, Malvina, embebida con las cavilaciones, pensaba en el embarazo que habia causado á sir Edmundo el verla entrar en el salon. Estaba seguramente muy remota de llevar á mal su inclinacion á miss Melmor; ¿pero á qué fin temer el dejarla parecer en presencia de ella? Querria él pues engañarla tambien? Su grandeza de ánimo se indignaba á la idea de ser objeto de semejante empresa, y se prometia ella ciertamente por medio de su estremada sequedad para con el mancebo, quitarle desde los primeros instantes toda esperanza de logro. No es esto todo, sino que buscaba ella en su mente algunos motivos para despreciarle, y ha-

(1) *Ossian*, poema de Carthon.

cia un paralelo entre él y Mr. Prior, todo en beneficio de este. Seguramente si los dos sugetos que eran el blanco de sus reflexiones hubieran podido adivinar lo que ocurria en su ánimo, Mr. Prior hubiera quedado contento con su porcion; pero si hubieran penetrado hasta lo íntimo del alma, no le hubiera descontentado á sir Edmundo quizás la suya. Sin embargo los oia ella ventilar, y sus opiniones la confirmaban en su juicio. «Porqué exige V., decia el mancebo, que se muestre á los hombres poderosos el desprecio que nos infunden, cuando por medio de su valimiento uno puede ser útil y servir á sus semejantes? Esa dura franqueza que V. ensalza, no serviria mas que para entregarlos á los aduladores que los rodean, y quitar á los hombres honrados todo arbitrio de hacer bien. — Pues qué! habia interrumpido vivamente Mr. Prior, cuando el trapacero pudiente, y el bribon enriquecido se vean acogidos por el hom-

bre de bien , ¿no tendrán fundamento para creer que han obrado bien en sacrificarlo todo á la fortuna? Disimulándoles el menosprecio que ellos infunden, ¿no les dan nuevas alas para el vicio , y no se fomentan los que titubeaban en imitarlos? No , no , el que conoce toda la majestad del nombre de hombre no profanará jamas su distintivo característico; y quien se atreve á transigir con la virtud, da derecho para decir que él no la conoció nunca. —Qué tremenda condenacion! repuso el mancebo sonriéndose. ¿Sabe V., Mr. Prior, que si uno juzgara á los hombres con arreglo á las rígidas máximas de V. habria tan escaso número de elegidos , que correríamos peligro de aburrirnos sobremanera en el paraiso?—Confieso, dijo entonces Malvina, que las ideas de Mr. Prior son algo severas, pero las comparo á lo que Sterne dice de sus sermones ; son húsares que sacuden airosamente un golpe á la derecha é izquierda,

y que vemos siempre servir de auxiliares á la virtud.

Interrumpió en aquel momento la conversacion el aspecto de un hombre que dejó verse en un alto de la montaña. Parecia de edad, y lo incierto de su andar podia hacer presumir que era ciego. «Esa venerable planta, esclamó Mr. Prior, esa barba argentada, ese andar incierto, y hasta ese palo que le ayuda á falta de sus ojos; todo ello me recuerda en ese anciano la imágen de Osian: así erraba él en estos mismos sitios antiguamente. Ah! ojalá me hallara con colores aquí para fijar esa soberbia cabeza en el lienzo! — Ese desdichado tiene mil precipicios á su lado, repuso el mancebo; las peñas están resbaladizas, él no las ve; creo que vale mas darle auxilio que trasladarle al lienzo. «Y al proferir estas palabras, se arrojó á la montaña, por la que trepó ligeramente, pero no sin peligro á causa del aguanieve; y al cabo de media ho-

ra se dejó ver al lado del anciano montañés. Le vieron tomarle del brazo guiarle con tiento, culebrear sosteniéndole todos los circúitos de la montaña, y tomar con él un camino opuesto, en que la distancia los robó de la vista luego. Mistriss Birton, despues de haber aguardado por algun tiempo, y viendo que no volvia su sobrino, tomó de nuevo el camino de su palacio. Este espectáculo no se habia perdido para Malvina; el generoso arranque del mancebo la habia conmovido vivamente, y de vuelta iba pensando que la teórica y práctica de la virtud no se hallaban quizás siempre reunidas, y que los que mas la mentaban podian ciertamente no ser los que mejor la ejercitaban.

CAPITULO XIII.

INQUIETUDES, VUELTA.

En balde aguardaron á sir Edmundo para comer, porque no pareció. Todos estrañaban su dilatada ausencia; y Malvina por la primera vez no subió á su cuarto al levantarse de la mesa. Estaba desasosegada, y lo estuvo mas todavía al ver que el dia declinaba. Finalmente, luego que las horas siguiéndose unas á otras hubieron robado toda esperanza de volver á ver al mancebo antes de la noche, no supo ya Malvina refrenar sus temores. El tiempo estaba tan frio, los caminos tan peligrosos; quizás se habia estraviado sir Edmundo, quizás carecia

de todo refugio ; ¿porqué no se enviarian algunos criados con hachones para llamarle, buscarle y socorrerle? «Está nevando con mucha fuerza, le dijo Mr. Prior ; ¿en donde hay valor para enviar afuera los hombres tan á deshora? — Y como tener él de dejar á sir Edmundo espuesto á toda la inclemencia de una trabajosa noche? esclamó Malvina. Habrá conducido quizás muy lejos á ese anciano ; habrá vuelto tarde ; le habrá cogido la obscuridad en el camino ; va á arrecirse de frio ; quizás en este instante no tiene una roca en que guarecer su cabeza ; quizás no halla abrigo ninguno contra el ímpetu de los vientos ; quizás va á sepultarle la nieve ; ¿es preciso por ventura que hombre tan generoso perezca víctima de su beneficencia? »

Al hablar de esta forma Malvina , estaba conmovida y agitada , aun le corrian algunas lágrimas á lo largo de las mejillas. Movido de su inquietud Mr. Prior ,

se acercó á ella y le dijo: «Estoy pronto á obedecer á V.; ¿desea V. que reuna yo á todos los sirvientes del palacio y vaya al frente suyo en busca de sir Edmundo? Dígnese V. darme sus órdenes. —Ah Mr. Prior! respondió ella con viveza, me equivoco sobremanera, ó sir Edmundo no las hubiera aguardado para ir en socorro de V.» Cruelmente ofendido Mr. Prior de semejante respuesta, no salia por ello menos para cumplir las intenciones de Malvina, cuando le detuvo mistriss Birton, diciéndole: «Sin la estraordinaria conmocion de mi prima podria asombrarme quizás de ver á Vds. uno y otro disponer de mis sirvientes sin anuencia mia; pero al mismo tiempo de escusar á Vds., denme su licencia para oponerme á un desatino que podria hacer sufrir mucho á mis criados, sin ser de utilidad ninguna á mi sobrino. Es menester creer que él no habrá tenido la imprudencia de esponerse á volver tan tar-

de, y que se habrá resuelto á pasar la noche en una cabaña de las montañas. —Lástima es, Señora, repuso Malvina con amargura, que V. no haya hablado así esta mañana, y persuadido á su sobrino *que era menester creer* que el anciano hallaria su camino por sí solo enteramente; quizás algun precipicio se le hubiera tragado, pero esto no hace nada: gracias á una tan prudente reflexion, no hubiera peligrado de modo ninguno su sobrino de V. —Querida, repuso mistriss Birton con ironía, despues de haberla contemplado por un instante con silencio, ¿de qué sirve ese arrebato de ternura? no ha manifestado V. harto que es tierna, y con demasía? No necesitamos de nuevas pruebas. —Pues, qué! interrumpió Malvina con calor, es V. quien en semejante momento cuando la vida de un hombre, de su sobrino, peligra quizás, supone que una puede ocuparse en sí! —Dios mio, querida! repuso mistriss Birton, ¿no sa-

bemos acaso que hay gentes que nunca se pierden de vista? —Sin duda que sí, las hay, añadió Mr. Prior, y no alcanzo como madama de Sorcy puede dudarlo todavía.»

Este discurso, cuya intencion no se le ocultó á mistriss Birton, la ofendió cruelmente; é iba iracunda á responder á él, cuando por una rápida presencia de ánimo conoció que el enfadarse de semejante dicho era confesar casi que era relativo á ella; y no queriendo aparentar admitir la probabilidad de semejante esplicacion, se aquietó con esfuerzo, y respondió con dulzura: «Puede ser, querida Malvina, que yo haya sido injusta; pero cuando tengo mas motivo que ninguno para estar con zozobra, supuesto que ninguno aquí quiere tanto como yo á mi sobrino, me parece cosa intempestiva que V. quiera hacer como que me indica lo que me toca obrar, y que note V. de fria prudencia una repulsa que la huma-

nidad sola me prescribe. —La humanidad! esclamó Malvina asombrada. —Seguramente, prosiguió mistriss Birton; porque ¿con qué título iria yo á sacrificar muchas personas á uno solo? por obligacion sacrifico pues el deseo, el imperioso deseo de enviar mis criados al socorro de sir Edmundo; y crea V., querida Malvina, que ninguno me hubiera llevado la delantera en este impulso, á no haber conocido la necesidad de resistir á él.»

En el fondo, mistriss Birton no pensaba ni una palabra de lo que ella decia. Si la idea de hacer volar al encuentro de su sobrino le hubiera ocurrido la primera, la hubiera ejecutado ella inmediatamente, la hubiera mentado con énfasis, se hubiera sobresaltado con esceso; pero el abrazar semejante consejo era confesar que otra se habia conmovido mas vivamente que ella, y no podia consentir mistriss Birtou en esto.

Era muy tarde, cuando se separó la

compañía. Malvina se subió á su cuarto, asaltada de las mas vivas zozobras. Mandó acostarse á su doncella, y se quedó sola al lado de la lumbre. La tenia despierta el desasosiego, y la agitacion le robó toda facultad para ocuparse. Atemorizada de la violencia del viento que hacia crujir sus ventanas, se levantaba, miraba que tiempo hacia, y veia caer copazos de nieve; se figuraba que esta cubria ya la tierra hasta la altura de dos pies á lo menos, y que el mancebo quedaria hundido bajo de ella. Los torrentes, que bramaban á lo lejos, le parecian gritos lastimeros; y el siniestro graznido de los buhos, llamadas dolorosas. Lloraba, y elevando fervorosa sus manos, pedia al cielo que velara sobre él, y le preservara de todo peligro. Malvina, aunque inquieta hasta este estremo, lo tenia por cosa tan natural, y comprendia tan poco el sosiego de los otros, que tan lejos de entrar en sí misma y consultarse sobre la

causa de una tan viva agitacion, no dudaba de que cualquiera otra persona que se hubiese hallado en la posicion de sir Edmundo la hubiese interesado en el mismo grado, y llevaba razon quizás; hay almas en quienes habla tan recio la voz de la humanidad, que aun la de la ternura no podria hacerse oir mejor en ellas.

Era de dia hacia ya una hora, y Malvina, quebrantada de agitacion y cansancio, se habia tendido en una silla larga, en que un ligero sopor acababa de cerrar sus párpados, cuando oyó resonar la campana de entrada en todo el palacio. Se pone al punto en pie, sálese precipitada del cuarto para asomarse á una ventana que caia al patio, y la primera cosa que ella descubre es sir Edmundo cubierto de nieve, y rodeado de todos los criados del palacio, que parecian hacerle preguntas con tanta curiosidad como interés. Al verle ella gritó de alegría; y volviéndose

bien presto á su cuarto, se siguió el enternecimiento á la inquietud, y con los ojos llorosos dió gracias al cielo por haberle salvado.

De allí á unos instantes sin embargo, el ruido que hubo en el palacio, y las confusas voces de su prima, de Mr. Prior y de miss Melmor, habiéndola cerciorado de que se hallaban todos reunidos al lado del mancebo, la turbó la idea de ir á reunirse con ellos; la memoria de la inquietud que ella habia manifestado la hizo sonrosearse, y se sintió confusa de ir á la presencia de los que habian sido testigos de ella. Por otra parte, temia que las habladurías de mistriss Melmor y su hija revelasen á sir Edmundo cuanto ella habia padecido en su ausencia; no porque ella sospechara todavía que hubiese mas que una inclinacion ordinaria en lo que esperimentaba; sino que el mancebo juzgaria sobre ello de otro modo; decian que era presumido, y era de temer que él caye-

ra en error sobre la causa de su inquietud. Mientras que Malvina reflexionaba, se abrió de repente la puerta de su cuarto, y se presentó sir Edmundo con los vestidos mojados y desaliñados, descolorido y fatigado el rostro, pero los ojos animados y relucientes con cuanto la esperanza tiene de mas vivo, y la ternura de mas dulce. «¿Y bien, Señora, esclamó, no me han engañado? seria verdad que se hubiese interesado V. en mi suerte, y que su alma generosa se haya dignado ocuparse en mí? Esta esperanza, que yo estaba tan remoto de osar concebir, me ha hecho olvidar todas mis penas haciéndomelas queridas: ah! no se niegue V. á confirmarla; oiga yo de los labios de V. que he estado presente en su pensamiento y he sido objeto de su piedad.» Al proferir estas palabras con la mayor viveza, habia cogido la mano de Malvina, y clavaba sus ojos en los de ella con una tierna solicitud y un ardor que

la hizo sonrosearse. Sorprendida, conmovida é incierta, respondió vacilante: «Seguramente he estado inquieta.... ¿quien no lo hubiera estado?... hacia una noche tan horrenda!... — Seguramente, sir Edmundo, esclamó mis Melmor acudiendo sin aliento, no se ha dejado V. decir dos veces que vaya á tranquilizar á madama de Sorcy: ahora bien, ¿ha sido ella muy patética en la relacion de su inquietud?... Pero, á la verdad, añadió ella al ver que no estaba deshecha la cama de Malvina, creo que ella no se ha acostado; en la realidad no puede llevarse mas adelante la inclinacion. Dios mio, querida, qué mudada está V.! qué ojeras! no tiene V. hoy asomo ninguno de bonita.—Ah! esclamó el mancebo enagenado, y mirándola con un enternecimiento que él no podia contener, nunca me ha parecido á mí tan hermosa.» Confusa Malvina, tartamudeaba algunas frases... su inquietud habia sido como la de

los demas... la ponderaban mucho... Pero picada miss Melmor de la preferencia que el mancebo daba á Malvina, tiraba á vengarse de ello abrumando á la última con mordaces chanzas; remedaba harto graciosamente su acento, y trataba con destreza de dar á sus discursos unos visos de ridiculez que la hicieran menos amable en el concepto de su amante; y quizás hubiera conseguido este fin, si la esperanza de ser amado de Malvina no hubiera embebido enteramente todos los pensamientos del mancebo. El empacho que ella esperimentaba, su turbacion y encendimiento eran un delicioso espectáculo para él, y del cual gozaba deleitosamente; pero como con el amor real se habia introducido la delicadeza en su corazon, no queria ya mas un gusto comprado á espensas de la que él amaba; y encerrando su alegría en el pecho, se aceleró á dejarla sin parecer notar su turbacion, y rogándola de disimular la libertad que él se habia to-

mado de entrar tan de golpe en su cuarto.

Durante algunos dias se formó miss Melmor un maligno gusto de causar empacho á Malvina, volviendo á tocar esta materia; pero el mancebo la apartaba con tanta modestia y arte, que Malvina no podia menos de notarlo, y de agradecérselo en lo íntimo de su corazon. Un dia en que de nuevo acababan de mentarlo, y habiendo alejado la casualidad á todos del salon, se aprovechó Malvina del momento en que se veia guarecida contra las zumbas para preguntarle algunas particularidades sobre este suceso, y si era verdad que él habia andado una parte de la noche. «Sí, le respondió él; la nieve y la tempestad no eran capaces de detenerme cuando me volvia yo aquí; hube de sacrificar el gusto de estar al lado de V. á la necesidad que un infeliz tenia de mí; pero para volver á V. un instante mas presto puede arriesgar uno su vida. No tuvieron estas palabras la traza de un

cumplido, y no eran uno, pues el mancebo estaba penetrado de lo que estaba diciendo. La memoria sin embargo de miss Melmor impedia á Malvina el creerlo, y suspiró de que tenia visos él de confundirla con todas las mugeres, dirigiéndole aquellos cumplidos ponderativos de que él mismo se acusaba ser profuso con ellas. No se le escapó este suspiro al mancebo, el cual miró con afectuosa inquietud á Malvina, haciendo por adivinar su silencio. «¿Qué pensamiento trae ocupado el ánimo de V. ? le preguntó él. Ah ! si me fuera acordado leer en su pecho de V. !—¿Y qué veria V. en él, repuso ella sino luto y tristeza? triste de mí ! cuanto mas conozco el mundo, tanto mas percibo lo estenso de la pérdida que hice. Hubo un corazon tierno y sincero, sir Edmundo, uno solo, sin duda, que la mentira no manchó nunca; el cielo le presentó temprano á mis miradas, y supe amarle al empezar á vivir. Reinaba en el

alma de Clara la franqueza y pureza; parecia que se habian refugiado todas las virtudes allí; y al perderla, como la Eva de Milton echada del Eden, bajé á una tierra desgraciada, y desencantada por penosas comparaciones.—Ah! repuso el mancebo con emocion, ignora V. pues que hay otro Eden diferente del de la amistad, millares de veces mas dulce, mas hechicero, y tan superior al suyo como la felicidad lo es del descanso.—Aun cuando lo creyera yo, replicó ella esforzándose á sonreirse, no seria mas dichosa por ello, supuesto que juré no entrar nunca en él.—¿Y piensa V., repuso él, que la ate á V. un juramento que la naturaleza reprueba? Fué V. culpable en prestarle, y lo seria mucho mas en cumplirle.—No hablemos mas de esto, interrumpió ella; es una materia sobre la que no entiendo de chanzas, y que es muy grave para V.—¿Y supone V., Señora, que no me es posible ser serio á

veces? Me atreveria á afirmar que, á pesar de la ligereza que me atribuyen, hay cosas que pueden conmoverme mas profundamente que á otro quizás. » Respondió sonriéndose Malvina que era preciso entonces dar el parabien de ello á miss Melmor. « Miss Melmor? interrumpió el mancebo asombrado; ¿porqué miss Melmor? qué relacion puede haber entre nosotros dos?—Pero pienso que no me toca á mí comunicárselo á V.—Veo, Señora, repuso él gravemente, que me han calumniado cerca de V.—Calumniado, sir Edmundo! ¿No tiene esa calumnia todos los visos de la verdad, cuando le suponen á V. atraido y seducido por las gracias de una doncella muy hechicera? —Sin querer quitar nada á los atractivos de miss Melmor, Señora, diré á V. que si durante mi mansion aquí hubiera sido ella quien me hubiese fijado, seria yo casi despreciable en mi propio concepto. Yo querer á miss Melmor, ah Dios!

todo mi corazon se rebela contra seme-
jante acusacion. —No obstante eso, aña-
dió Malvina con nueva sonrisa, creo que
es V. el único aquí que dude de ello.
—Sentiria yo mucho que miss Melmor
lo creyera, Señora; pero menos que si
lo pensara V. misma. ¿Tendré valor para
preguntar á V., Señora, si ha notado V.
la inclinacion á esa doncella que me su-
pone? —No, Caballero; y sin duda no
habria pensado yo en ello si no lo men-
taran todos. —Y esos todos son, Señora...
—Con escasa diferencia cuantos ven á V...
—Por lo demas, añadió ella, no sé por-
que se justifica V. como de una culpa
de un afecto tan natural. Miss Melmor es
bonita, amable, su genio es alegre y vi-
vo como el de V. —Sí, Señora, interrum-
pió de nuevo el mancebo, no ignoro que
á menudo me han reconvenido de ser ale-
gre hasta la locura; pero crea V. sin em-
bargo que tengo en el alma lo que con-
viene para no serlo siempre.»

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONIÆ

Y esta es cabalmente la oculta causa que, sin saberlo Malvina, la habia avasallado invisiblemente. Mientras que ella discurria no tener que temer cosa ninguna de sir Edmundo á causa de la oposicion de sus índoles, no habia previsto ella cuanto atractivo tiene para una muger tierna un espíritu habitualmente alegre que ella sabe volver serio, un genio ligero que ella sabe asentar.

Este giro que la conversacion habia tomado empezaba á llenar de confusion á Malvina. En lo restante de la velada estuvo cavilosa, y todavía mas en el siguiente dia. Se pierde ya á lo lejos la memoria de su amiga: se suspenden sus pesares; su sangre, mas agitada, se dirige hácia su corazon; para todo carece ya de pensamientos menos para un objeto; de él está enteramente poseida sin sospecharlo todavía; y no lo echará de ver, sino cuando los primeros tiros del dolor le den á conocer un mal millares de ve-

ces mas acerbo que cuantos tiene padecidos. La desventura querrá entonces eximirse de él, y no será ya tiempo: porque el amor, esta potestad halagüeña y dominante, avasalla con un atractivo invencible y tan dulce, que estamos sometidos antes de haber pensado en defendernos; arrastra con tanta velocidad, que á menudo estamos al cabo de la carrera cuando nos discurríamos con libertad para no entrar en ella, y escoge siempre para ostentar la estension de sus fuerzas el momento en que carecemos ya de ellas para resistirle.

¿Quien podria desengañar á Malvina sobre la inclinacion que ella esperimentaba? la esperiencia? ella no la tiene. ¿La amistad? miladi Sheridan no vive ya, y Mr. Prior no puede substituirla. Fuera de que, en semejante situacion, la amistad de los hombres tiene siempre trazas interesadas, no tienen ellos aquel delicado tino que preve lo que se querria

decir, que adivina lo que no se tiene valor de confesar, y desengaña sin causar nunca rubor. Por otro lado, Mr. Prior no supone posible que el amor pueda nacer entre Malvina y sir Edmundo; sus genios tienen tan escasa conformidad, que cuanto mas profundiza lo que los compone, tanto mas ve lo que los separa. La una es tan constante, y el otro tan voluble! el uno trata con tanta ligereza lo que la otra mira como de tanta monta! Sir Edmundo no quiere mas que gusto, Malvina no exige mas que ternura; un momento de paso es cuanto le es necesario al primero; la vida entera de la otra le bastaria escasamente á la necesidad del corazon. ¿Podemos sentirnos atraidos en donde no hay conformidad ninguna? y queremos lo que no entendemos? Esto pensaba Mr. Prior; pero ignoraba que si el amor trae su orígen de la simpatía, tráele tambien de los contrastes, y que él se recrea con frecuencia en

reunir con los mas estrechos vínculos á los que la naturaleza parecia destinar á no juntarse jamás.

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONUM

CAPITULO XIV.

GALANTEO DESCUBIERTO.

Rarisima vez se hallaba sir Edmundo solo con Malvina. Esta última, aunque mucho menos solitaria, dedicaba sin embargo parte del dia á la educacion de Fanny; y cuando bajaba al salon no dejaban nunca su prima y miss Melmor de hallarse allí. Si un testigo indiferente sirve de embarazo al afecto, ¿cuanto mas embarazoso no será un testigo interesado? La inquieta ambicion de mistriss Birton y la zelosa curiosidad de miss Melmor vigilaban todos los movimientos del mancebo, y daban una maligna interpretacion á los de Malvina. Si

la última por acaso se hallaba colocada junto al primero, una mirada de mistriss Birton la hacia correrse de ello. Si el mancebo no malograba una ocasion de decirle dos palabras, introducia miss Melmor su cabeza en medio de ellos para escuchar la respuesta. No pensando Malvina tener secreto ninguno que decir, miraba con indiferencia esta especie de acecho; y no obstante esto, sin hacerse cargo del motivo, bajaba cada dia mas pronto. se retiraba mas tarde, y no huia de las ocasiones de hallarse sola con el mancebo. Seguramente, no decia ella entonces mas que lo mismo que hubiera dicho en presencia de los demas; pero puede presumirse que no era con el mismo tono. Sola con el que una quiere, sin recelarlo toma otro acento; sin recelarlo halla con una sola mirada el medio de dejar adivinar su pensamiento sin confesar su secreto. Pero esta misma fisonomía, cuya espresion es entonces tan dul-

ce y cómodo olvidar , delante de un tercero la tememos como á un delator , y agregamos el temor de dejarla ver á la pena de reprimirla.

Sir Edmundo sin embargo sufria impacientemente la tiranía que su tia y la doncella ejercian sobre él. Poco habituado á vencerse , y menos todavía á violentarse al lado de una muger que era de su gusto , la obligacion de disimular su inclinacion á Malvina se le hacia mas y mas insoportable , y resolvió desembarazarse cuanto antes , sino del testigo mas incómodo , á lo menos del mas perjudicial. Por otra parte , su fin era cautivarse el amor de Malvina ; para lograrlo era lo esencial alejar á miss Melmor , á la que habia hecho agravios , dándosele poquísimo despues de la ira de su tia , que no tenia que reconvenirle de ninguno.

En su consecuencia , como el ardor que él habia simulado por miss Melmor en ausencia de Malvina no habia pro-

ducido al lado de su tia todo el fruto que se prometia de ello, porque ella tenia suficiente tino para conocer que por aquella parte no debia concebir los mayores recelos, sugirió á la doncella tanto espíritu de altivez é independencia, que la tiranía de mistriss Birton no podia sobrellevarle por mucho tiempo. Esta doncella, envanecida con las atenciones del mancebo, no dudando de que él acabara tomándola por muger suya, é incitada por sus consejos, no usaba ya de miramiento con la vanidad de mistriss Birton, y despreciaba su autoridad con toda la arrogancia de uno que se tiene por seguro de su acierto.

Mistriss Birton hubiera dejado de ser ella misma si la humillacion de miss Melmor no hubiera sido indispensable para la paz suya. No temia precisamente que su sobrino quisiera casarse con ella, sino que esta doncella parecia contar con ello, y la insufrible soberbia que seme-

jante idea le infundia no podia tolerarse por mistriss Birton ; por lo mismo se resolvió ella á poner fin á esto. Con ayuda de un mediano dote, le halló muy en breve un marido ; y llamando aparte á mistriss Melmor, le declaró en presencia de su sobrino que era preciso alcanzar el consentimiento de su hija para este casamiento , ó determinarse una y otra á salir de su palacio. Esperaba sir Edmundo ciertamente este fruto de sus solicitudes ; pero no contaba sin embargo con cogerle tan presto ; por lo mismo le sorprendió agradablemente la declaracion de su tia ; y aparentando encubrirle su turbacion , inclinó el rostro sobre sus manos para ocultarle su alegría.

Mistriss Melmor , á quien su hija habia persuadido que ella iba á ser ladi Seymour, se quedó enteramente cortada con la proposicion de mistriss Birton. Miraba al mancebo, y se pasmaba de su silencio; las escasas facultades que ella poseia,

se anonadaban á la vista del descontento impreso en los ojos de mistriss Birton: y atada su lengua por el temor, no podia articular respuesta ninguna. Su amiga, poco acostumbrada á verla vacilante cuando ella habia hablado, le reiteró sus órdenes con mas severidad; y haciendo mistriss Melmor un esfuerzo, le dijo tartamudeando: «Me discurria, querida... suponia... á la verdad me habia figurado que destinaba V. mi hija á su sobrino. — Que miss Melmor haya tenido la vanidad de aspirar á ello, respondió desdeñosamente mistriss Birton, es cosa difícil de concebir; pero es inaudito que ella haya logrado hacer á V. participante de su desatino. Por lo demas, se halla presente sir Edmundo, que él se esplique. A fin de facilitarle los medios de ello he querido hablar á V. delante de él: pero le prevengo que si es capaz de renunciar por un antojo de un dia al provechoso casamiento que le aguarda,

no tienen que esperar nunca nada de mí él ni su hija de V.

Sir Edmundo en cualquiera otra situacion se hubiera indignado de esta amenaza , y en ella no hubiera visto sino un motivo de aficionarse mas á la que hubieran creido quitarle por semejantes medios ; pero correspondian mucho las órdenes de su tia con sus miras para que rehusara obedecerlas ; y declaró formalmente que él renunciaba á sus pretensiones sobre la voluntad de miss Melmor. —¿ Porqué dijo V. á mi hija que se casaria con ella? esclamó mistriss Melmor colérica , porqué haberla movido á ir á su cuarto de V. ? era pues para abandonarla despues de haberla seducido?»

El mancebo quedó confundido al ver á mistriss Melmor instruida de este galanteo , y descubriendo así la deshonra de su hija á los ojos de todos ; pero mistriss Birton censuró vivamente esta confesion , y preguntó indignada lo que sig-

nificaba aquella acusacion, y si era posible que la hubiesen ultrajado hasta el grado de profanar el sagrado de su casa, convirtiéndola en asilo de un vergonzoso galanteo. «No, no, respondió mistriss Melmor; mi hija no tiene nada que echarse en cara; lo cual es cosa segura, pues ella me lo ha dicho; sino que afeo á sir Edmundo el haberla atraido á su cuarto para platicar juntos sobre los aprestos de su casamiento antes de haber logrado el asenso de V. para casarse con ella. ¿No halla V. que me asiste la razon, querida? —Confiesa V. que su hija ha tenido la imprudencia de ir á verse con mi sobrino en su cuarto, interrumpió mistriss Birton alzando la voz á proporcion que hablaba; ¿y duda V. todavía de que su hija está perdida, deshonrada, y que no merece respirar un instante mas al lado mio? —Ah, Dios mio, querida amiga! replicó mistriss Melmor trémula; le aseguro á V. que me atemoriza mucho; sin

embargo deme V. su licencia para decir. le , que si una estuviera perdida por encerrarse con un hombre , ignoro lo que convendria pensar de madama Sorcy. A este nombre, sintió sir Edmundo agitarse toda su sangre con violencia , y una especie de involuntario espanto le impedia hablar, cuando esclamó su tia : «En nombre de Dios , esplíquese V. ! ¿ qué pasa? Seria posible que mi prima... mi propia sangre... á mi vista... con aquellos visos de inocencia !... No , no , no me es posible creerlo. — No puedo decir precisamente que madama de Sorcy sea culpable, repuso mistriss Melmor; pero sé bien que todas las mañanas pasa á su cuarto Mr. Prior , que está allí dos horas á lo menos , y que tienen trazas de hallarse muy bien juntos. No conviene fiarse siempre en aquellas trazas melosas de madama de Sorcy ; y no me estrañaria de que ella con sus bellas frases hubiese robado el corazon de sir Edmundo á mi hija ; pero

el cielo es justo, y espero vivir por bastante tiempo para verla abandonada á su vez.»

Mistriss Birton permaneció silenciosa por un momento; pero dando despues un profundo suspiro, dijo: «Es pues verdad que el ejemplo de la virtud queda sin efecto! Habia creido yo que mi proximidad debia dejar corridos al vicio é indecencia, infundir amor á la honestidad y buenas costumbres: pero, estoy viéndolo, ninguna cosa está guarecida en adelante contra la corrupcion general; y solo entrando en mí misma puedo creer todavía en la virtud.» Sir Edmundo, que hacia poco caso de la de su tia, esperaba impaciente que su frase se acabara, para preguntar á mistriss Melmor con qué pretexto iba Mr. Prior diariamente al cuarto de madama de Sorcy. «Sostiene, dijo ella, que es para darle lecciones (sabe Dios de qué): en cuanto á mí, no decido nada sobre lo que entre ellos pasa; soy buena,

y prohibe Dios murmurar del prójimo. —Creo muy bien , con efecto , repuso el mancebo conmovido , que con tan despreciables motivos ninguno se tomaria la libertad de vulnerar la reputacion de madama de Sorcy;» y al hablar en esta forma , despedazaban los zelos su corazon ; porque desgraciadamente las inclinaciones que él habia tenido , y las elecciones que habia hecho hasta aquel dia , no habiéndole acercado mas que á unas mugeres ligeras y flacas , dudaba que las hubiese virtuosas ; y esta duda alcanzaba á Malvina misma ; pero aunque no podia menos de inquietarse de su estrechez con Mr. Prior , no hubiera soportado que otro mas que él osara mostrar los mismos temores. Asombrada mistriss Birton de la vehemencia con que se espresaba su sobrino sobre este punto , le dijo : «No sé , Edmundo , porque intentas ensalzar tanto la honestidad de madama de Sorcy; confieso que su edad y el carácter de

Mr. Prior la hacen mas escusable que á miss Melmor: es culpable sin embargo por tener contra sí las apariencias, y cuidaré de avisárselo. En órden á su hija de V., querida, prosiguió volviéndose hácia mistriss Melmor, consiento á causa de V., y en favor de nuestra dilatada amistad, en no profundizar este vergonzoso secreto; pero que ella no esté vacilante en obedecer, porque se arrepentiria toda su vida de haber sido rebelde á mis preceptos.

Aseguróla mistriss Melmor de las trazas mas sumisas, y perfecta obediencia de su hija; y temiendo sir Edmundo el estrépito de las reconvenciones de la doncella, si ella podia hacérselas, resolvió alejarse prontamente, y dijo en su consecuencia á su tia que para evitar los pesares de una y otra parte, se ausentaria él hasta que esta triste ceremonia estuviese acabada. Mistriss Birton no fué la burla del semblante contristado que él

afectó al proferir estas palabras; miróle con un aspecto de duda; pero gozosa de verle partir, cualquiera que fuese el motivo suyo, quedaron acordes en que no se mentaria cosa ninguna á la doncella hasta despues de partido Edmundo, cuya salida se fijó para el siguiente dia.

Se retiró el mancebo á su cuarto, entregado á la mas penosa agitacion. Le era insoportable la intimidad de Malvina y Mr. Prior; hubiera querido conocer la causa suya, y sobre todo el efecto, á fin de poder juzgar del gusto que Malvina hallaba en ello. No precisamente porque concibiera un pensamiento injurioso á ella, sino que el mas leve impulso de su afecto para con otro le parecia un robo imperdonable; queria ser el único que ocupara su imaginacion, que hiciera palpitar su corazon; hubiera estado zeloso de miladi Sheridan, si ella hubiera vivido, lo estaba casi de su memoria, y hubiera dado la vida para instruirse so-

bre las ocultas ideas de Malvina ; sin embargo , por efecto de una soberbia que habian alimentado sobresalientes y numerosos triunfos , desde el instante que él concebia dudas sobre el afecto de una muger , se hubiera desdeñado de confesar un amor que él no hubiera estado seguro de ver correspondido : por lo mismo los zelos podian ciertamente martirizarle , pero no precisarle á quejarse ; y si á veces habia dejado penetrar los suyos , era como á su pesar , y en unos instantes en que la voz de la naturaleza era mas fuerte que la de la vanidad.

Seguramente el afecto que le infundia Malvina no se asemejaba en nada á cuantos él habia esperimentado hasta entonces ; pero por mas poderoso que era , hubiera sabido contener la declaracion suya , si la dulce conmocion que leia él en las miradas de aquella á quien amaba no la hubiera hecho esperar que ella le escucharia sin dificultad ninguna.

Aguardaba con impaciencia el momento de esplicarse mas claramente, cuando mistriss Melmor vino á atajar el vuelo de su ternura, y le decidió á no descubrir su pecho antes de haber visto por sí mismo si esta acusacion era fundada, y si la hallaba tal, si otro habia podido por un solo instante equilibrarle en el corazon de Malvina, se prometió no olvidarla, sino no hacer nunca de ella su muger.

DEI GRA REX ARAGONIM · ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS

CAPITULO XV.

LA VISPERA DE LA PARTIDA.

Por la noche, todos se reunieron junto á la mesa de té. Ocupada mistriss Birton en el gusto de ajar á miss Melmor con su casamiento, y en el temor que le causaba Malvina, cavilaba de que modo le seria posible lograr desembarazarse de la última tambien. Mistriss Melmor, estrechada entre la ira de mistriss Birton y el miedo que le hacia la de su hija, trataba de pensar algo para salir del apuro, y creia reflexionar á causa de que no chistaba. Sir Edmundo, triste y pensativo, con el codo apoyado en la chimenea, tenia un periódico que él aparenta-

que todavía no le habia ocurrido en el ánimo, dirigiéndole un tiro sensible, acaba de despertar mil pensamientos; síguense todos unos á otros sin que ella tenga valor para profundizarlos: querria dudar todavía, pero no puede ya salvarse de sí misma; cuanto mas traspasado está su corazon, tanto mas se desengaña su entendimiento, y del seno mismo del dolor sale la verdad. Oh adversa luz! oh! imperdonable flaqueza! niña mia! estas fueron las ideas que por un impulso espontáneo le ocurrieron al principio en el ánimo á Malvina. El efecto de la última fué moverla á estrechar á Fanny contra su pecho, como para impedir que no llegara ningun afecto á mediar entre ambas. El mancebo penetró fácilmente la causa de su arranque; no la quiso sino mas por ello, y no conoció sino mejor cuan dulce y gloriosa cosa seria para él triunfar en un corazon tal como el de Malvina de la memoria de su amiga, de

la fe de un juramento, y de la idea de la obligacion.

No habia durado este lance mudo mas que un minuto; pero era uno de aquellos minutos únicos en la vida, en que esta se derrama á mares, y que encierran en su seno la raiz de un destino entero; era uno de aquellos puntos del tiempo, tan diferentes en el modo con que se sienten, tan desiguales por aquel con que se computan, y que deciden de la suerte de algunas criaturas, mientras que ellos se descabullen, sin ser vistos de las otras, en la noche de lo pasado.

Mientras que el pensamiento de Malvina acababa de recorrer un espacio tan vasto, miss Melmor habia permanecido inmóvil de asombro con la respuesta del mancebo. «Hasta Lóndres! esclamó ella tras un momentáneo silencio; ¿y cual es el suceso que le mueve á V. á tan estraña é inesperada resolucion? — ¿Le debe á V. mi sobrino cuenta de sus acciones,

ba leer ; y embebido en su afecto á Malvina , estaba igualmente trastornado con el sentimiento de dejarla y el temor de no ser amado de ella. Del otro lado de la mesa , Malvina , sentada junto á su niña, le mostraba unas estampas , cuyos asuntos le esplicaba en voz baja ; miss Melmor miraba dejadamente por encima de sus hombros ; y Mr. Prior , paseándose á paso largo por el cuarto , reflexionaba.

Se interrumpió el silencio por miss Melmor , que , como la mas jóven , se acercó á la mesa para dar el té. Habia servido á todos , y tenia Malvina su taza en las manos , cuando dirigiéndose la dueña del palacio á su sobrino , le dijo: «No te propones partir mas que mañana despues del desayuno , es verdad ?» Hizo él una inclinacion. « ¿ Y á donde va V. pues ? le preguntó al punto miss Melmor. — Varios asuntos urgentes me llaman á Edimburgo. — Ah ! mamá , me ha quemado V. ! esclamó Fanny llorando y sa-

cudiendo sus dedillos, sobre los que Malvina, turbada con lo que estaba oyendo, habia derramado su té. ¿Y cuenta V. hacer una larga mansion allí? prosiguió la doncella con despecho. —Pero ignoro, respondió él mirando á Malvina, si no tendré precision de ir hasta Lóndres.»

A cuyas palabras, perdió Malvina el color, se sintió con el corazon oprimido y sus ojos arrasados de lágrimas. No se le escapaba ningun impulso suyo á sir Edmundo, quien se acercó á ella como para desembarazarla de su taza, y con este pretexto le tomó la mano que el halló fria y húmeda. Una conmocion tan viva y pronta desvanece al punto todas sus dudas, ve con claridad que le ama, y movido de gratitud, se sienta junto á ella, cegado con la felicidad de poseer los afectos de una tan hechicera criatura. Absorta Malvina con la mas dolorosa sensacion, ni dice nada, ni piensa que él la observa; la imágen de esta partida,

que todavía no le habia ocurrido en el ánimo , dirigiéndole un tiro sensible , acaba de despertar mil pensamientos ; síguense todos unos á otros sin que ella tenga valor para profundizarlos : querria dudar todavía , pero no puede ya salvarse de sí misma ; cuanto mas traspasado está su corazon , tanto mas se desengaña su entendimiento , y del seno mismo del dolor sale la verdad. Oh adversa luz ! oh! imperdonable flaqueza ! niña mia ! estas fueron las ideas que por un impulso espontáneo le ocurrieron al principio en el ánimo á Malvina. El efecto de la última fué moverla á estrechar á Fanny contra su pecho , como para impedir que no llegara ningun afecto á mediar entre ambas. El mancebo penetró fácilmente la causa de su arranque ; no la quiso sino mas por ello , y no conoció sino mejor cuan dulce y gloriosa cosa seria para él triunfar en un corazon tal como el de Malvina de la memoria de su amiga , de

la fe de un juramento, y de la idea de la obligacion.

No habia durado este lance mudo mas que un minuto; pero era uno de aquellos minutos únicos en la vida, en que esta se derrama á mares, y que encierran en su seno la raiz de un destino entero; era uno de aquellos puntos del tiempo, tan diferentes en el modo con que se sienten, tan desiguales por aquel con que se computan, y que deciden de la suerte de algunas criaturas, mientras que ellos se descabullen, sin ser vistos de las otras, en la noche de lo pasado.

Mientras que el pensamiento de Malvina acababa de recorrer un espacio tan vasto, miss Melmor habia permanecido inmóvil de asombro con la respuesta del mancebo. «Hasta Lóndres! esclamó ella tras un momentáneo silencio; ¿y cual es el suceso que le mueve á V. á tan estraña é inesperada resolucion? — ¿Le debe á V. mi sobrino cuenta de sus acciones,

Kitty? le preguntó imperiosamente la dueña del palacio; ¿y es preciso siempre advertirla á V. de la indiscrecion de sus preguntas? — Cualesquiera que sean los motivos que me determinan á este viaje, repuso sir Edmundo, es menester que sean muy poderosos, supuesto que me precisan á alejarme de aquí. Dejo aquí los objetos mas amables, los mas propios para retenerme en este palacio y llamarme á él... — Edmundo, interrumpió vivamente la tia (que temia igualmente que Malvina y miss Melmor se aplicasen este cumplido, y que preveia que ella impediria difícilmente la continuacion de la plática sobre esta materia, si no hacia alguna diversion), tan lejos de recargarte sobre los pesares que nos causa tu patida recíprocamente, ¿no seria cosa mas oportuna distraernos de ello con alguna música? — Con mucho gusto, replicó el sobrino diligentemente, con la esperanza de que al ir de uno á

otro salon, hallaria él un momento de decir una palabra aparte á Malvina.—No cuente V. conmigo para cantar, repuso con desabrimiento miss Melmor; no me hallo con disposicion para ello. — Podrémos pasarnos sin V., le respondió mistriss Birton con el mismo tono. »

Viendo mistriss Melmor á su amiga enojada, hizo una seña de inteligencia á su hija, como para decirle que todo aquello encubria por cierto un misterio, pero que ella no se inquietara, y que en breve quedaria aclarado. «Querida tia, dijo el mancebo, sírvase V. ir á buscarnos aquella nueva coleccion de romances franceses que recibió V. ayer mañana. » Y viéndola vacilante, añadió en voz baja: «Porque si son bonitos, la rogaré á V. que me los deje llevar conmigo, á fin de presentarlos á lady Sumerhill. » Mistriss Birton no titubeó ya, y fué allá. «Siempre ese maldito francés! esclamó miss Melmor, poniéndose en pie mal hu-

morada. » Arrimóse á ella el mancebo , y mirándola con afecto , apartándola diestramente de la restante compañía , le dijo , de modo que ella sola le oyera y muy de priesa : « Qué se le da á V. de eso? no puede V. quedarse sola aquí? no puedo volver yo al palacio ?» Le comprendió la doncella , ó creyó á lo menos comprenderle ; y volviéndose á sentar luego, declaró que ella no iria con los demas. Esperando mistriss Melmor contentar á su hija con seguir su ejemplo , dijo que ella no hacia caso ninguno de mùsica: y gozoso sir Edmundo de verse libre de estos dos testigos , y tomando el silencio de Malvina por un consentimiento , le presentó la mano para pasar al salon de música ; pero estaba tan remota de sentirse habilitada para cantar , que habiendo venido mistriss Tomkins en aquel instante á fin de buscar á Fanny y llevarla á acostar , se levantó para seguir á su niña. Advirtiendo el mancebo su inten-

cion, hizo un movimiento para detenerla; y como Malvina acababa de sentir una vehemente conmocion, apenas hubo estado en pie, cuando temblándole las rodillas, y temerosa de caer, se apoyó en el brazo de sir Edmundo. Penetró el último inmediatamente cuanto tenian de feliz para él así la causa como el efecto de este impulso; y no dando lugar á Malvina para deliberar mas, se aprovechó de su debilidad para conducirla, como á pesar suyo, al salon de música.

Sin embargo Fanny, que habia visto la intencion de su madre, lloraba para que ella viniera á meterla en la cama; y Malvina iba sin duda á ceder á su llanto, cuando volviéndose sir Edmundo hácia Mr. Prior que los seguia, le dijo, presentándole un cucurucho de confites: «Querido Mr. Prior, tenga V. á bien, con esto, apaciguar el sentimiento de esa niña; por otra parte, bastará con los halagos de V. para conseguirlo, porque

Fanny le tiene mucho afecto á V., y aquí es V. el único que puede consolarla de la ausencia de su madre.»

Lisonjeado Mr. Prior de un cumplido que, en su concepto, debia hacerle querido de Malvina, se volvió atrás luego, y tomando en brazos á Fanny, la llevó á su cuarto; y el mancebo, consiguiendo en fin hallarse solo con Malvina, pasó en compañía de ella al salon de música. La convidó á sentarse delante del piano; lo hizo ella maquinalmente, pero con la confusion de sus pensamientos no podia distinguir una sola nota. Sir Edmundo abrió la partitura de Armida, en el duo del fin, y mirando á Malvina, cantó con aquel tierno acento que era privativo de él: *Armida, voy á dejaros!* Mudando así estas palabras, la aplicacion se hacia tan clara, que se aumentó la conmocion de Malvina hasta el grado de no poder ya dominarla; y á pesar de sus esfuerzos la descubrieron sus lágrimas. Vióle el

mancebo, y apretándole luego la mano con ardor contra sus labios, esclamó: «Ah! si es verdad, si es posible que mi partida no sea indiferente á la mas peregrina é idolatrada de todas las mugeres, que ella juzgue lo que debe haber de acerbo para mí, que me ausento sin que mis labios hayan osado espresarle cuanto ella me infunde, ni preguntarle lo que siente! para mí, que la dejo entregada á las preocupaciones que le infundirán contra un genio ardiente, impetuoso sin duda, pero cuyos devaneos no debieran su orígen mas que á la inquietud de un corazon apasionado, que buscaba otro que supiera querer! para mí finalmente, que la dejo al lado de un sugeto amable, virtuoso, digno de apreciarla, y que solo él tiene diaria entrada en su aposento!» A estas palabras, se volvió Malvina hácia el mancebo, y mirándole sorprendida, le dijo: «¿He obrado pues mal en recibir á Mr. Prior en mi habitacion?—

Nunca puede V. obrar mal, replicó él vivamente; pero puede V. afligirme mucho. — Ah! esclamó ella, llevada de su corazon, no es mi ánimo afligir á V.» Hechizado sir Edmundo de lo que acababa de soltársele, y todavía mas de la espresion con que ella lo habia dicho, despegaba los labios para responder, cuando entró Mr. Prior en el salon. Poco habituada Malvina á disimular sus conmociones, no hubiera conseguido ocultar las suyas á los ojos de Mr. Prior, si el mancebo, hábil y ejercitado en esta especie, no le hubiera facilitado los medios de ello; dió de repente nuevo giro á la conversacion con tanta facilidad y alegría, que el mas perspicaz observador hubiera tenido dificultad para creer que él acababa de estar conmovido un momento antes. Malvina no responde nada á cuanto él decia; y volviendo una tras otra todas las hojas de la partitura, parecia buscar una tocata en que ella no

pensaba ciertamente. Mr. Prior se adelantó cerca del piano, y sentándose en frente de Malvina, la miró, y esclamó al punto: «Qué tiene V. pues? está V. muy descolorida.» Esta pregunta la puso colorada repentinamente: apenas sabia ella todavía que su pecho abrigara un secreto, y se discurria ya que todos le habian calado; porque estaba ocupada en un objeto único esclusivamente, parecíale que todas las ideas de los demas habian de ser correlativas á él tambien, y que era imposible que no se leyera en sus ojos lo que ella empezaba á ver tan claramente en su pecho. Habiendo aguardado Mr. Prior una respuesta, creyó que no le habia oido Malvina, y le preguntó por segunda vez, con mas empeño todavía, ¿porqué estaba tan mudada, y qué tenia? Sobrecogida Malvina, se aceleró á responder que lo pasaba muy grandemente, y se hallaba como de costumbre: pero al proferir estas palabras, un abra-

sado encendimiento cubrió su rostro, á causa de que mentia ella por la vez primera de su vida; mentia á Mr. Prior, al que miraba como á amigo, y en presencia de sir Edmundo que no podia ser la burla de semejante respuesta, y al que parecia asociar en su secreto con callar la verdad delante de él.

Durante este diálogo habia vuelto mistriss Birton, y Malvina habia empezado diligente el concierto; pero nada se hizo á derechas: cada uno, distraido y con el ánimo preocupado, cantaba sin atencion y escuchaba sin gusto: y se trataba ya de finalizar, cuando tendiendo mistriss Birton por acaso la vista sobre una coleccion de romances que no se habia recorrido todavía, reparó, hipando, que era una muger la autora. Tomando al punto Mr. Prior el cuaderno, dijo á Malvina que ella no podia separarse sin haber tributado un homenaje á una paisana suya. Sonriéndose el

mancebo con un aspecto de aprobacion, abrió el libro delante de Malvina; é imposibilitada la última de resistir á lo que él apetecia, comenzó el romance.

La letra de este hizo tan viva impresion en Malvina, que al acabarla no podia ya hacerse oir su trémula voz. «Vaya, le dijo su prima, concluyamos; veo que no está V. bien dispuesta hoy, y nunca la oí cantar tan mal á V.» Una mirada del mancebo dió á conocer á Malvina que se hallaba muy remoto de ser del mismo dictámen; y adelantando la cabeza como para mirar las estancias que habia en el atril, aparentó leerlas en voz baja; pero en vez de la letra, decia las siguientes palabras, que solo ella oia: «¡Cuan deliciosos son los acentos de V.! prometen la suprema dicha al mortal preferido por V. ¿Me dejará V. partir sin esperanza, mientras que una palabra, una mirada pueden ensalzarme hasta los cielos?» Bajó Malvina los ojos á causa

de conocer que una mirada seria una respuesta; pero ignoraba que era el silencio tambien otra, en lo que el mancebo no padeció error.

Ultimamente, luego que cada uno se hubo levantado para volver al salon, quebrantada Malvina con las impresiones que habia recibido, solicitó de su prima licencia para recogerse, lo que al momento le fué acordado. «Qué! nos deja V. ya? le preguntó con viveza sir Edmundo, no la veré á V. á lo menos mañana antes de mi partida? y si V. no baja á desayunarse, me seria lícito ir á despedirme de V. en su cuarto?» Turbada Malvina, le respondió que no se tomara esta molestia, que ella sin duda bajaria, y se marchó al punto.

Etela aquí en su habitacion, en la que se pasea á paso largo, tiembla entrar en su pecho, y con su desmesurada agitacion, dejó soltarse las siguientes palabras: «La felicidad se halla remota de

mí, y mas todavía la paz. ¿Con qué motivo estoy tan agitada? Estoy temblando, y no me es posible seguir una idea... Que he visto? tiene una criatura tanto dominio sobre otra? Porqué viene esta á despertar en mi pecho tan eficaces conmociones?... Amaria yo? No, no, no amo; créolo, de ello tengo seguridad; no me recrea el verla; al revés, mas bien huiria yo de ella... Ah! parte, parte, Edmundo, líbrame de tu acerba vista; harto tengo con tu imágeu.» Tras un silencioso momento, prosiguió: «No es un sueño? estabas allí tú ahora mismo? allí, delante de mí, tus miradas se han encontrado con las mias; me palpita con violencia el corazon á este recuerdo... Quizás te volveré á ver mañana todavia... A cada paso que te acerca á mí conozco que me deja mi alma; pierdo la vida cuando estás tú allí; una insoportable opresion obra en todos los puntos de mi existencia. Quítate, vete, tu presencia

sin duda no podria menos de causarme la muerte. »

Un grito de Fanny la hace volver en sí misma ; y se precipita hácia su cuna. « Ah ! esclama ella , ¿ no juré dedicar mi vida á esta niña ? No recibió Clara á la hora de su muerte mis juramentos? Me los recuerda ella todavía de lo alto de los cielos ; ¿ pero le es posible reconocerme en el estado en que me hallo ? Soy todavía digna de ser madre y amiga ? ¡ Oh ángel tutelar ! espíritu celeste ! mira mi llanto , y apiádate de él , comunícame fuerzas contra mi flaqueza ; para salvarme sin duda , alejas de aquí á ese hombre peligroso. Estoy oyendo tu voz , que ha penetrado la inmensa bóveda de los cielos para llegar hasta mí ; me mandas que no le vea mas : obedeceré. »

La desdichada entonces se tiende en su cama , y encubre en el silencio sus dolorosos combates.

CAPITULO XVI.

AGITACIONES, CONFIDENCIAS, ESPLICACIONES.

Al siguiente dia, perseveró ella en su resolucion, no bajó; y para tener un pretexto de evitar la visita del mancebo, mandó decir que se hallaba algo desazonada. En balde difirió él por unas horas su partida, con la esperanza de ver á Malvina; pues esta no se presentó, y fué preciso que él se determinara á salir de aquel palacio, sin haber vuelto á ver á la que se habia hecho la soberana de su destino.

No se determinó él á esto sin repugnancia; pero ofendido de la falta de palabra de Malvina, y todavía mas de ver

en ella la voluntad de resistir y fuerzas para hacerlo, partió sin haberse presentado en su habitacion, y sin mandar decirle una palabra de simple cumplido. No contaba con ello Malvina; trayendo á su memoria lo que le habia espresado el mancebo en la víspera, le parecia imposible que este no hiciera algunas tentativas para verla, y en el curso de toda la mañana, á pesar suyo, le palpitó el corazon siempre que se dejaba oir algun ruido á la puerta; y al ver burladas sus esperanzas, á pesar suyo todavía, esperimentaba un impulso de impaciencia contra la persona que habia causado el ruido. La adversa rodadura del coche le hirió luego en los oidos, y le quitó toda esperanza: pero se fijó en la idea de que sir Edmundo, temeroso de que le fuera cerrada su puerta, habia preferido escribirle un billete; por lo mismo, siempre que su doncella entraba en el cuarto, acechaba ella todos sus movimientos, es-

perando siempre que iba á serle presentado el esperado billete; y sus interrogativas miradas eran tan espresivas, que le hicieron impresion á la doncella hasta el grado de preguntar á su ama por reiteradas veces lo que deseaba.

Ultimamente, luego que hubo anochecido, y que la triste Malvina no hubo podido dudar ya de que el mancebo habia partido sin pensar en ella, se apoderó de su ánimo un profundo desaliento: á pesar de las obligaciones que la sujetaban, no habia podido dejar de ocuparse en él; y él, á quien ningun motivo retenia, partia como si la hubiese echado en olvido; era preciso pues que ambos estuviesen conmovidos diferentemente, porque en su situacion no se hubiera comportado ella como él. Esto es lo que pensaba Malvina, y fué la primera prueba que le enseñó que una muger tierna que cuenta con recibir tanto como ella da, y que juzga del corazon de los hombres

con arreglo al suyo , se halla en un error de que la esperiencia debe sacarla tarde ó temprano.

La indisposicion que habia pretestado por la mañana le sirvió de escusa para permanecer encerrada todo el dia. El temor de incomodarla impidió á Mr. Prior el subir á su habitacion ; pero ¡cuanto trabajo tuvo en abstenerse de ello ! Un dia pasado sin ver á Malvina no era un dia para él, sino un siglo, una eternidad ; ninguna cosa imaginable era capaz de suplir lo que perdia ; y sin embargo, al mismo tiempo de conocer que el aire que respiraba le era menos precioso que una palabra , una mirada de su amiga , estaba muy distante de entrar en cuidado sobre las resultas de esta amistad. La imposibilidad de aspirar á otro afecto le impedia temerle ; sus votos , su religion le parecian un impedimento imprescriptible é insuperable que ninguna potestad podia vencer ; no veia que un simple hi-

lo le ataba al cielo, mientras que tenia á los pies un abismo. La idea de lograr mas que la amistad de Malvina le era absolutamente desconocida, y aun dudo que le hubiese sido llevadera; hay bienes tan vivos que nos causan como una especie de espanto; la imágen de una grandísima dicha nos turba; y parece que nuestra alma, desconfiándose de lo débil de nuestras potencias, se aparta de los muy esquisitos gustos, como nuestros ojos del resplandor del sol.

Mr. Prior aceleraba pues con todos sus deseos la llegada del siguiente dia: así en nuestra temeraria ignorancia, llamamos á menudo con recios gritos el instante que va á dar principio á la cadena de nuestras adversidades.

Levantado al ser de dia, se habia presentado en el cuarto de Malvina á la hora en que esta solia bajar; pero reinaba el mas profundo silencio en su aposento, y tuvo precision de volverse al suyo. Ulti-

mamente habian dado las doce del dia en el reloj, cuando volviendo á pasar por la séptima ú octava vez por delante de aquella puerta, que sus deseos abrian tanto tiempo hacia, halló á mistriss Tomkins que salia. Al punto le preguntó á la última si su ama estaba levantada, y si le era posible entrar. «Ah, Dios mio! respondió ella, desde el amanecer la he oido andar por su cuarto; duerme tan poco, que acabará poniéndose mala; hace ya dos noches que me precisa á meterme en la cama, y se queda velando..! sabe Dios hasta que hora! No suspende su llanto: por lo mismo es tanta su mudanza..... Mire V., mi buen Señor, si es preciso que la vea yo siempre tan contristada y abatida, se acabó ya en la tierra para mí la alegría....» Mr. Prior no le respondió, y entró en el cuarto de Malvina. Estaba sentada con la cabeza inclinada, en una triste melancolía, apoyado el codo en una rodilla, y cubierto el rostro

con la mano. Se levantó luego que le hubo visto, y salió á su encuentro. Lo encendido y las ojeras de sus ojos testificaban bien el triste desvelo de la noche. «Está V. mala, amiga, y afligida, le dijo él, ¿no confiará su pecho de V. al mio todo lo que le oprime? — Es verdad, respondió ella, estoy algo desazonada: lo cual me determinó ayer á no salir de mi cuarto, ni recibir á ninguno, aunque me temia que tuvieran por singular, ó impolitica á lo menos, mi conducta. — ¿Quien la hubiera tenido por tal? replicó Mr. Prior: cuando mas sir Edmundo.» Y este cuando mas era para Malvina; pero de miedo de dejarlo ver, no tuvo ella valor para añadir una palabra ni hacer una pregunta. «Sufrí mucho ayer! le dijo Mr. Prior, despues de un instantáneo silencio; el temor de incomodar á V. me impidió subir á su cuarto; pasé todo el dia sin verla á V.; ¡qué largo me pareció! Pero á lo menos, querida Malvina, ¿se

ha compadecido V. de su amigo privado de su presencia? «Conviene que le abra yo á V. mi pecho, Mr. Prior, respondió ella. No cabe duda en que me es querida la amistad de V., y ha debido ver V. el gusto que yo tenia en sus conversaciones; pero ¿no teme V. que sean mal interpretadas, y que se estrañen de vernos con tanta frecuencia juntos? —Señor sacramentado! ¿como pueden ocurrirle á V. semejantes pensamientos? esclamó Mr. Prior mirándola maravillado. —Pero por la naturaleza misma de las cosas, replicó ella sonroseándose; unas visitas tan frecuentes en mi cuarto pueden parecer singulares. —¿Pero quien piensa en eso? —Lo han reparado. —¿Quien se lo ha dicho pues á V.?

Esta pregunta directa dejó desconcertada á Malvina; pero como era menester decir una mentira ó nombrar á sir Edmundo, no titubeó. A este nombre, herido Mr. Prior de un golpe inesperado,

esclamó vivamente. «¿Y bien, con qué derecho hace sir Edmundo reparos sobre los procederes de V.? como tiene valor para comunicárselos á V., y con qué incomprensible motivo será sacrificada mi amistad al consejo de un sugeto como él?» El semblante de menosprecio con que él profirió la última frase infundió á Malvina valor para censurarla, y respondió vivamente: «Cualquiera que sea el concepto que V. tiene formado de sir Edmundo, ¿le tiene V. pues por incapaz de hacer un reparo justo? y es una culpable por oirle y tener miramiento con él. — Pero semejante consejo, repuso él agitado, supone intimidad, y no me habia dicho V. que la hubiera entre V. y él. — No discurro que la haya tampoco, repuso ella con turbacion. — No lo discurre V.? O Malvina! ¿no está V. pues segura de ello? dijo él..... ¿Qué debo pensar? qué debo creer?..... Seria posible que la tristeza de V... la turbacion en que

la veo... Malvina ! no responde V. : ¡cuan horrendo rayo de luz ! O Malvina ! querida y desgraciada amiga , repare V. en sí , desconfíese de ese hombre pérfido. Activo é ingenioso para cuanto él desea, sabe desconcertar las mas acertadas medidas , arruinar la virtud mejor sentada, *porque su lengua destila la miel , y hechiza el oido.* Veo ahora que penetro la causa de su estravagante y misteriosa conducta ; queria agradar á V. , seducirla , pero sin consentir en perder á miss Melmor. ¿Es posible que el que ha visto á Malvina sea capaz de ocuparse en otra? es posible que , cuando está V. allí , sea lo restante del mundo algo todavía? Y sin embargo , nunca fué tan solícito él al lado de miss Melmor , como desde que la veia á V. con mas frecuencia. Sé bien que cuando V. se hallaba presente sus modales cambiaban de repente; pero distante de V. , era todo de ella , y le hacia con profusion tan apasionados agasajos,

adorándola !..» A cuyas palabras se puso tan descolorida Malvina, que se atemorizó de ello Mr. Prior, y haciéndola tomar asiento, le dijo: «O amiga mia! no crea V. que el miedo de perder su amistad me mueva á calumniar á ese mancebo; si él no fuese veleidoso, falso, indigno de un corazon como el de V.; si le fuera posible hacer dichosa á V., ó á lo menos apreciarla, querria yo mismo traerle á las plantas de V., aunque debiera V, olvidarme despues...»

Interrumpió á Mr. Prior, en aquel momento, una persona que abria la puerta, y pareció mistriss Birton en presencia de ambos. Cualquiera otra que ella, al ver la turbacion de Mr. Prior, y la agitacion de Malvina, hubiera podido concebir sospechas sobre su intimidad; júzguese pues si las suyas pudieron confirmarse en aquel instante. Se paró silenciosa por un momento, como que carecia de espresiones para su asombro; y des-

pues de haberlos contemplado por mucho tiempo , esclamó : «Me lo habian dicho, y rehusaba yo creerlo ; pero estoy viéndolo , no me han engañado. — ¿Y qué le han dicho á V. , Señora ? interrumpió vivamente Mr. Prior ; ¿sobre qué no la han engañado á V. ? Qué sospechas se atreve V. á confirmar ? — Sospechas ! repuso desdeñosamente mistriss Birton; ¿me es lícito el tenerlas todavía? ni puede dejarme el estado en que hallo á Vds. uno y otro duda ninguna sobre la materia que los tenia ocupados ? — Cuide V. Señora, respondió Mr. Prior con un acento algo recargado , cuide de no dejarse estraviar por viles pasiones ; porque entonces el juicio se pervierte , la conciencia se obceca , y la luz que está en el corazon se transforma en tinieblas. — ¿De donde le viene á V. tanta presuncion, Mr. Prior? replicó mistriss Birton mirándole de pies á cabeza con desprecio ; y de cuando acá se cree V. con libertad

para corregirme? Por otra parte, basta con defenderse á sí mismo; y discurro que no tomará V. á su cargo la incumbencia de responder por la Señora. — Con respecto á mí, repuso al punto él, se me da poco de ser juzgado por V. ó cualquiera juicio humano, solo á Dios pertenece este derecho; mi testigo está en el cielo, y mi apoyo es el Omnipotente. Pero en órden á esta criatura angelical, que por su sexo está sujeta á los juicios humanos, sino tengo la facultad de defenderla contra los que han afilado su lengua como el aguijon de la serpiente, y que llevan la ponzoña de las víboras en sus labios, ó Dios mio! serás su recurso, y la libertarás del malo que medita el mal en su corazon..... — Salga V. de aquí, Caballero, interrumpió mistriss Birton, pálida y trémula de ira, salga al instante de esta habitacion, si no quiere V. hacerme creer que tiene mas derechos que yo para permanecer en

la veo.... Malvina ! no responde V. : ¡cuan horrendo rayo de luz ! O Malvina ! querida y desgraciada amiga , repare V. en sí , desconfíese de ese hombre pérfido. Activo é ingenioso para cuanto él desea, sabe desconcertar las mas acertadas medidas , arruinar la virtud mejor sentada, *porque su lengua destila la miel , y hechiza el oido.* Veo ahora que penetro la causa de su estravagante y misteriosa conducta ; queria agradar á V. , seducirla , pero sin consentir en perder á miss Melmor. ¿Es posible que el que ha visto á Malvina sea capaz de ocuparse en otra? es posible que , cuando está V. allí , sea lo restante del mundo algo todavía? Y sin embargo , nunca fué tan solícito él al lado de miss Melmor , como desde que la veia á V. con mas frecuencia. Sé bien que cuando V. se hallaba presente sus modales cambiaban de repente; pero distante de V. , era todo de ella , y le hacia con profusion tan apasionados agasajos,

adorándola !..» A cuyas palabras se puso tan descolorida Malvina, que se atemorizó de ello Mr. Prior, y haciéndola tomar asiento, le dijo: «O amiga mia! no crea V. que el miedo de perder su amistad me mueva á calumniar á ese mancebo; si él no fuese veleidoso, falso, indigno de un corazon como el de V.; si le fuera posible hacer dichosa á V., ó á lo menos apreciarla, querria yo mismo traerle á las plantas de V., aunque debiera V, olvidarme despues...»

Interrumpió á Mr. Prior, en aquel momento, una persona que abria la puerta, y pareció mistriss Birton en presencia de ambos. Cualquiera otra que ella, al ver la turbacion de Mr. Prior, y la agitacion de Malvina, hubiera podido concebir sospechas sobre su intimidad; júzguese pues si las suyas pudieron confirmarse en aquel instante. Se paró silenciosa por un momento, como que carecia de espresiones para su asombro; y des-

pues de haberlos contemplado por mucho tiempo, esclamó: «Me lo habian dicho, y rehusaba yo creerlo; pero estoy viéndolo, no me han engañado. — ¿Y qué le han dicho á V., Señora? interrumpió vivamente Mr. Prior; ¿sobre qué no la han engañado á V.? Qué sospechas se atreve V. á confirmar? — Sospechas! repuso desdeñosamente mistriss Birton; ¿me es lícito el tenerlas todavía? ni puede dejarme el estado en que hallo á Vds. uno y otro duda ninguna sobre la materia que los tenia ocupados? — Cuide V. Señora, respondió Mr. Prior con un acento algo recargado, cuide de no dejarse estraviar por viles pasiones; porque entonces el juicio se pervierte, la conciencia se obceca, y la luz que está en el corazon se transforma en tinieblas. — ¿De donde le viene á V. tanta presuncion, Mr. Prior? replicó mistriss Birton mirándole de pies á cabeza con desprecio; y de cuando acá se cree V. con libertad

para corregirme? Por otra parte, basta con defenderse á sí mismo; y discurro que no tomará V. á su cargo la incumbencia de responder por la Señora. — Con respecto á mí, repuso al punto él, se me da poco de ser juzgado por V. ó cualquiera juicio humano, solo á Dios pertenece este derecho; mi testigo está en el cielo, y mi apoyo es el Omnipotente. Pero en órden á esta criatura angelical, que por su sexo está sujeta á los juicios humanos, sino tengo la facultad de defenderla contra los que han afilado su lengua como el aguijon de la serpiente, y que llevan la ponzoña de las víboras en sus labios, ó Dios mio! serás su recurso, y la libertarás del malo que medita el mal en su corazon..... — Salga V. de aquí, Caballero, interrumpió mistriss Birton, pálida y trémula de ira, salga al instante de esta habitacion, si no quiere V. hacerme creer que tiene mas derechos que yo para permanecer en

ella. » A esta órden , titubeaba Mr. Prior todavía , cuando adelantándose Malvina con aquella calma que proviene de la conciencia , y aquella majestad que nace de la virtud , le dijo : « Retírese V. , Mr. Prior, ya ve V. que quiere mi prima estar sola conmigo ; retírese V. sin zozobra ninguna , porque hay reconvenciones que no causan empacho. »

Tambien hay un tono que persuade mas que los discursos ; y el de Malvina acababa de surtir este efecto en su prima. Podia ella ciertamente aparentar que dudaba todavía ; pero no dudaba ya en el fondo de su alma. No se le ocultó esta mudanza á Mr. Prior ; y contento con el triunfo de Malvina se salió sin chistar del cuarto.

Apenas se hubo visto sola Malvina con su prima, cuando la suplicó que se esplicara sobre las singulares ideas que parecia haber concebido relativas á ella. Mistriss Birton, algo desconcertada , le dijo:

«Crea V., querida, que no he dado abrigo á cuantas sospechas han introducido en mi ánimo contra V., y que no he querido creer nunca que una muger de mi familia, de mi sangre, hiciera una vida desordenada...» A esta voz desordenada, se cubrió el rostro de Malvina con el encendimiento de la indignacion, interrumpiendo con voz conmovida á su prima: «A pesar de cuanta honra puede haber en ser parienta de V., Señora, estaria yo muy decaida, en mi propio concepto, si solo tuviera de ella la estimacion que me debe V. Esplíquese V. pues, Señora, tanto sobre las dudas que ha concebido, como sobre los sugetos que las han engendrado, á fin de que me sea posible desvanecer las primeras, y confundir á los últimos.»

El acento de Malvina, aunque grave y modesto, tenia algo de ejecutivo, al que mistriss Birton no pudo resistir; y aunque venida con la intencion de desechar

toda especie de preguntas, se vió como precisada á confesar la acusacion de mistriss Melmor; y ademas, avasallada por el predominio que la inocencia daba á Malvina, se disculpó de haber dado crédito á esta calumnia, y aseguró que no le hablaba de ella sino para proporcionarle arbitrios de no esponerse á las malignas interpretaciones de las gentes. «No discurria yo estar aquí entre las gentes, repuso Malvina; y hubiera puesto sin duda mas atencion en mi esterior, á poder prever que solo por él debia ser juzgada en su casa de V. — En parte ninguna se está á cubierto contra la maledicencia, querida, replicó mistriss Birton. Me engaño mucho, si las observaciones de mistriss Melmor no han infundido á mi sobrino una fuerte preocupacion contra V.; ¡y quien puede responder de que él no se divertirá á espensas de V. en el mundo? — Le supone V. capaz de ello, Señora, respondió Malvina sonroseada:

tocante á mí, cualquiera que sea la opinion de V. relativa á él, le doy mucho talento para haber abrazado las ideas de su amiga de V., y mucha lealtad para divulgarlas.—Por lo que á mí hace, querida, interrumpió mistriss Birton, discurro que es V. mucho mas indulgente con mi sobrino, que lo es él con V.; y me dará V. su licencia para decirle, que es preciso tener en estremo fascinados los ojos para intentar disculparle en esta ocasion; porque cuando hay valor para formar de mi casa un lugar de disolucion, y tener á mi propia vista un galanteo con una doncella á quien yo ciega protegia. — Quizás, dijo con viveza Malvina, la condenacion de miss Melmor se ha pronunciado tambien por el *esterior*: y, á causa de haber sido imprudente, la miran como reprensible. ¿Quien la acusa pues? — Su madre, replicó mistriss Birton. Burlada de los artificios de su hija, la tiene por inocente todavía; pero

cuando conviene en sus frecuentes citas en el cuarto de Edmundo, ¿quien podrá pensar como ella? Si él supiera que estaba acusada la defenderia sin duda ninguna! repuso con timidez Malvina. — Delante de él he acusado yo á miss Melmor de estar perdida, y no lo ha negado él, respondió mistriss Birton. — ¿No lo ha negado? esclamó indignada Malvina; pero ¿no ha prometido á lo menos reparar sus agravios tomando por muger á la que ha seducido?—Es él culpable sin duda, pero mucho menos que la doncella, replicó mistriss Birton. Creeria yo fomentar el vicio, recompensando á esa despreciable doncella con un casamiento superior á sus esperanzas; y si yo callo su vergonzosa flaqueza, es mucho mas por respeto á mí, que por ningun afecto de conmiseracion á ella. — Así replicó vivamente Malvina, el profundo desprecio de V. será la porcion dé ella, mientras que conservará V. su buena voluntad al

hombre perverso que la ha perdido. Jóven y sin esperiencia, no ha previsto una flaqueza de que gemirá toda su vida; y el mundo la desechará de su seno, mientras que acogerá al seductor que ha meditado su caida, y que se regocija de su deshonra... — Abraza V. vivamente la defensa de las mugeres culpables, interrumpió mistriss Birton. — Diga V. de las desafortunadas, esclamó Malvina. — Finalmente, prima, cualquiera que sea el motivo de una tan generosa defensa, repuso con ironía la otra, sepa V. que su protegida, sin obtener la recompensa que le desea V., no será condenada al oprobio de que es merecedora; pues estará casada dentro de pocos dias...— Casada con otro, ¿y lo sufrirá sir Edmundo? — Se resolverá él tanto mas fácilmente á ver pasar á otras manos una tan despreciable conquista, cuanto no ha vuelto él mismo á Edimburgo mas que para apresurar su casamiento con ladi

Sumerhill ; y cuento con ir á unirme á él allá antes de poco , á fin de asistir á un enlace que debe disponer á mi sobrino para una de las primeras dignidades del reino, y hacerle digno por último de los bienes que quiero derramar sobre él.»

Tantos golpes acababan de herir sucesivamente en el corazon de Malvina, que carecia de fuerzas ella ya para responder; y no le quedaban sino para padecer. Echó de ver su alteracion la prima , y le dijo : « Veo que la cansa á V. esta conversacion; pero antes de concluirla , la prevendré á V. que tengo ánimo de no guardar por mas tiempo á Mr. Prior en mi casa. Aunque me persuado que no hay cosa ninguna sospechosa en el trato de V. , sin embargo el ceño insolente que la amistad de V. le ha comunicado le ha hecho insufrible , y no discurro que se oponga V. á su partida.—Yo, Señora , repuso Malvina asombrada , ¿ no es V. única dueña aquí? Tiene alguno

por ventura facultad para resistir á las voluntades de V. ? Pero, por lo demas, aunque yo la tuviera, no haria uso de ella en esta ocasion,» continuó ella, trayendo á la memoria que en los principios de su amistad con Mr. Prior, le habia dicho este que permanecia á pesar suyo en el palacio de su prima. La última pareció satisfecha de la respuesta de Malvina; y abrazándola con todas las demostraciones de una reconciliacion sincera, se apartó de su lado.

DEI GRA REX ARAGONIM · ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS

CAPITULO XVII.

SITUACION INTERIOR DE CADA UNO.

La dolorosa sorpresa que acababa de herir á Malvina al recibir la confirmacion de la intimidad del mancebo con miss Melmor, parecerá quizás estraña, con arreglo á lo que le habia dicho Mr. Prior anteriormente sobre ello; no es sin embargo que ella hubiese olvidado las acusaciones de este, sino que no las creia ya; no pensaba en esto nunca mas que para tacharle de injusticia y error, y no se lo mentaba, á fin de huir de motivar una mudanza de opinion que no se fundaba en las trazas tiernas y apasionadas de sir Edmundo para con ella. Si acusamos á Mal-

vina de haberse dejado llevar muy prontamente de una inclinacion que la razon condenaba, responderé que, sin esceptuar á *Clarisa*, se notó siempre en las mugeres de la mas rígida virtud una especie de predileccion para con los hombres de genio ardiente, apasionado, aunque de costumbres algo relajadas, ya que ellas esperasen, arrancándolos de sus errores, hacer convertir en provecho de la virtud la actividad toda de sus pasiones, ya que la equidad de la naturaleza quiera juntar los estremos, para que no haya en parte ninguna mal sin recurso, ni bien sin mezcla. Este es el curso del corazon humano, y el de Malvina siguió la regla comun. Sin duda presentaba la tierra pocas mugeres que le fueran comparables, pero finalmente estaba ella en la tierra. ¡Quien podria pintar las dolorosas reflexiones de Malvina! En balde tiraba á no achacar su melancolía mas que al arrepentimiento de haber estado

á pique de olvidar sus juramentos, entregándose á un afecto que ellos condenaban; porque este recuerdo no le ocurria mas que con esfuerzo; pero el presente siempre en su ánimo, era el de haber sido mal juzgada quizás por sir Edmundo, y todavía mas de haberla confundido este con la muchedumbre de las demas mugeres, supuesto que se habia divertido en aparentar al lado de ella un acento tan tierno, una tan viva conmocion, al tiempo mismo de ir á casarse con otra, y cuando se ocupaba en seducir á miss Melmor. Podria perdonarse quizás el artificio de los discursos, pero el de la fisonomía no tiene escusa; porque cuando los ojos, estos postreros refugios de la verdad, llegan á ser falsos, el corazon entero es depravado, y la perversidad incurable.

Pero á pesar de las esterioridades, no era el mancebo un hombre pérfido, y no habia sido engañada Malvina; conven-

go en que ella no debia creerle, á causa de que su razon le condenaba, pero le justificaba sin duda una oculta voz en su corazon, por lo cual le amaba todavía. Abandonada á tan diversos combates, se cargaba de nuevo sobre la pérdida de su amiga, porque parece que un pesar despierta la memoria de todos los otros, y que nos recreamos en reunirlos todos con el fin de padecer mas; por otra parte, era muy necesario que este recuerdo viniera á justificar en el concepto de Malvina el sentimiento en que estaba sumergida, era muy necesario apelar á lo pasado, supuesto que sir Edmundo lo dejaba sin lo venidero, y arrojándose hácia su amiga, buscar recursos en el cielo, supuesto que ya no le quedaba ninguno en la tierra.

Miss Melmor oyó la propuesta de su madre con mas tranquilidad que la que era de presumir. La repentina partida del mancebo le dió á conocer fácilmente qué no tenia nada que esperar por aquel lado;

pareciòle una desgracia sin duda la pérdida de un semejante marido, pero el hallar otro le sirvió de consuelo. Era uno sobre todo el entrar en el mundo, y presentarse en él con lucimiento, y la imágen de los adornos, diversiones y conquistas, vino luego á llenar su imaginacion hasta el punto de no dejar en ella un lugar para la memoria de sir Edmundo; pero reflexionando sobre sí misma con mas consecuencia que su habitual veleidad debia hacerlo suponer, conoció que para tener mas arbitrios de contentar su vanidad era esencial volver á ganarse el favor de mistriss Birton, y que ella no podia lograrlo sino aparentando acomodarse á todas sus voluntades. La ruina de sus esperanzas, al desengañar su ánimo, acababa de mostrarle la causa de sus devaneos. Aunque era atolondrada, supo el interés personal comunicarle, con el talento de formar un plan, la constancia de seguirle; y así es que cuan-

do la necedad tiene un mal corazon por guia, tiene ella suficiente tino para comprender lo que le es bueno, echar á un lado lo que le daña, é ingeniarse en el mundo.

La esperanza de una sobresaliente conquista habia hecho insolente á miss Melmor, y la adversidad la transformó en una hipócrita. Entró en la habitacion de mistriss Birton con los ojos bajos, y le dijo con modesto y tímido semblante: «Mi madre, Señora, me ha dado parte de las intenciones de V.; me tiene V. aquí dispuesta á sujetarme á ellas, y purgar por medio de una diligente obediencia la imprudencia de mis procederes; pero crea V. que la ligereza ha sido mi única falta, y que no me he propasado hasta el grado de hacerme indigna de la gracia de V. y del virtuoso ejemplo que V. nos da. Templada mistriss Birton con la sumision, fué aplacada con la lisonja; gustaba mucho de las alabanzas para dudar

de la ingenuidad de la doncella: cuanto mas desmesuradas eran, tanto mas crédito les dió, porque en los genios como el suyo, es el amor propio como un bruto voraz que devora sin eleccion cuanto le echan.

En el transcurso de un mes, se halló casada miss Melmor con Mr. Fenwich, resuelta mistriss Birton á partir para Edimburgo, y despedido de la casa Mr. Prior.

Hubiera dejado él seis meses antes con júbilo aquel asilo, pero todo estaba mudado para él, cuando dejaba allí á Malvina. Sin embargo, muy arrogante para bajarse á ruego ninguno, á la primera palabra de mistriss Birton fué tomado su partido, y no permaneció en la casa mas que el necesario tiempo para llevarse sus muebles, y mandar solicitar de Malvina licencia para hacerle la última despedida.

Cuando partió, no titubeó ella para recibirle, y templar con las protestas de

la mas cordial amistad el sentimiento que él tenia de dejarla. «Al ausentarme de V., esclamó él, me siento como sumergido en una mansion de tinieblas, y está mi ánimo abatido y desalentado. O Malvina! no se desvie V. de mí en esta mansion de afliccion. Triste de mí! no me quedan al separarme de V. mas bienes que su memoria y cartas; el primero va unido á mi corazon, y ninguno es capaz de arrancármele; el otro depende de V., ¿se me negará por ventura?»

Ah! si por respeto á la opinion de una muger altanera, y de un hombre depravado, hubiera desechado Malvina esta afectuosa súplica, no hubiera sido ella la buena, la primorosa criatura que se propasaba en favor de los otros siempre. Por otra parte, satisfacia ella tanto su razon como su corazon, con dar mas á las obligaciones de la amistad que á las conveniencias sociales; porque habia pensado siempre que si es bueno hacer la

opinion pública superior á cuantos sacrificios no cuestan mas que á sí, es mejor todavía hacerla inferior á cuantos pueden afligir á la amistad.

Era Mr. Fenwich un simple negociante de Edimburgo, de unos cuarenta años, moreno, bajo de estatura, mal humorado en su casa, festivo en las agenas, pobre de ideas, pero rico de memoria, no aficionando con su talento, sino haciendo reir con sus cuentos, adulando á todos sin querer á ninguno. Al casarse con miss Melmor, no habia pensado en si era bonita, ni si le agradaba su genio, y todavia menos si la haria dichosa: sino que en cambio, habia pesado con madurez que mistriss Birton era vana, rica, y sin descendencia; que un enlace que le acercaba á ella, podia tener incalculables beneficios, y que se sentia en su genio cuanto era menester para utilizarse del de esta Señora.

Algunos años antes, en el lucimiento

de la juventud y hermosura, mistriss Birton habituada al mas delicado incienso, hubiera desechado con desdeño el de Mr. Fenwich; pero le edad, privándola del derecho de aspirar á ello, le habia dejado la necesidad suya, y gustaba mas todavía de respirar uno ordinario que de una absoluta privacion, y Mr. Fenwich, aparentando tratar á su muger como á una niña, á su suegra como á una idiota, á Malvina como á una ilusa, y no estimar en el mundo mas que á mistriss Birton sola, se atrajo de la última unos respetos y confianza, que hubieran sido un enigma para cuantos conocian la sutileza de su entendimiento, si su desmesurado amor propio no se le hubiera descifrado. Al despedir con tanto atropellamiento á Mr. Prior, no habia sido solamente su intencion vengarse de las verdades duras que él habia osado decirle, y del entusiasmo que le infundia Malvina; sino que su verdadero fin era insinuar á su so-

brino que no tenia este repentino rompimiento mas causa que la vergonzosa intimidad existente entre Malvina y Mr. Prior. Ya, con encargo del secreto, habia confiado lo que ella llamaba sus descubrimientos á mistriss Tap, su doncella, y á mistriss Melmor ; y este rumor, repetido por ambos ecos, se habia divulgado sordamente en toda la casa. Pero no era esto suficiente para mistriss Birton; era preciso para contentarla que llegara la voz hasta los oidos de su sobrino. En su consecuencia, se determinó á enviar por delante á mistriss Melmor y su doncella á Edimburgo, como para preparar su casa para recibirla, pero ambas bien instruidas del modo con que convenia dar cuenta á su sobrino de la despedida de Mr. Prior. No porque no conociese bastante á su sobrino, para ignorar que él podria muy bien no creer una palabra de cuanto le dijeran; sino que era mucho mostrarle á Malvina perdida en el concepto de todos.

CAPITULO XVIII.

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Partió Malvina en los primeros dias de abril, con una compañía que no le gustaba casi, para una ciudad de la que no hacia caso ninguno, y en la que iba á volver á ver á un sugeto á quien temia mucho; pero quien sabe si esta última consideracion, tan determinante para no ir allá, no fué cabalmente la que la movió, sin saberlo ella, á desentenderse de todas las demas; sin saberlo sin duda, porque no dudaba de que la razon sola hubiese sugerido aquella resolucion. No se habia fijado en ella sino por la conviccion de que una imágen muy querida es mas pe-

ligrosa á lo lejos , en que la engalanamos como queremos, que en presencia suya , en que la vemos tal como ella es ; parecíale que presenciando las solicitudes del mancebo al lado de todas las mugeres, igualmente que su enlace con ladi Sumerhill , no tendria ya que temer nada de él. En esta forma razonaba Malvina. Cuando busca la pasion un socolor para sus flaquezas , tiene siempre la imaginacion uno muy dispuesto que presentarle ; entre todos sus abusos es el mas horrendo sin duda ; porque cuando la imaginacion nos estravia y pierde , es menos cuando se abandona á sus descarríos que cuando intenta justificarlos; y es menos temible el esceso de su desvarío mismo que los sofismas de su lógica.

Al tercer dia de viaje , previno mistriss Birton á sus compañeras que se pararia con ellas por la noche en casa de mistriss Clara , cuyo palacio de campo se hallaba en su tránsito. Conocí en otro tiem-

á esta Señora en Edimburgo, dijo ella, al tiempo que un enlace muy provechoso acababa de colocarla entre gentes de la primera distincion: supe despues, que habiendo enviudado, se retiró á una aldea, en donde vive con su padre. La acusan las gentes de tener un genio algo adusto, y aun sostienen que ella usa de una cierta ostentacion en su inclinacion á la soledad; y es preciso por cierto que lleven razon las gentes, porque yo que soy mas amiga que ninguno del retiro, como soy natural y sincera, nunca han pensado las gentes en ponerme igual tacha. No chistó Malvina, ni podia defender á una muger que le era desconocida, de la acusacion que hacian contra ella; pero todavía podia menos acordar á su prima los elogios que segun visos ella solicitaba.

Llegaron por la noche á casa de mistriss Clara. Vió Malvina á una muger todavía jóven; eran sencillos sus modales,

animada y natural su conversacion. Si habia mucha modestia en su planta, habia una grande arrogancia en su rostro, y tanta franqueza en su persona toda, que le fué igualmente imposible disimular su aversion á mistriss Birton, su desapego á mistriss Fenwich, y su aficion á Malvina. La última, bien por simpatía, bien por gratitud, esperimentó por su parte una especie de vivísimo interés por mistriss Clara. Al siguiente dia por la mañana hallándose reunidas muy temprano en el salon, celebraron infinito esta conferencia á solas, y para alargarla por mas tiempo fueron al jardin; y paseándose por unos sotillos que el nuevo verdor empezaba á cubrir de sombra, conversaron con una estrechez que parecia traer su fecha de mas de un dia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ARAGONIM · ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO I.

	Páginas.
CAP. I. Despedida, partida, llegada. . .	1
CAP. II. Retrato.	16
CAP. III. Un conocimiento mas estenso. .	24
CAP. IV. Nuevos conocimientos	40
CAP. V. La librería	50
CAP. VI. Los establecimientos	71
CAP. VII. Una esplicacion.	86
CAP. VIII. Una conferencia	103
CAP. IX. La nodriza.	129
CAP. X. Conversaciones.	150
CAP. XI. Leves incidentes.	175
CAP. XII. Sospechas confirma das, paseos.	190
CAP. XIII. Inquietudes, vuelta	205
CAP. XIV. Galanteo descubierto. . . .	226
CAP. XV. La víspera de la partida. . . .	241

REAL ARAGONIM ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA

CAP. XVI. Agitaciones, confidencias, esplicaciones 259
CAP. XVII. Situacion interior de cada uno. 280
CAP. XVIII. Nuevos descubrimientos . . 291

ALEXANDER PP VI VALENTINUS FERDINANDUS DEI GRA REX ARAGONIM